MARÍA

Imprenta Francesa.—Jardín Carlos Pacheco, 1 y 3.—México, D. F.

MARÍA

FRAGANCIAS DE MADRESELVAS

POR LA SEÑORITA

DELFINA C. RODRÍGUEZ

PROFESORA TITULADA
EN LA ESCUELA NORMAL PARA MAESTRAS, DE LA CIUDAD DE MÉXICO,
Y CATEDRÁTICA DE LENGUA CASTELLANA
EN LA MISMA ESCUELA

LIBRO TERCERO

PARA ALUMNAS DEL CUARTO AÑO ELEMENTAL

LIBRERÍA DE LA VDA. DE CH. BOURET

PARÍS
23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO
45, AV. CINCO DE MAYO, 45

1919

Quedan asegurados los derechos conforme a la ley

A LAS MAESTRAS

A mis compañeras de labor en el profesorado, dedico este mi humilde librito. Deseo que pueda prestarles alguna ayuda en su importante y trascendental tarea. Quiero que algo útil hallen en él, y que aprovechen, en su afán de educar y de instruir convenientemente a sus alumnas, los diversos ejercicios de que consta.

Leer con detenimiento; explicar lo leído, haciendo uso de su propio lenguaje; copiar algún trozo de la lección comentada; servirse del tema de la misma para desarrollar por escrito la exposición oral que hicieron del asunto principal de la lección; contestar por escrito también, las preguntas de tal o cual cuestionario que acompaña a cada capítulo, después de haberlo leído con cuidado, tales son los trabajos que deberán ejecutar las niñas para sacar el mayor fruto de su libro de lectura.

¡Salud, mis queridas compañeras, que el cuarto año elemental os sea leve!

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/mariafraganciasd0000delf

1.—La nueva mamá

—Venid conmigo, mis hijitas, al jardín, a sentarnos en la banca bajo el cenador rústico, a la sombra del techo de madreselvas y mosquetas, que nos brindarán con sus perfumes deliciosos.

Pero antes id vosotras, tú, Julia, y tú, Flavia, por vuestros abrigos, y en cuanto a Melita, para que no sienta frío, la sentaré en mis piernas y, reclinada en mi regazo, la cubriré con mi abrigo y le daré el calor de mi cuerpo.

. . . . . .

—Y ahora, platiquemos de lo que os ocurra, de lo que sea más grato para vosotras.

—¿Quieres contarnos un cuento, tía?—preguntó Melita.

—Con mucho gusto os lo contaré, pero antes quiero deciros algo que es necesario que sepáis. Con placer debo anunciaros que desde hoy viviremos juntas, pues ya no vengo de visita como otras veces

vine, sino a quedarme para siempre en esta casa, con vosotras.

Como ya os lo habrá dicho vuestro papá, mi buen hermano desea que yo misma me encargue de vuestra educación, y yo recibo con toda mi alma a tan encantadoras discípulas, a quienes amo y amaré siempre, más que como a sobrinas, como si fuesen mis propias hijas.

Y bien, ¿cómo será la vida que hagamos?

Por las mañanas nos levantaremos muy temprano para ir a dar una vuelta por el campo, si nos lo permiten las labores domésticas. En esos paseos, tan agradables y convenientes para la salud, correréis, cortaréis flores, tomaremos leche acabada de ordeñar, y luego volveremos a casa para desayunarnos y comenzar las labores del día.

Continuaréis aprendiendo a leer, a escribir, aritmética, geografía, costura, bordado, tejido y qué sé yo cuántas cosas útiles que voy a enseñaros.

Además, leeremos libros con hermosas historietas, os contaré cuentos divertidos, pintaréis lo que os ocurra, os llevaré al cine, y, en una palabra, pasaremos el día gratamente ocupadas.....; pero, ¿qué es eso?, ¿por qué lloras, Julia?...., ¿y tú también, Flavia?

Ah, sí, ya sé. Recordáis a vuestra buena mamá, que voló al cielo dejándoos sin sus tiernas caricias. Pues bien, llorad; nunca se llora bastante a una madre, cuyo cariño y solicitud no se pueden

hallar otra vez en la tierra. Por eso se dice que sólo una madre tenemos.

Pero pensad también que vuestra mamacita no ha muerto: desde el cielo os ve, os guía, os ama y os bendice.

En nombre de ella, a quien no debéis olvidar nunca, yo os prodigaré todas mis ternuras y cariño, y yo haré, por vosotras, lo que ella no pudo hacer ya.

¿Verdad que me querréis tanto como yo os amo y que seréis buenas conmigo?... Mas ya no lloréis, que por allá asoma vuestro papacito. Secad vuestros ojos, dadme un beso y corred a recibir con todo afecto a vuestro papá.

Explicación de palabras

Rústico, relativo al campo, tosco, mal hecho.
Regazo, en mi regazo, esto es, en mi seno, entre mis brazos.
Solicitud, cuidado minucioso.
Prodigar, dispensar profusamente.

Cuestionario

¿Cuántas niñas figuran en nuestra lectura? ¿Cómo se llama cada una de ellas? ¿Quién les habla? ¿Qué les dice? ¿Por qué lloran las niñas? ¿A quiénes se llama huérfanos? ¿Quién llegó cuando la tía de aquellas niñas terminaba de hablar?

Indicaciones metodológicas

Hágase el resumen oral de la lección. Escríbanse frases en que entren las palabras: *huérfano, orfandad, orfanatorio.* ,

2.—La familia dichosa

La familia Rojo, como ya lo habrán comprendido mis lectorcitas, estaba formada por el papá, la mamá y las tres niñas, hijas de ambos.

El señor Rojo, que estaba en la plenitud de la vida, pues que apenas tendría cuarenta años de edad, era propietario de una pequeña industria que él mismo había establecido, y la cual, a fuerza de trabajo y economías y honradez, iba progresando, y le producía lo necesario para que su familia viviera, si no con lujo, sí con las indispensables comodidades.

El señor Rojo, hombre ilustrado y trabajador, dividía su tiempo entre su familia, como excelente esposo y padre que era, y el cuidado de su fábrica, donde tenían empleo un buen número de obreros, hombres y mujeres. La señora Rojo, como cinco años menor que el esposo, era una mujer instruída y poseedora de excelentes cualidades como ama de casa.

En aquel hogar reinaban siempre la satisfacción y el contento. Fuera de las inevitables contrariedades de la vida, afortunadamente siempre ligeras, ninguna amargura había ido a disminuir la felicidad que sonreía siempre tanto a los padres como a los hijos.

—He ahí una familia dichosa,—decían con frecuencia las personas que la visitaban, y lo decían con justicia, pues eran testigos de que los rostros

estaban siempre sonrientes, las miradas eran vivas y alegres, las caricias prodigadas tiernamente, y las frases que se cruzaban entre unos y otros, padres e hijas, estaban inspiradas en el amor y la dulzura de aquellos seres.

Pero cuando más engreídos estaban con su dicha, que parecía no tendría fin, vino la muerte y arrebató, casi repentinamente, a la virtuosa tierna madre y esposa modelo, dejando desolado y triste aquel hogar, y sumidos a sus moradores, padre e hijas, en dolor incomparable y profundo.

Pasados los primeros días de intenso sufrimiento, el señor Rojo pensó en la conveniencia y necesidad de que una persona a la vez instruída y virtuosa fuera a encargarse de la educación de las niñas, y desde luego le ocurrió que nadie podría hacerlo mejor que su propia hermana, profesora inteligente y de excelente corazón, que estaba educando a los hijos de un rico hacendado que vivía en una hacienda próxima.

Inútil es decir que la señorita Rojo aceptó desde luego el encargo de su muy querido hermano, pues que amaba a sus sobrinitas con entrañable cariño, por lo que días después de haber sido llamada se despidió de sus discípulos, que lloraron su partida, y se fue a vivir con su hermano y sobrinitas.

Y pues que ya nuestras pequeñas lectoras conocen a los personajes de este libro, continuemos narrando lo que después aconteció en el hogar de la familia Rojo.

Explicación de palabras

Plenitud, totalidad, abundancia.
Desolado, afligido.
Entrañable, íntimo, muy querido.

Cuestionario

¿De cuántas personas se formaba la familia Rojo? ¿Qué podemos decir acerca de los señores Rojo? ¿Qué acerca de la conducta de los mismos con respecto a sus hijas, y qué de éstas en relación con sus padres? ¿Era feliz aquella familia? ¿Qué decían las personas que visitaban a la familia dicha? ¿Continuaron siendo dichosos? ¿Por qué no?

Indicaciones metodológicas

Escriban las niñas los nombres de sus papás y hermanos, y formen una lista de las palabras que se les explicaron.

3.—La hora de levantarse

—¡Julia, Flavia: oid los campanillazos del reloj!... ¡Arriba, niñas mías, que ya los rayos del sol penetran por la ventana de vuestra alcoba! Levantaos, no sigáis en el lecho, que afuera el fresco es muy agradable y da vigor y alegría. Es una excelente costumbre dejar la cama a las primeras horas de la mañana...

—¡Tan temprano, tía!, interrumpió Julia con un gracioso mohín y sacando fuera de la sábana un pie regordete y rosado como un piñón maduro.

—¡Miren la perezosa!—respondió la tía con fingido mal humor. —¡Temprano y ya el sol está arriba del horizonte, rubio y sonriente, invitándonos a gozar de la vida!, ¡temprano y las gallinas andan en el patio buscándoos para que les deis su desayuno de maíz!, ¡temprano y las flores están mustias

porque no habéis ido a ponerles agua fresca! ¡Arriba, arriba he dicho! A llenar vuestros pulmones con el aire fresco y puro de la mañana, a respirar la fragancia de las flores, a sentir la frescura del rocío.

Hombres y mujeres deben dejar temprano el lecho, pero en las mujeres es hasta punto de delicadeza hacerlo así. ¿Qué diríais de unas hijas que mientras la mamá va y viene, barre, prepara el desayuno y se ocupa en las diarias faenas de la casa, ellas tranquilamente durmiesen y no se les viera sino a la hora de presentarse en la mesa? ¿Y qué pensáis de una esposa que se levanta una hora después que el marido?

Cuando ella sale al patio, el señor está ya completamente aseado, se ha ocupado ya en alguna cosa y necesita tomar alimento; pero la señora aún está calientita, enmarañada y soñolienta.

Si no hay criada, el señor tendrá que molestarse esperando largo tiempo el desayuno, y si la hay, es obligación de la esposa vigilar que todo esté listo y bien hecho. Es necesario, pues, que la señora se levante temprano, tenga o no tenga criada. Por otra parte, ¿creéis que un esposo, por bueno y prudente que sea, dejará de sentir disgusto y quizá hasta disminución de cariño por aquella su compañera que gusta de permanecer disfrutando de la tibia cama hasta muy entrada la mañana?

Conque ¡arriba! ¡Vestíos pronto!... ¿Y Melita? ¡Durmiendo aún!. ¡es tan pequeña! Vé a desper-

tarla, Julia, y ayúdala a vestirse. Tú, Flavia, abre las ventanas de par en par; así saldrá el aire viciado, que se cargó de impurezas mientras dormíais, y entrará el aire fresco y perfumado del jardín. Esos rayos del sol, que penetran por la ventana que da al oriente, se encargarán de hacer más saludable la atmósfera de vuestra recámara.

Sacudid las sábanas y colchones de las camas y llevadlas afuera, al corredor. Allí las dejaréis bien extendidas para que se aireen suficientemente. Luego a lavarse y a peinarse, mientras que yo ordeno a la criada lo que debe hacer en el comedor. En seguida, a saludar con un beso a papá, que ya está levantado, y por último, al campo, a correr, a jugar, a cortar flores y a tomar leche recién ordeñada.

Cuando regresemos de nuestro paseo, tomaremos el desayuno y después nos dedicaremos al trabajo que tengamos para hoy.

—¿Y llevaremos a Pipo?—preguntó Flavia con entusiasmo.

—Sí, ya lo creo que lo llevaremos.

Explicación de palabras

Lecho, cama.
Vigor, fuerza.
Mohín, mueca, gesto.
Fragancia, olor agradable.

Cuestionario

¿A qué hora es conveniente dejar la cama? ¿De qué gozan las personas que acostumbran levantarse temprano? ¿Por qué es bueno levantarse con el sol? ¿Qué se piensa de una mujer, ya sea hija o ya esposa,

que permanece en la cama hasta muy tarde? ¿Qué debe hacerse cuando se ha dejado el lecho? ¿Para qué deben abrirse puertas y ventanas de la alcoba? ¿Cuál es la mejor orientación para una recámara?

Indicaciones metodológicas

Escriban las niñas una composición acerca de los cuidados que exige la alcoba tan pronto como las personas abandonan la cama, por la mañana?

4.—La elegía de la casa

Sin ella, ¡qué triste está nuestra casa!
La sonrisa ha huido de los labios..... Lágrimas,
suspiros, sollozos, las puertas cerradas....
¡Parece un sepulcro nuestra vieja casa!

Cuando nos sentamos a la mesa, pálidas
las tristes mejillas, los ojos con lágrimas,
al mirar su asiento vacío, en voz baja
todos sollozamos: ¡Allí se sentaba!

Silencioso, a veces, penetro en su estancia,
creyendo qué en ella soñando me aguarda,
el labio sonriente, las manos cruzadas,
y la cabellera negra, destrenzada
sobre la blancura de las almohadas.

¡Del clave las viejas teclas empolvadas
aún las tenues huellas de sus dedos guardan!
y un libro de versos conserva en sus páginas
el triste perfume de su última lágrima.

A veces la niña llorando la llama....
La busca en la alcoba donde ella bordaba,
y me balbucea con su rota charla:
—Mamá se ha escondido, dile tú que salga!...
. . . . . .
¡Sin ella, qué triste está nuestra casa!

Explicación de palabras

Estancia, aposento, en este caso.
Clave, instrumento músico parecido al piano.
Huella, señal.

Cuestionario

"Sin ella, ¡qué triste está nuestra casa!.... ¿A quién se refiere el poeta? ¿Qué se nota en una casa cuando muere la mamá? Al sentarnos a la mesa, a la hora de las comidas, ¿en qué pensamos? ¿Cómo cree vería el poeta al penetrar en la estancia donde la esposa reposaba? ¿Qué recuerdos tiernos ha dejado? ¿Qué hace a veces la infeliz niñita huérfana?

Indicaciones metodológicas

Darle forma de prosa a la composición leída o bien formar un cuentecito, empleando el mismo tema.

5.—Un buen amigo

Minutos después, las tres niñas, acompañadas por su tía, caminaban alegres por entre un espeso y umbroso bosque formado de cafetos, mangos y platanares.

Era temprano aún, mas por el solitario lugar ya caminaban algunos labriegos, llevando sus útiles de labranza.

Las chozas, esparcidas aquí y allá, parecían desiertas, pues que ningún ruido ni movimiento indicaba que alguien se encontrara al abrigo de aquellos rústicos techos sostenidos por casi movedizas paredes y, sin embargo del silencio y soledad que rodeaban a nuestras paseantes, ellas no sentían el más pequeño temor.

¿Ni cómo habían de temer nada si muy cerca de ellas, sin perderlas ni un instante, iba Pipo, su grande y hermoso perro?

Aquel animal era su más fiel amigo, las seguía por todas partes, jugaba con sus amitas, a quienes lamía una y mil veces las manos y aún la cara, para manifestarles así su cariño.

Si alguna de las niñas lloraba por cualquier motivo o hacía una exclamación de sufrimiento, el arrogante perro no corría, volaba presuroso como para enterarse del motivo de su pena y prestarle ayuda.

Cuántas veces, Melita, para divertirse, fingía fuertes sollozos. Entonces era de ver cómo el cariñoso animal tiraba del pañuelo con que la niña tenía cubierto el rostro, y no logrando descubrir el motivo del llanto, iba, venía y daba mil vueltas, lanzando al aire lastimeros aullidos, y cuando la pequeña se descubría la cara y dejaba ver en él su sonrisa alegre, el perro saltaba loco de gozo, haciendo mil y mil festejos y cabriolas para demostrar su contento.

Aquella mañana, la primera en que pasearon las niñas con su *nueva mamá*, Pipo parecía más alegre que nunca, tanto como lo iban ellas.

Subieron a la cima de una loma, y cuando estuvieron allá, sentáronse a descansar, pues que la caminata había sido un tanto larga y habían corretteado lo suficiente.

Desde la altura se descubría el caserío de un pueblecillo próximo, y allá, a lo lejos, se columbraba una capilla con su torre; pero tan pequeña, que parecía un juguete que hubiera cabido entre las manos.

Flavia interrogó a su tía:

—¿Por qué aquella capilla parece tan pequeña? ¿No será como la que está cerca de nuestra casa?

—Sí,—se adelantó a contestar Julia—es tan grande como la que conocemos; pero la gran distancia a que se encuentra con respecto a nosotras hace que la veamos tan diminuta.

—Entonces—replicó Flavia—¿Cómo será de grande el sol y a qué distancia se encontrará de nosotras?

—El sol es tan grande y tan lejos se halla de nosotros, que nadie tiene una idea ni de su tamaño ni de la distancia,—dijo Ester.—Figuraos: es mucho más grande que la Tierra y ni siquiera de ésta podemos imaginarnos su tamaño.

Mas de estas cosas ya hablaremos en otra ocasión, pues por ahora debemos apresurarnos a regresar. Pasaremos a tomar un vaso de leche en el establo próximo, y en seguida a casa, no sin llevarnos unos ramos de flores.

—Para el escritorio de papá y el comedor, ¿no es verdad?

—Y también para la sala, mis queridas sobrinas. ¡Pipo, a casa!

Explicación de palabras

Umbroso, se dice de lo que tiene sombra.
Cabriolas, brincos, saltos ligeros.

Cuestionario

¿Quiénes iban de paseo una mañana? ¿Hacia dónde iban? ¿Quién las acompañaba? ¿Qué hacía Pipo cuando veía alegres o tristes a sus amas? ¿Por qué se veía tan pequeña la capilla?

Indicaciones metodológicas

Escriba cada niña una pequeña composición acerca de sus impresiones cuando ha salido al campo.

6.—La madrugada

Esta mañana dejé mi lecho
Muy tempranito y al campo fuí;
¡Qué aire tan puro sintió mi pecho!
¡Y cuántas cosas bonitas vi!

Vi en el Oriente la rubia aurora
Entre las nubes de leve tul,
Como una virgen encantadora
Con un vestido blanco y azul.

La recibieron en són de fiesta
Los pajarillos con su cantar,
Los mil rumores de la floresta,
Los arroyuelos al murmurar.

El sol muy blanco sobre los montes
Alzó la frente con majestad,

Iluminando los horizontes
Con un torrente de claridad.

Vi por los valles y por los cerros
En juguetona revolución,
Correr las vacas y los becerros
Buscando alegres su nutrición.

Iban los grupos de labradores
Hacia los campos llenos de afán,
Con la herramienta de sus labores
Con que ellos ganan su humilde pan.

Vi con el alma de gozo henchida
Por todas partes la animación,
El movimiento que da la vida
A la cabeza y al corazón.

Estoy ligera, fuerte, dichosa,
Y con alientos de trabajar:
¡Oh!, de estas dichas la perezosa
Seguramente no ha de gozar.

JESÚS ACAL.

Explicación de palabras

Majestad, gravedad suprema.
Nutrición, alimentación.
Henchida, llena.

Cuestionario

¿Quién se supone que habla? ¿Qué dice la niña que hizo? ¿Qué fue lo que sintió? ¿Qué dice que observó? ¿Cómo se sintió después del paseo?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas pongan en prosa la anterior composición.

7.—El perro fiel

(TOMADA DEL TERCER LIBRO DE LECTURA NATURAL)

El perro fue el primero de todos los animales domésticos que logró amansar el hombre, y es el que más se le ha apegado.

Allá, en una época muy remota, el hombre se dedicaba principalmente a la caza, pues que de ella obtenía la carne para su alimento, y la piel para sus ropas. Entonces encontró al perro, que también era cazador por necesidad, lo conquistó, y ganó el hombre no sólo un auxiliar valiente y de inteligencia, sino el primero y más fiel de sus amigos. Desde entonces, y a pesar de los muchos siglos que han transcurrido, el perro ha permanecido en la domesticidad, sin faltar al pacto mudo de su alianza con el hombre.

Allí donde el hombre va, le sigue su perro. No hay región, por más lejana e inaccesible que sea,

no hay penalidades ni peligros por más terribles que se consideren, que impidan a este noble y fiel animal, seguir al amo a quien ama, y compartir con él la suerte que se le depare.

La historia nos presenta multitud de ejemplos de perros que han permanecido fieles y cariñosos, abnegados, podría decirse, al lado de sus dueños, cuando éstos se encontraban desamparados y hasta perseguidos por la humanidad entera. Y ha habido y hay casos de que esa fidelidad dure no sólo hasta la muerte, sino aun más allá. Sí, más allá.

Quizás nadie ha observado al perro, ni escrito respecto a él de un modo tan interesante, como Plinio, el Anciano, también llamado el Naturalista, quien consagró toda su vida al estudio de las plantas y de los animales.

Los perros a que se refiere Plinio en sus escritos, son aquellos que se encontraban por todas partes en el Imperio Romano, y parecen tan afectos a sus dueños como los perros de hoy lo son a nosotros.

Un perro, llamado Hircano, que pertenecía al rey Lisímaco, se arrojó a la pira funeraria en que incineraban el cadáver de su amo. Así pereció también otro perro en las exequias de su dueño, Hiero de Siracusa.

Plinio habla de un perro que conoció y cuya fidelidad al dueño conmovió profundamente a los ciudadanos romanos, a pesar de que éstos se avergonzaban siempre de dejar percibir sus sentimientos. Es el caso que se descubrió un complot contra

la vida del emperador romano. El jefe de la conspiración, Tito Sabino, fue condenado a muerte con algunos de sus servidores. Uno de éstos tenía un perro, al que profesaba mucho cariño, y desde el momento en que el dueño fue arrojado a una prisión, no hubo poder humano que hiciese al perro abandonar la puerta de la prisión.

Por fin, llegó el día en que se aplicó al dueño la pena de muerte acostumbrada en Roma para los culpables del delito cometido: lo arrojaron desde lo alto de una escalera y se desnucó. La multitud se había agolpado para presenciar el acto y, por entre ella, el perro llegó a hacerse paso y llegar hasta el cadáver de su amo, y, echándose junto a él, empezó a lanzar lastimeros aullidos.

Entonces uno de los circunstantes se apiadó del perro y le arrojó un trozo de carne. Hay que advertir que apenas había comido durante todo el tiempo que pasó junto a la puerta de la prisión. El perro recogió el trozo de carne, no para comérselo, sino para colocarlo en la boca de su dueño.

El pueblo acudió en masa para presenciar aquel acto y enterarse de lo que significa ser fiel hasta la muerte.... y aun más allá de la muerte."

* * *

—¿Les agradó la anterior lectura?—preguntó a sus sobrinas la señorita Rojo.

—¿Cómo no había de gustarnos?—respondieron.

—Pues mañana leeremos otra referente al caballo, que también os agradará.

Explicación de palabras

Pacto, tratado, convenio.
Deparar, proporcionar, poner delante.
Pira, hoguera que servía para los sacrificios.
Incinerar, quemar.
Exequias, funerales.

Cuestionario

¿Cuál fue el primer animal que se unió al hombre? ¿A qué se dedicaba el hombre en tiempos remotos? ¿Cómo o por qué se hicieron amigos el hombre y el perro? ¿Qué hace este animal para mostrar su fidelidad? ¿Qué se cuenta de algunos perros célebres?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas escriban una composición narrando algunas anécdotas relativas a perros.

8.—El caballo del Boero

"Era yo muy pequeña, tan pequeña que todavía no había aprendido ni el abecedario, cuando oí a mi abuela leer el episodio de un caballo, el cual hizo correr las lágrimas por mis mejillas.

El dueño del caballo vivía en la Colonia del Cabo, y le llamaban el Boero Holandés. Era un hombre pobre, de origen holandés, nacido en el suelo de aquel ardiente país, y que ganaba la vida cultivando la tierra.

Aunque rudo de aspecto y áspero en su lenguaje, era un hombre de corazón. Amaba a su caballo y su caballo lo amaba a él; juntos trabajaban durante el día, y pasaban la noche no lejos el uno del otro.

El caballo llevaba en sus lomos a su amo, con orgullo, y se hubiese arrojado a los pantanos, a los precipicios, y hasta al fuego si su amo lo hubiese deseado. Llegó un día que puso a prueba la fe y el amor del vigoroso corazón del caballo y el alma del hombre.

Se desató una fuerte tormenta. El mar rugía, las olas se levantaban altas como montañas, y sus blancas crestas hervían en espumas de cólera ante el viento que las fustigaba con todas sus fuerzas. Las nubes flotaban en la altura, semejando inmensas alas negras.

Se acercaba la noche; el sol se ponía, lanzando sus últimos fulgores sobre aquella escena que hacía temblar de terror. Enmedio de ese desencadenamiento del huracán y de las olas, apareció un gran barco, con las velas desgarradas y perdido el timón. Las enfurecidas olas lo impulsaban inexorables directamente hacia un arrecife, demasiado lejano de la playa para que se pudiera auxiliar a los náufragos con una cuerda.

El buque iba lleno de pasajeros, jóvenes y ancianos, que lanzaban angustiosos gritos de auxilio, los que se podían oír a pesar del estruendo de la tormenta. Sus pequeños botes habían desaparecido, destrozados como cáscaras de nuez, por las formidables olas.

Carecían de madera y, sobre todo, les faltaba el tiempo necesario para construir una balsa. Las olas asaltan el barco como una manada de blancos lo-

bos hambrientos que caen sobre su presa. ¿Qué esperanzas de salvación podían tener aquellos desdichados?

Los hombres que estaban en la playa contemplaban con honda pena aquel espantoso espectáculo; pena tanto mayor cuanto que se veían en la imposibilidad de socorrer a los náufragos, pues no tenían ni un solo bote, ni siquiera una balsa para acudir en auxilio.

De pronto se vió a lo lejos a un individuo que, a todo correr de su caballo, se dirigía a la playa. Era el Boero Holandés. Llegó a la playa, pero apenas se detuvo en ella un instante. Dirigió algunas palabras a su buen caballo, y éste, comprendiendo las intenciones de su amo, sin necesidad del estímulo del látigo o de la espuela, jamás usados con él, se lanzó intrépido al mar, y nadando poderosamente llegó hasta el buque náufrago. El Boero llevaba consigo una fuerte cuerda, de la que se asieron algunos pasajeros hasta llegar a la playa. El Boero dejó descansar brevemente al caballo, y se lanzó de nuevo a desafiar el furor de las olas, salvando otro buen número de náufragos, que llegaron sanos y salvos a la playa. Allí el caballo tomó resuello, con las narices dilatadas, mostrando fatiga.

Y, sin embargo, apenas era el principio. Todavía quedaban en el buque muchos desgraciados que invocaban el auxilio de la Providencia. Sintió el noble corcel sobre sus flancos la ligera presión de talones que le era tan conocida, y como si no hubie-

ra esperado más que esa señal, se lanzó de nuevo a las furiosas olas, recorrió el peligroso camino, y regresó felizmente a la playa, llevando otra multitud de náufragos, jóvenes y ancianos, asidos a la cuerda, siendo recibidos por los espectadores con aclamaciones de júbilo y con lágrimas de gratitud y entusiasmo para el salvador.

(Continuará.)

Explicación de palabras

Episodio, ácontecimiento.
Fulgor, resplandor, brillo.
Inexorable, duro, sin misericordia.
Formidable, muy temible, muy grande o fuerte.

Cuestionario

¿A qué se refiere la anterior lectura? ¿A quiénes se llama *boeros?* ¿Quién era el boero holandés? ¿Con quiénes vivía este hombre? ¿Qué hubiera hecho por su amo el caballo de que se habla? ¿Qué pasó una vez en el mar? ¿Qué hicieron el boero holandés y su caballo por salvar a los náufragos? ¿Cómo recibieron al boero y su caballo los espectadores?

Indicaciones metodológicas

Que busquen las niñas las palabras que no comprendan y vean su significado en el diccionario.

9.—El caballo del Boero

(CONTINUACIÓN)

La tarea había sido demasiado ardua. El caballo, de pie junto a su dueño, resoplaba más bien que respiraba, meciéndose sobre sus fatigadas piernas como una hamaca, y palpitándole el corazón como si quisiera salírsele del pecho. Pero no había terminado aún, pues el Boero Holandés era de aquellos hombres que creen que nada se ha hecho mientras falte algo por hacer. Todavía quedaban náufragos en la nave; todavía entre los bramidos del viento, se oían las plegarias y los gritos invocando auxilio.

¿Quién podría decir lo que pasaba en aquellos momentos de angustia en el magnánimo corazón del humilde Boero? Amaba a su caballo, que era su único compañero en la tierra; pero también amaba a sus prójimos, aun a aquellos que no conocía, sobre todo cuando los veía presas del dolor y del infortunio.

Volvió a murmurar unas cuantas palabras al oído del caballo, rodeando con sus brazos el cuello del noble animal. El caballo dirigió hacia el Boero sus inteligentes ojos, como para decirle: "Querido amo, si tú lo quieres lo intentaré de nuevo."

El amo lo deseaba, el caballo lo intentó.

Su corazón golpeaba con fuerza, sus arterias henchidas parecían próximas a reventar. Pero no im-

portaba. El animal volvió a desafiar las olas y el viento, y luchó, luchó....

Las gentes que estaban en la playa apenas se atrevían a respirar, siguiendo con mirada llena de ansiedad aquel espectáculo doloroso y sublime a la vez. Todos habían visto que ya el caballo estaba exhausto de fuerzas.... ¿Triunfaría en la última vez? ¿Perecería en su intento?.... Una ola pasó sobre el grupo que formaban el Boero y el caballo, ocultándolos por un momento, momento de angustia terrible... ¡Pero ahí están... Volvieron a surgir... Siguen nadando hacia la nave... Se van acercando, aunque lentamente... Ya llegan... Ya llegaron!

Los últimos náufragos se asieron a la cuerda. No eran tantos como en las veces anteriores, pero las fuerzas del corcel tampoco eran tantas.

Volvió el caballo a su intento, dirigiéndose hacia la playa. Los que seguían aquella escena, con el alma en suspenso, cayeron de rodillas, implorando al cielo.

El caballo, con ese gran instinto de los animales, comprendía que el esfuerzo sería vano. Le faltaban las fuerzas casi por completo. Pero no importaba. Era indispensable luchar por una vida superior a la suya: la de su generoso amo... Todas las probabilidades estaban en su contra; la carga era demasiado pesada... Y luchó, luchó... Pero ya no podía levantar las piernas; flotaban sus crines sobre las olas como negras algas marinas, mientras se detenía para tomar aliento.... Se detuvo....

Se hundió... Irguió la cabeza sobre la espuma de las olas, lanzó un gemido que pareció exhalado por un pecho humano, y rodó al abismo, arrastrando su preciosa carga.

Contestó a ese gemido un hondo lamento de todos los que estaban en la playa, y que se extendió después por todo el país, ante la pérdida de quien murió salvando a casi toda la tripulación y los pasajeros de un buque náufrago.

Así desafiaron el mar y en él perecieron el valiente Boero y su intrépido caballo. Amigos y compañeros en vida, la muerte no se atrevió a separarlos.

Y desde que oí leer este conmovedor episodio, siento la más intensa simpatía hacia los caballos."

Explicación de palabras

Árdua, difícil.
Exhausto, agotado.

Cuestionario

¿Quién recuerda lo que leímos la vez pasada acerca del caballo del Boero? ¿Qué pasó con el caballo después de los dos primeros viajes de salvamento? ¿Le quedaban fuerzas para continuar la obra? ¿Cómo estaban las gentes que veían aquel acto? ¿Qué pasó cuando el Boero intentó salvar a los últimos náufragos? ¿Cómo debemos calificar el acto de aquel hombre y su caballo?

Indicaciones metodológicas

Que reconstruyan las niñas todo el cuento, y, compendiado, que cada una lo escriba en su cuaderno.

10.—**El primer amigo del hombre**

Recio tropel se escucha en lontananza,
Que rápido se acerca. El troglodita
El antro deja, en que salvaje habita;
Recogiendo sus flechas y su lanza.

Rengífero veloz sobre él avanza,
Que, ciego de terror, se precipita
Por selvas y montes, y que en vano evita
Al perro montesino, que lo alcanza.

El hombre vibra la silbante flecha,
Cae el reno, lo arrastra su enemigo
De la espelunca hasta la boca estrecha.

Lo devora; y al perro, que es testigo
Y lo ayudó, los desperdicios echa,
Y gana el hombre su primer amigo.

R. de Zayas Enríquez.

Explicación de palabras

Lontananza, a lo lejos.
Troglodita, habitante de las cavernas.
Antro, caverna.
Montesino, montés, propio del monte.
Espelunca, gruta.

Cuestionario

¿Dónde habitaban los hombres primitivos? ¿Cómo se alimentaban? ¿Qué armas usaban aquellos hombres en la cacería? ¿Cómo dice el poeta que se hizo el hombre del primer amigo, el perro?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas transcriban a prosa la anterior composición, y que la escriban, procurando emplear las palabras que les eran desconocidas.

11.—¿Cómo se hace el pan?

Eran las doce. Aquella mañana habían trabajado las huerfanitas Julia, Flavia y Melita en el aseo de sus respectivas recámaras. La señorita Ester les había ayudado en el arreglo de las habitaciones, que habían quedado hermosas de puro limpias. Ya tendremos oportunidad de entrar en ellas con la imaginación, y veréis cómo os encantan e inspiran el deseo de poner vuestras alcobas de manera semejante. Por ahora acompañemos a las niñas a la mesa, pues ya llegó el papá y el criado anunció que la sopa está lista en la sopera.

—¡A comer, mis niñas!—dijo la señorita su tía; —el que trabaja tiene derecho a alimentarse. ¡Vamos a la mesa, y tú, Rutilio (así se llamaba el mozo), no te olvides de traer el pan.

El aludido volvió a los pocos instantes con una bandeja en la que había colocado varias tortas de oloroso y dorado pan.

—¡Oh!, qué bien huele ese pan. ¿Verdad, Melita?

Sí, Julia; parece que acaba de salir del horno.

—Y no te equivocas,—interrumpió la tía;—pues en efecto, es pan caliente; no lo vamos a comer ahora, sino hasta la noche; porque el pan caliente es un poco indigesto; hay que dejarlo enfriar algunas horas, por lo menos.

—¿Y para qué lo recalentaron?

—¿Y quién ha dicho que es pan recalentado? Es acabadito de hornear.... Pero, ¿por qué esa cara de asombro de las tres? ¿No sabíais que ese pan está hecho en casa?

—¿Pues qué ya tenemos panadero?—preguntaron las niñas.

—No, no es panadero, sino panadera, y es extraño que siendo tan curiosas no la hayáis visto.

—¿Cómo se llama?

—¿Es joven?

—¿Por qué no viene a la mesa?

—¿Quieres llamarla, tía?

—¡Uy, uy, uy!, pero cuánta pregunta a la vez... Pues bien, voy a responderos: se llama Ester, como yo; tiene mi misma edad, y no viene a la mesa porque ya está aquí.

Las niñas volvieron curiosamente las miradas a todos lados, como buscando a Ester, la panadera.

—¡Ja, ja, ja!... La panadera soy yo, mis queridas sobrinas.

—¡Tú sabes hacer pan!—exclamaron admiradas a la vez.

—Vaya;—continuó la señorita;—me alegro de haberos dado esta sorpresa... Y a propósito, me

ocurre en este momento que vosotras, Julia y Flavia, le deis uno de estos días otra, y muy grata sorpresa, a vuestro papacito, que consistirá en darle a comer el pan que vosotras mismas hagáis.... No, no os asustéis, que es cosa muy sencilla hacer pan, y vais a aprender muy pronto. Voy a explicaros ahora las operaciones y después lo haremos prácticamente.

Vosotras conocéis ya el trigo. Pues bien, se lleva el grano al molino y ahí, por medio de la maquinaria se convierte en ese polvo finísimo que se llama harina. Para hacer el pan, en la víspera se toma un poco de harina, se mezcla con suficiente cantidad de agua y un poco de azúcar, y se bate bien, hasta que se forma una pasta un poco más espesa que el engrudo. Se deja la pasta en un lugar abrigado, y al día siguiente amanece una masa agria y fermentada que se llama *levadura*. Después se pone en una artesa una porción de harina, según la cantidad de pan que quiera hacerse, y se mezcla con un poco de agua, otro de levadura y un poquito de sal. El objeto de la levadura es hacer que la pasta fermente, se haga esponjosa, se hinche o *aleude*, y tenga un buen sabor. Cuando ya está bien amasada la pasta, se deja reposar algunas horas, y ya que esté bien leuda, se vuelve a amasar, se corta en trozos, a los que se les da la forma que se quiere, se ponen en latas, ¡y al horno!, que se tiene limpio y caliente de antemano. Ya veréis qué

sencillo, pero ¡cuidadito con decirle algo a papá!.... Quizá mañana hagamos la primera prueba.

—¡Oh, sí!—dijeron las niñas—¡qué gusto que vamos a comer pan hecho por nosotras!

Explicación de palabras

Artesa, cajón de madera que sirve para amasar el pan.

Cuestionario

¿De qué se hace el pan? ¿De dónde procede y cómo se hace la harina? ¿Cómo se hace la levadura? ¿Cómo se hace el pan? ¿Para qué se le hace eludar? ¿Cuántas veces se amasa? ¿Cuándo debe hornearse?

Indicaciones metodológicas

Escriban las niñas la receta para hacer el pan.

12.—El estudio

Sed constantes y siempre empeñosas en el estudio. El estudio desarrollará vuestra inteligencia, os dará aptitud para distinguir lo bueno de lo malo, os mostrará claramente el camino que debéis seguir para alcanzar la felicidad a que tenéis derecho. El estudio os hará dignas y por él lograréis merecer la estimación de los demás.

La mujer que no estudia, la que no se ilustra, la que no procura adquirir un buen número de conocimientos que podrá aplicar en su vida práctica, difícilmente llenará su misión de hija, de esposa y de madre.

Estudiad siempre, niñas mías, y seréis mujeres juiciosas y serias. El estudio os formará un recto criterio, gracias al cual pensaréis detenidamente en el exacto cumplimiento de los altos y sagrados deberes que la sociedad exige de vosotras. El estudio eleva el alma hasta Dios.

La Autora.

Explicación de palabras

Criterio, juicio, discernimiento.

Cuestionario

¿Qué consejos da la autora a sus lectorcitas? ¿Para qué sirve el estudio? ¿Qué ganan las personas con ser ilustradas?

Indicaciones metodológicas

Cópiese íntegra la lectura.

13.—La margarita

—Oid lo que voy a contaros.

Fuera de la ciudad, en el campo, lindando con el camino, se levanta una suntuosa quinta, que sin duda habréis visto todos vosotros más de una vez. La precede un jardín cubierto enteramente de cuadros de flores y rodeada de una verja pintada; y entre el jardín y la quinta se abre un llanito alfombrado de césped verde y lozano, por entre el cual asoma una mata de margaritas.

Brillaba el sol, y como sus vivificadores rayos la acariciaban del mismo modo que a las más preciosas plantas del jardín, crecía y desarrollaba por momentos. Una mañana, la primera flor abrió su capullo, y las hojillas blancas y brillantes rodearon el pequeño sol amarillo claro que constituía el corazón de la corola. Y a pesar de que nadie se

fijaba en ella, y de que era una florecilla olvidada, no se regocijó menos de haber nacido, volviéndose agradecida hacia el sol y escuchando con embeleso los cantos de la alondra que cruzaba el espacio.

Tan contenta estaba la margarita, como si el día en que se abrió fuera día de fiesta, y sin embrago, era un lunes; los niños habían ido a la escuela, y mientras ellos, sentados en el banco, aprendían sus lecciones, la modesta flor, erguida sobre su tallo, aprendía a conocer la bondad de Dios reflejada en el sol y en la naturaleza entera; y el dulce reconocimiento que sentía, sin poderlo expresar, se alzaba interpretado por una alondra que cantaba alegremente. Miraba con una especie de respeto al feliz pajarillo, sin envidiarle sus alas ni sus cantares.

—Veo y oigo,—pensaba;—el sol me calienta y la brisa mece dulcemente mi corola. ¡Cuántos seres carecen de una dicha semejante!

Dentro de la verja había multitud de flores hermosas, que se ponían huecas, con la particularidad de que las que daban menos perfume, eran las más desdeñosas. Las peonias se hinchaban para parecer más grandes que las rosas; pero no se debe al tamaño el mérito de las flores. Los tulipanes eran los que más brillaban por la viveza de sus colores, y como de ello estaban plenamente convencidos, se tenían tiesos como estacas. Ni los unos ni las otras se dignaron dirigir una mirada a la humilde mar-

garita, la cual, en cambio, los contemplaba con el mayor respeto, pensando:

—¡Cómo brillan! ¡Qué colores tan vivos y hermosos tienen! Sin duda alguna ese gallardo pajarillo que en estos momentos desciende de las nubes, baja hacia esas flores. ¡Loado sea Dios por haberme dado su vecindad! ¡Así podré admirar a mi gusto al lindo cantor!

Y en efecto, llegó la alondra modulando su "quivit, quivit;" pero sin detenerse en las peonías ni en los tulipanes, traspasó la verja y fue a posarse sobre la yerba, brincoteando en torno de la humilde margarita que, presa de la mayor emoción, apenas se daba cuenta de lo que pasaba.

El pajarillo iba saltando graciosamente y cantaba:

—¡Qué blanda y fresca está la yerba!... ¡Oh, qué graciosa florecilla hay aquí!, ¡tiene el corazón de oro y un engaste de plata!

Es imposible dar una idea del embeleso que sentía la margarita; pero su dicha llegó al colmo cuando la alondra la acarició con el pico, regalándole un largo trino de "quivit, quivit" deliciosamente modulado.

Después, se remontó al aire sin detenerse sobre ninguna otra flor.

Pasó más de un cuarto de hora sin que la margarita lograse reponerse de su emoción; y luego, penetrada de júbilo, contempló a las demás flores

del jardín, testigos de su ventura y del honor que el pajarillo le había dispensado.

Los tulipanes estaban más tiesos que nunca; con sus pétalos puntiagudos, cubiertos de manchas rojas, expresaban cólera y despecho por haberse visto pospuestos a una flor humilde e insignificante; y en cuanto a las peonias, mostrábanse más hinchadas que antes, no encontrando otra manera de expresar su mal humor.

Notó la florecilla el disgusto de sus vecinas, y esto le causó profunda pena.

(Continuará.)

Explicación de palabras

Suntuosa, rica, elegante.
Embeleso, que produce encanto.
Loado, de *loar,* alabar, celebrar.
Pospuesto, de *posponer,* poner detrás.

Cuestionario

¿Qué hay fuera de la ciudad lindando con el campo? ¿Qué hay entre el jardín que precede a la quinta y esta misma? ¿Qué planta nació en el llanito? ¿Cómo es la flor de la margarita? ¿Qué sintió la primera margarita y a quién le agradeció su nacimiento? ¿Qué hacía la florecita mientras los niños estudiaban en la escuela? ¿Era envidiosa? ¿Qué pensaba la margarita? ¿Cómo estaban las otras flores del jardín? ¿Qué pensó la margarita al ver descender la alondra? ¿Qué pasó entre la alondra y la margarita? ¿Qué sintieron las otras flores al verse pospuestas?

Indicaciones metodológicas

Que escriban las niñas una composición acerca de la alondra.

14.—La margarita

(CONTINÚA)

Algunos momentos después, penetró en el jardín una muchacha armada de un afilado cuchillo que relucía a la luz del sol, y dirigiéndose hacia los tulipanes, fue cortándolos uno a uno, y se marchó con ellos.

—¡Oh, qué desgracia!—exclamó la margarita;—¡verse cortados en la primavera de la vida!..... ¡Dichosa yo, que permanezco oculta entre la yerba sin llamar la atención de nadie!

En esto llegó el sol a su ocaso, y la florecilla cerró los pétalos, se durmió y estuvo toda la noche soñando con el pajarillo.

A la mañana siguiente, apenas abrió sus blancas y delicadas hojas, reconoció el acento de la alondra; pero su canto rebosaba profunda melancolía. ¡Pobre alondra! Era que la habían cogido y encerrado en una jaula que estaba pendiente de un clavo junto a la ventana. Con patética tristeza cantaba su libertad perdida, recordando su vuelo rápido como una flecha por la azulada atmósfera. ¡Cómo había cambiado su suerte!

Bien hubiera querido la margarita ayudar al pobre pájaro cautivo, a quien debía los más gratos momentos de su existencia; pero, ¿cómo verificarlo? Sin hacer caso ninguno del sol que brillaba espléndidamente, ni de la felicidad que en su torno di-

fundía la naturaleza toda, no pensaba sino en amortiguar los pesares del pobre prisionero, y no viendo ningún modo de hacerlo, se angustiaba.

A poco rato llegaron al jardín dos niños empuñando un cuchillo tan grande y afilado como el que llevaba la joven que había cortado los tulipanes.

Se dirigieron hacia la margarita, que no podía adivinar sus propósitos.

—Toma—dijo uno de los chiquillos;—aquí podremos arrancar una poca de yerba para la alondra.

Y se puso a abrir un corte cuadrado en la tierra, dejando en medio a la margarita.

—Quita la flor—repuso el otro.

Y la pobre margarita tembló de espanto, no por ver amenazada su existencia, sino porque había vislumbrado la posibilidad de reunirse en la jaula con la alondra cautiva, y esta esperanza pendía del capricho de los niños.

—No, dejémosla—observó el otro;—aquí en el centro de la yerba se ve muy bien.

Y la dejaron en el sitio que ocupaba, pudiendo así penetrar en la jaula de la alondra.

El pobre pajarillo se quejaba amargamente de su cautiverio y golpeaba con las alas los alambres de su cárcel. Por primera vez experimentó la margarita un vago sentimiento de envidia: la tuvo de los seres que tienen el dón de hablar. ¡Ah! Ella habría querido consolar a la desventurada prisionera.

Así pasó toda la mañana.

—No hay agua aquí—dijo la alondra para sí;—todo el mundo ha salido sin dejarme una sola gota de agua. Me abraso de sed; tengo fiebre; me ahogo. Sin duda voy a morir; ya no veré más la hermosa naturaleza, la fresca verdura, la luz del sol en que antes me agitaba libremente.... ¡Qué desgracia!

Al decir esto, hundía el pico entre la yerba para recoger la poca humedad que conservaba, y así pudo experimentar un poco de consuelo. Sus miradas se fijaron en la margaritilla, y saludándola con la cabeza y acariciándola con el pico, le dijo así:

—¡Desventurada flor! También tú te secarás en este horrible calabozo. Vas a morir por mí. Aquí te pusieron con esa yerba que ha sido traída para fingirme el bosque al cual no volveré...

—Si me fuese dado consolarla!—pensaba sin cesar la margarita....

Pero la pobre no podía sino exhalar su delicado y suave perfume. Lo advirtió la alondra, y aunque desesperada estaba arrancando los tallos de la yerba, tuvo el mayor cuidado en no tocar la cariñosa flor.

Cerró la noche y nadie se acordó de traer una gota de agua a la cautiva. Entonces tendió sus hermosas alas y las sacudió convulsivamente; de su garganta salió un tristísimo trino; inclinó su cabecita sobre la flor, y murió de pesar y de sed.

La margarita ya no pudo cerrar sus pétalos y

dormir y soñar como la víspera. Apesadumbrada y mustia se inclinó sobre su tallo.

Los niños no volvieron sino hasta la madrugada siguiente; y al ver al pájaro tendido y sin vida, lloraron con amargura. Luego le cavaron en el jardín una fosa rodeada de flores, en la que enterraron el cuerpo de la alondra metido en un estuche de caoba y seda. Magníficos funerales. Mientras vivió la alondra, la tuvieron abandonada; pero una vez que hubo muerto, la lloráron y le dieron pomposo entierro.

Y la triste margarita fue arrojada al polvo del camino, y nadie pensó jamás en la delicada florecilla, en la dulce compañera de la alondra, que gustosa habría dado toda su vida por salvar la del pajarillo.

ANDERSEN.

Explicación de palabras

Acento, lenguaje, voz, canto.
Patética, conmovedora.
Difundir, derramar, extender.
Cautiverio, prisión.
Abrasarse, quemarse, convertirse en brasas.
Mustia, melancólica.
Pomposo, con pompa, elegante.

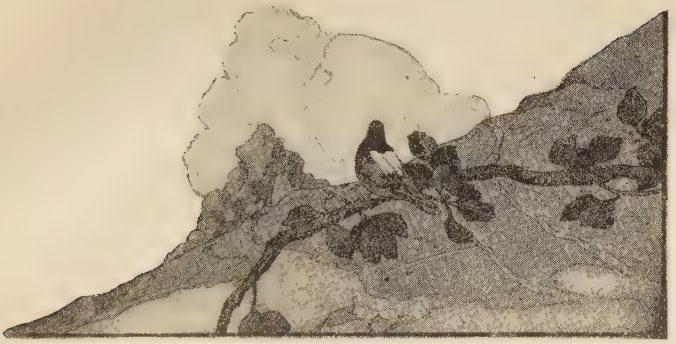
Cuestionario

¿Quién puede hacer un resumen de lo que leímos la vez anterior? ¿Qué pasó después? ¿Qué dijo la margarita al ver cortar los tulipanes? ¿Qué vió al siguiente día la margarita que le había pasad la alon-

dra? ¿Qué pensó la florecilla al ver prisionera a la alondra? ¿Qué hicieron después algunos chiquillos? ¿Por qué se espantó la margarita al ver que aquellos niños iban a cortar algunas yerbas? ¿Cómo dejaron los niños a la alondra al marcharse? ¿Cuáles eran los pensamientos de la alondra y cuáles los de la margarita al verse en la jaula? ¿Qué les pasó, al fin, a las amigas? ¿Cómo fue enterrada la alondra?

Indicaciones metodológicas

Escriban las niñas un cuento imitando el de "La Margarita."



15.—La fuga de la Tórtola

¡Tórtola mía! Sin estar presa,
hecha a mi cama y hecha a mi mesa,
a un beso ahora y otro después,
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es esa,
cimarronzuela de rojos pies?

¿Ver hojas verdes sólo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala,
¿De qué te sirve batir el ala,
si te amenazan con muerte igual
la astuta liga, la ardiente bala,
y el cauto jubo (1) del manigual?

(1) *Jubo*, voz indígena con que se designa una culebra delgada muy común en Cuba.—*Manigual*, selva de arbustos enredados y confundidos.

Pero ¡ay! tu fuga ya me acredita
que ansías ser libre, pasión bendita
que aunque la lloro, la apruebo yo.
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves ¿a quién confío
mi amor oculto, mi desvarío,
mis ilusiones que vierten miel,
cuando me quede mirando al río,
y a la alta luna que brilla en él?

Inconsolable, triste y marchita,
me iré muriendo, pues en mi cuita
mi confidente me abandonó.
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
que al monte ha ido y allá quedó!

José Jacinto Milanés.

Explicación de palabras

Incita, de *incitar,* mover a.
Jubo, voz indígena con que se designa una culebra de Cuba.
Manigual, selva de arbustos enredados y confundidos.
Cuita, aflicción.

Indicaciones metodológicas

Que las niñas pongan en prosa la composición leída.

16.—No somos dueños de lo que nos hallamos

Flavia, con un libro en la mano, y cerca de su hermana mayor, Julia, y de la más pequeña, Melita, leía una mañana, en voz alta, el siguiente relato:

—"¡Una cartera en el suelo! Recojámosla para devolverla al que la ha perdido. Sin duda no debe de estar lejos.... Aguardemos aquí, no tardará en volver."

Así hablaba una buena mujer, que se sentó a la orilla del camino mirando la cartera. Pasó media hora y no se presentó nadie.

Mi hijo enfermo me aguarda en la casa y yo no puedo permanecer más tiempo aquí.... ¡Ay de mí! ¡Qué tristeza es hallarse en la indigencia! ¡Y pensar que esta cartera contiene, sin duda, una fortuna, y que sería la salud para mi hijo y la riqueza para todos nosotros!.... Veamos a quién perte-

ce. El nombre debe de estar dentro.... No, nada más que billetes de banco. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Ah! si todo esto fuera mío! Cerremos la cartera, su vista me hace daño. La llevaré mañana, como la ley me ordena, a la alcaldía y allí irán a buscarla.

La buena mujer volvió a su casa y halló a su hijo aguardándola en la cama. Por la noche no durmió, pues asediaba su pensamiento una tentación violenta. Esta cartera—pensaba—pertenece de seguro a un hombre rico, puesto que contiene tanto dinero. ¿No podría quedarme con ella? Sería para mí el bienestar, y para su dueño una pequeña pérdida... ¡No, no, fuera esta idea! ¿Qué sería de nosotros si todo el mundo pensase como yo pienso ahora? ¿Tengo derecho para guardar lo que no me pertenece o lo que no he ganado con mi trabajo? No: la propiedad de los demás es sagrada y no me toca apreciar si los demás tienen o no necesidad de su dinero: este dinero es suyo y no mío.

Al día siguiente dirigióse a la alcaldía con intención de depositar su hallazgo. Al entrar encontró a un obrero que salía pálido, descompuesto, con los ojos extraviados, como un hombre que ha perdido o va a perder la razón. Élla le puso la mano en el brazo, y le dijo:

—¿Sufre usted? ¿Qué puedo hacer para aliviarle?

—¡Nada, no me queda más que morir!

—¿Y por qué esa desesperación?

—¡Mi honor está perdido y deshecho mi porvenir; iba a casarme y ahora no me querrán!

—¿Cómo? Confíeme su pena. Tal vez podré hacer algo por usted. Soy más rica de lo que se figura.

El obrero movió tristemente la cabeza, guardó largo rato silencio y, por último, le dijo que estaba empleado en la fábrica de un gran industrial. Su patrón le había confiado sumas importantes para entregarlas a un proveedor suyo de los alrededores, y él había cometido la imprudencia de dejarse llevar a la taberna por unos amigos. Allá había bebido sin duda con exceso, contra su costumbre, y al salir había perdido la cartera. Después había reclamado en todas las oficinas, pero inútilmente, y su amo, sospechando de que había robado esa cantidad, lo había despedido y amenazado con la cárcel si no aparecía pronto el dinero.

Aquella mujer sacó entonces la cartera, el obrero la reconoció, y llorando de alegría, exclamó:

—¡Me salva usted la vida salvándome de la deshonra y la vergüenza!

Al terminar Flavia la lectura, la señorita Ester invitó a sus sobrinas a comentar el relato.

¿No queréis comentarlo también vosotras?

Explicación de palabras

Indigencia, pobreza, pobreza suma.
Aliviar, disminuir un dolor físico o moral.

Cuestionario

¿Quiénes estaban leyendo una mañana? ¿A qué se refiere el cuento que estaba leyendo Flavia? ¿Qué fue lo primero que pensó la se-

ñora al hallarse la cartera? ¿Qué hizo? ¿Cuáles fueron los pensamientos de la señora al estar en su casa con la cartera hallada? ¿Qué hizo al día siguiente? ¿A quién se encontró en la alcaldía? ¿Qué fué lo que hablaron? ¿Cómo había perdido la cartera el obrero? ¿Con qué se le había amenazado si no aparecía el dinero? ¿Hizo bien la señora al devolverlo? ¿Por qué sería meritoria la acción de aquella señora?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas contesten, por escrito, las preguntas del anterior cuestionario.

17.—El patriotismo

Todavía tengo muy fresco el recuerdo, que siempre será grato, de aquella hermosa tarde en que presencié la clase de historia patria que una inteligente y cariñosa maestra dió a sus alumnas de cuarto año.

La *Señorita*, como respetuosamente la llamaban sus adorables educandas, les hizo a éstas la biografía de Hidalgo. Con su voz clara y argentina pintó con vívidos colores la existencia verdaderamente patriarcal del cura de Dolores. Habló de los primeros años de aquel niño de ojos glaucos, transcurridos tranquilamente al lado de sus padres; de los progresos notables que después hizo en el Colegio de San Nicolás, donde hizo su carrera de sacerdote; de su vida en el curato de Dolores y, por último, de los patrióticos esfuerzos por dulci-

ficar la vida miserable de sus feligreses; así como también de los incruentos sacrificios sufridos heroicamente en la formidable lucha que emprendió para hacernos libres, y de las vejaciones a que lo sujetaron despiadadamente los españoles, antes y después de ser fusilado en Chihuahua.

Recuerdo perfectamente, mis simpáticas lectoras, cómo la voz de la señorita, que al principio había sido sonora y tranquila, al hablar de los sufrimientos de Hidalgo, habíase tornado en velada y ansiosa, lo que demostraba que su dueña era presa de una emoción profunda.

Y las niñas, que la habían escuchado con religiosa atención, como siempre, tenían los ojos llenos de lágrimas, indicio cierto de que las había conmovido su querida señorita.

No olvidaré jamás que cuando la maestra hubo concluído su preciosa narracion, muchas de las niñas, si no es que todas, prorrumpieron en entusiastas gritos de ¡Viva Hidalgo! ¡Viva el Padre de la Independencia! gritos a los cuales las propias niñas correspondieron con un atronador ¡Viva! tras de lo cual aplaudieron con juvenil entusiasmo, y manifestaron a su maestra cuánto le agradecían que les hubiese hablado de tan importante asunto.

Luego Emilia (después supe su nombre), una niña de ojos vivarachos en los cuales se leía un alma bellísima, interrumpió a sus compañeras para decir:

—¡Qué lástima, señorita, que nosotras no seamos hombres!

—¿Y por qué, mi querida niña? ¿por qué lamentar no ser hombre?

—Porque si fuésemos hombres (lo digo por mí), yo también sería, o por lo menos procuraría ser tan patriota como Hidalgo y otros buenos mexicanos de que nos ha hablado usted en otras clases.

—Y también nosotras seríamos muy patriotas, señorita;—replicaron vivamente otras niñas.

—No sabéis cuánto me agrada lo que me habéis dicho, queridas niñas, pues me habéis demostrado claramente cuán bellos sentimientos encerráis en vuestros corazones. Mas consolaos, niñas, que no necesitáis ser hombres para ser patriotas, pues también las mujeres podemos serlo, como os lo probaré cuando os hable de doña Josefa Ortiz de Domínguez, doña Leona Vicario y otras ilustres mexicanas cuyos nombres benditos guarda la historia de nuestra patria, porque dieron evidentes muestras de patriotismo.

—¿Pero qué,—replicó Clarita,—¿el patriotismo no consiste en tomar las armas y defender la patria en el campo de batalla, cuando está en peligro su independencia?

—Ciertamente, niñas mías, que los hombres que toman las armas para defender la patria en peligro, los que abandonan su familia querida, su tranquilidad, las dulzuras de la vida en el hogar, sus labores y todo lo que más les interesa, por lan-

zarse en defensa del país, a la terrible lucha en que van a sufrir mil privaciones y peligros, en que a cada instante van a exponer su vida, y marchan al combate en donde con valor heroico ven caer a sus hermanos, muertos, y ellos mismos gustosos derraman su sangre, ciertamente que esos hombres, digo, son verdaderamente patriotas; pero nosotras las mujeres, que por nuestra debilidad no podríamos soportar las fatigas de la guerra, podemos demostrar nuestro patriotismo de otro modo, y voy a deciros cómo es ello. ¿Queréis saberlo?

—Sí, señorita,—respondieron las niñas.

Pues bien, el patriotismo consiste en amar a la patria, la tierra donde nacimos nosotras y nacieron nuestros padres y abuelos, donde hemos crecido. Los hombres demuestran su amor a la patria derramando su sangre por ella, si es necesario; mas nosotras, las mujeres, demostramos ese mismo amor con nuestros corazones. Quien ama a su patria desea que ésta sea grande, ilustre, libre, honrada, cosas que se consiguen ilustrándose sus hijos y procurando ser buenos. Vosotras, al venir a la escuela a educaros, demostráis vuestro amor a la patria, pues ilustrándoos la hacéis grande y libre y la honráis así. Después, cuando ya mayores lleguéis a ser madres de familia, seréis patriotas si además de instruir bien a vuestros hijos, les inculcáis bellos sentimientos, si los hacéis buenos, trabajadores, honrados, y si les hacéis sentir el sacrosanto amor a la patria. Con eso basta para

que seáis patriotas, pues eso es lo que la patria exige de nosotras, las mujeres.

Así, pues, si amáis la patria mexicana, si queréis patentizarle vuestro amor, instruíos en la escuela, sed buenas esposas y buenas madres de familia y contribuid al engrandecimiento de la misma patria, haciendo de vuestros hijos hombres fuertes, instruídos, honrados y buenos, que es lo que la patria necesita.

Cuando la maestra acabó de hablar, las niñas dijeron:

Si eso es patriotismo, señorita, nosotras seremos patriotas y ya no lamentaremos el no ser hombres.

Así terminó tan bella clase.

Prof. Gildardo F. Avilés. (1)

Explicación de palabras

Biografía, historia de la vida de una persona.
Argentina, que tiene la voz como el sonido de la plata.
Vívidos, vivos.
Patriarcal, de *patriarca,* anciano respetable.
Clauco, verde claro.
Incruento, no sangriento.

Cuestionario

¿De qué habló una vez una maestra a sus discípulas de cuarto año? ¿Cómo era la voz de aquella maestra? ¿Qué entienden ustedes por *ar-*

(1) Todas las lecturas marcadas con doble asterisco fueron escritas expresamente por el señor profesor Gildardo F. Avilés, autor de varias obras para las escuelas primarias.

gentina? ¿Qué significa *persuasiva?* ¿Qué contó aquella maestra acerca de Hidalgo? ¿Cómo oyeron las niñas la narración de su maestra? ¿Qué dijo después Emilia? ¿Qué le contestó la maestra? ¿En qué consiste el patriotismo y cómo puede una mujer demostrar el amor que tiene a su patria?

Indicaciones metodológicas

Escriba cada niña lo que crea que ella misma debe hacer para honrar a su patria.

18.—Gloria a la patria

¡Gloria a la Patria! dice en el cielo
la nube blanca;
¡gloria! repiten los roncos mares,
¡gloria a la Patria!

Allá en el campo la blonda espiga,
sobre esmeraldas,
dice a las flores del firmamento:
¡gloria a la Patria!

Industria y Arte, Progreso y Ciencia,
doquiera cantan
himno estruendoso que dice al mundo:
¡gloria a la Patria!

¡Gloria a la Patria! rugen las crestas
de la montaña;
¡gloria! responde la obscura mina
¡gloria a la Patria!

Que en las escuelas y los talleres,
en los palacios y en las cabañas,
la voz del pueblo proclame siempre:
¡gloria a la Patria!

LUIS J. JIMÉNEZ.

Explicación de palabras

Blonda, rubia.
Firmamento, cielo.
Doquiera, donde quiera.
Proclame, de *proclamar,* anunciar una cosa públicamente.

Indicaciones metodológicas

Copiar íntegra la composición leída.

19.—La enfermedad del papá

¿Qué sucedía? ¿Por qué no se advierte ningún movimiento en casa de nuestras amigas? ¿Todo está en quietud y silencio; los moradores de tal mansión parecen estar tristes.

Julia está sentada en el corredor repasando los vestidos de su hermanita Flavia, mientras ésta cumple otra labor.

Pero ¡cómo se nota que alguna cosa aflige a las hermanas! Se ve a las claras que Julia no está alegre, pues que no canta ni charla, como otras veces, al hacer su trabajo. La pobre niña esta triste, preocupada, como si una idea fija ocupara su imaginación, y apenas si se da cuenta del movimiento de sus dedos.

Y Flavia ¿qué hace? Esta niña, sin hablar, sin hacer ruidos, va de una pieza a otra, con actividad, como si buscara ansiosamente algo que se le hubiese perdido. Entra con frecuencia en la recámara de su papá, adonde lleva o de donde trae una taza, una cuchara o cualquier otro objeto.

Entremos también en la alcoba del señor y entonces sabremos el motivo de las idas y venidas de la niña.

Al entrar no necesitamos inquirir mucho para saber lo que acontece: el señor Rojo está enfermo. Por eso todo está quieto, por eso aquellas niñas han suprimido sus alegres cantos y sus juegos, y por eso todo está en el más completo silencio.

El día en que el médico declaró que el enfermo guardaría cama por algunos días, las niñas lloraron amargamente. Conservaban vivo el recuerdo del principio de la enfermedad de su querida mamá, y vivas guardaban también las tristes y dolorosas impresiones de que fueron víctimas cuando, después de haber visto a la enferma postrada durante algunos días, al ir a saludarla una mañana, como siempre lo hacían, no se los permitieron aquella vez.

—Han llevado fuera a vuestra mamá,—les dijeron;—ordenó el médico que la llevaran a otra parte.

En efecto, la habían llevado, pero no volvería más, pues que había dejado solos para siempre a los seres que eran el encanto de su vida y de los que ella,

a su vez, era la dicha. No volvería más, que dormiría eternamente bajo la glacial y pesada losa de mármol. ¡Qué dolor! El ángel de aquel hogar había muerto. Sus idolatradas hijas no contemplarían ya jamás el rostro risueño y adorablemente tierno de aquella madre.

Por eso en esta ocasión, al mirar enfermo al papá, las niñas se afligieron hondamente. Su tía las consolaba.

—No lloréis, mis hijitas,—les decía;—no es una enfermedad grave la que padece vuestro papá. Si nuestros cuidados para con él son esmerados, pronto lo veremos sano. Os recomiendo que guardéis silencio, pues vuestras charlas y carreras podrían molestarle, y ayudadme haciendo todo lo que yo os indique. No os toca más.

Desde aquel día las niñas no han tenido otro pensamiento que ayudar, en cuanto está a su alcance, al cuidado del enfermo.

Por su parte, la señorita Ester ordena cuanto hay que hacer.

—Es preciso asear la pieza del enfermo,—les dice:—ventilémosla y procuremos que haya en ella una temperatura uniforme.

Para esto se abren las puertas de la ventana de la habitación del enfermo, aunque de cierto modo, impidiendo que se establezcan corrientes de aire que podrían ocasionar un enfriamiento brusco al paciente.

Las medicinas han de administrársele con gran exactitud, consultando constantemente el reloj para cumplir escrupulosamente con lo que el médico ha prescripto, y teniendo cuidado de no aumentar ni disminuir las dosis, por ningun motivo, a no ser que el doctor lo ordene, pues si se le ha llamado para que dirija la curación, es que se tiene confianza en su competencia y porque nosotros no tenemos los conocimientos necesarios.

Y ya que viene a cuento, bueno es que sepáis que por ningún motivo debe tenerse sin ventilar con frecuencia, aunque con las precauciones debidas, la pieza de un enfermo; que a éste debe mudársele ropa, lo mismo que a la cama, y que, en una palabra, debe tenerse en todo el mayor aseo.

Y volviendo a vuestro papá, os repito que su enfermedad no es cosa grave, según me ha dicho el médico, mas no por eso debemos dejar de atenderlo con toda solicitud.

Cuidémoslo con mimo, con cariño, no sólo porque vosotras, como sus hijas, y yo, como su hermana, estamos obligadas, sino porque él lo merece. Nadie puede amaros tanto como él, ni nadie se preocupa tanto por vuestra educación como vuestro papacito. Debéis pagarle un poco lo mucho que os ama, y por eso nada tan justo como que estéis a su lado cuando más lo necesita, esto es, cuando está enfermo.

¡Oh, mis niñas! Amad siempre con ternura a

vuestro papá, pero demostradle mayor afecto cuando sufre, aunque el sufrimiento sea ligero, como en este caso, por fortuna para todos nosotros.

Explicación de palabras

Moradores, habitantes.
Mansión, vivienda, casa habitación.
Inquirir, investigar, averiguar.
Glacial, sumamente frío.
Administrársele, dársele.
Escrupulosamente, con escrupulosidad, es decir, con exactitud.
Prescribir, determinar.
Venir a cuento, ser oportuno.

Cuestionario

¿Qué se observa en la casa del señor Rojo? ¿Por qué llamaba la atención el silencio observado? ¿Qué se nota en una casa donde hay salud y alegría? ¿Qué hace y cómo está Julia? ¿Qué hace Flavia? ¿Por qué se entristecieron las niñas al saber que su papá estaba enfermo? ¿Qué recordaron con respecto a su mamá? ¿Qué les aconsejaba su tía a las niñas Rojo? ¿Qué hay que hacer con respecto a ventilación y aseo de la pieza donde está un enfermo? ¿Cómo han de administrarse las medicinas? ¿Cómo decía la señorita Ester que debía cuidarse al señor Rojo? ¿Por qué merecía que se le cuidara con tanta solicitud?

Indicaciones metodológicas

Que escriban las niñas una composición acerca de los cuidados que deben tenerse con un enfermo.

20.—El enfermo se agrava

Han pasado seis días desde que el enfermo cayó en cama. Durante los tres primeros todo iba bien, el mal no se acentuaba; bien al contrario, el señor Rojo sentíase cada vez más mejorado y todo hacía suponer que muy en breve dejaría el lecho y que, después de una semana de convalecencia, podría volver sin peligro, y con el mismo vigor físico que tenía antes, a sus ocupaciones habituales. Tal cosa esperaban todos, repito, pero desgraciadamente no fue así.

Hemos de sufrir todo lo que es propio de la naturaleza humana: enfermedades, dolores, miserias, llanto. Y conviene que lo suframos para que estimemos en todo lo que vale el precioso bien de la salud, para que comprendamos lo mucho que nos aman los que nos rodean, pues que se afligen hondamente por nuestras dolencias, y para que al desaparecer las causas de nuestros males nos sintamos

íntimamente felices. Porque, en efecto, no apreciaríamos la felicidad si siempre disfrutáramos de ella. Si nunca sufriéramos nada en el cuerpo, no tendríamos por qué alegrarnos como nos alegramos cuando, cuando el dolor desaparece; si nunca vertiéramos llanto, no nos parecería tan grande, como nos parece, el placer de reír y de estar contentos; si nunca experimentáramos la amargura indefinible que causa la ausencia de los seres a quienes tiernamente amamos, no gozaríamos tanto, hasta sentir que nuestra alma estalla de gozo, cuando esos seres han vuelto a estar cerca de nosotros, cuando escuchamos su querida voz y respiramos el aire que ellos respiran. Sí, mis queridas lectoras, para tener conciencia de la felicidad se necesita conocer también el sufrimiento. Pero.... volvamos a nuestro enfermo.

La mañana del cuarto día de la enfermedad, la señorita Ester se acercó al lecho de su hermano para saludarlo, y advirtió que sus ojos estaban enrojecidos, sus mejillas se veían enrojecidas también, su pulso era agitado, violento, su respiración fatigosa y de sus labios salían palabras incoherentes y sin sentido: ¡deliraba!

—María, exclamó la señorita a la niña mayor— trae inmediatamente el termómetro, tu papá tiene calentura.

La niña llegó a pocos momentos llevando el instrumento pedido. El termómetro fue puesto en una de las axilas del enfermo y bastaron unos cuantos

minutos para que la columna de mercurio ascendiera y marcara 40 y ½ grados. Aquello era alarmante. ¡40 y ½ grados! ¡Qué grave estaba aquel señor!

—Que se haga venir al médico, sin pérdida de tiempo, hija mía,—dijo la señorita a la niña en voz baja.

En aquel instante el papá de las niñas se movió pesadamente y se quejó de un agudo dolor en un costado. Aquel dolor, lo elevado de la temperatura del cuerpo del enfermo, indicada por el termómetro, la dificultad con que respiraba y la tos seca que desde hacía algunas horas lo molestaba, todo inclinaba a creer que se había presentado una complicación y que la nueva enfermedad, a juzgar por los síntomas que se observaban, era nada menos que la terrible pulmonía.

Cuando el doctor llegó y examinó cuidadosamente al enfermo, declaró que estaba grave. En efecto, tenía pulmonía. La enfermedad había atacado rápidamente uno de los pulmones, y el caso se presentaba serio, muy serio.

A pesar de la entereza de ánimo que acompañaba siempre a la señorita Ester en los casos difíciles y dolorosos, en esta vez, al enterarse del diagnóstico del facultativo, sus ojos se llenaron de lágrimas y una intensa palidez cadavérica se pintó en su semblante. Sin embargo, procuró reponerse y preguntó al médico lo que debía hacerse para tratar de salvar a su hermano. El médico hizo todas las indicaciones conducentes al caso, la hermana

del paciente las oyó con gran atención y procedió a ponerlas en práctica sin perder un segundo.

Desde tal día se redoblaron los esfuerzos de la señorita Ester y de sus sobrinas María y Julia. Las noches eran para vigilar escrupulosamente al enfermo y no para dormir. Sólo de cuando en cuando cerraban sus párpados durante algunos segundos y los abrían de repente al más pequeño ruido, con sobresalto.

¡Cuánta angustia durante siete días seguidos, cuánto desvelo, cuánta amargura! Por fin, el séptimo día, el doctor no se retiró de la cabecera del enfermo sino hasta que le pareció que el peligro de muerte había desaparecido, y acabó por declarar que el paciente estaba salvado. El señor Rojo pasó la noche un tanto tranquilo.

Al día siguiente, cuando hizo el doctor su visita, dijo estas consoladoras palabras a la señorita Ester:

—La enfermedad cede rápidamente, hay grandes esperanzas de pronto alivio. Sin embargo—agregó —una recaída sería funesta.

Pero no, no habrá recaída, que ahí están las solícitas enfermeras que la evitarán con sus celosos y eficaces cuidados.

Explicación de palabras

Acentuaba, de *acentuar,* agravarse, en este caso.
Ocupaciones habituales, las de siempre.
Verter, derramar líquidos.
Incoherentes, sin relación unos con otros.
Presa, cosa apresada.

Axilas, sobacos.

Complicación, algo nuevo que agrava la enfermedad.

Síntoma, fenómeno que revela un desorden en las funciones orgánicas.

Entereza de ánimo, valor y calma.

Diagnóstico, conjunto de signos que caracterizan una enfermedad.

Facultativo, médico, en este caso.

Cuestionario

¿Qué creía la señorita Rojo, al principio de la enfermedad de su hermano? ¿Por qué conviene que suframos las miserias de la naturaleza humana? ¿Cuáles son los signos de que una persona tiene calentura? ¿Cuáles son los síntomas de la pulmonía? ¿Qué hizo la señorita Ester al oír el diagnóstico que hizo el médico? ¿Qué pasó el séptimo día de enfermedad? ¿Qué es lo que hay que temer en los convalecientes?

Indicaciones metodológicas

Decir por escrito cómo debemos portarnos en el caso de que una persona de nuestra familia caiga enfermo de gravedad.

21.—La Virtud y la Ciencia

(DIÁLOGO)

Virtud.—¡Dame el paso!
Ciencia.—¡Yo adelante!
Antes que tú pasar debo.
V.—Pues yo a ceder no me atrevo.
C.—Mi grandeza es ser constante.
V.—Si orgullosas no cedemos
La razón sea nuestra guía.
C.—Dices bien, por vida mía
Razonemos.
V.—¡Razonemos!
C.—Yo voy con afán sin nombre,
Lo ignoto siempre buscando,
Y vivo siempre luchando
Por civilizar al hombre.
V.—Yo, de la desdicha en pos
Camino siempre anhelante
Y lucho siempre constante
Por llevar el hombre a Dios.
C.—Yo, aprisionando el vapor
Con mano robusta y fuerte,
Al hombre hice de esta suerte
De los mares el señor.
V.—Yo entrando en los corazones
Donde el mal vive a cubierto,
Al hombre al punto convierto
En señor de sus pasiones.

C.—Y yo, que jamás desmayo,
Y no me dejo vencer,
Al hombre he dado poder
Para aprisionar el rayo.
V.—Pues en lucha desigual
Al hombre mi fuerza liga,
Porque cautivar consiga
Todo impulso criminal.
C.—¡Yo voy a Dios!
V.—¡Yo también!
C.—¡No me ofusco!
V.—No me ofusco.
C.—Yo por el saber lo busco.
V.—Yo lo busco por el bien.
C.—Yo doy al hombre salud,
Fuerza, saber, experiencia....
V.—Di, ¿quién eres?
C.—¡Soy la Ciencia! ¿Y tú quién?
V.—¡La Virtud!
C.—¡Mi hermana!...
V.—Sí; ¿qué te extraña?
Tu hermana que no te deja
Pues tu saber le aconseja.
C.—¡Y a mí tu fulgor me baña!
V.—Luchar sin tregua debemos
Pues que por nosotras dos
Tan sólo, se llega a Dios.
C.—¿Quién lo duda? Lucharemos.
Lucharemos con afán
Y no con esfuerzos vanos.

V.—Luchemos, sí; los humanos
Esperándonos están.
C.—¡Hermana, bendita sé! (abrazándola).
V.—¡Dios te guarde, hermana mía!
(abrazándola).
C.—A mí el estudio me guía.
V.—A mí me lleva la Fe.

Explicación de palabras

Ignoto, ignorado.
De los mares el señor, esto es, el amo de los mares.
Pasiones, agitaciones del ánimo, emociones, sentimientos.
Impulso, acción de impeler, fuerza que impele.
Ofuscarse, confundirse.
Fulgor, resplandor, brillo.

Cuestionario

¿Quiénes se encontraron una vez? ¿Qué y por qué comenzaron a disputar? ¿Qué razones exponía la virtud para querer pasar primero? ¿Y cuáles la ciencia para lo mismo? ¿Qué acordaron al reconocerse como hermanas?

Indicaciones metodológicas

Poner en prosa la anterior composición.

22.—Amistad

Antes de confiar a vuestra amiga los secretos de vuestro corazón y antes también de hacerle conocer vuestros sentimientos, estudiadla bien. Mirad si es bastante discreta para no comunicar a nadie lo que le hayáis confiado. Observad si es bastante buena y prudente para aconsejaros lo que más os convenga si os encontráis en algún caso difícil de vuestra vida.

Si vuestra amiga no os adula, si no os oculta vuestros defectos sino al contrario os habla de ellos, si os corrige vuestros malos actos, podréis asegurar que es una buena amiga. Y cuando de ello estéis convencidas, amadla profunda e intensamente, que la ternura de vuestra alma sea para ella, que para ella sean la dulzura y el afecto de que sea capaz vuestro pecho.

El tranquilo amor que sintáis por vuestra amiga os inundará de bien plácida y duradera dicha.

La Autora.

23.—El papá ha dejado ya la cama

¡Oh! ¡Qué satisfacción, cuánta alegría! ¿Por qué están radiantes a tal extremo los rostros de María y de Flavia? ¿Por qué Melita, llevando en brazos su muñeca ríe tan gozosamente delante de su tía, cuando hace pocos días tenía aire taciturno?

Es porque el papá de tales niñas dejó ya la cama, ya está fuera de peligro, ya entró en el período de franca convalecencia.

Es una hermosa mañana del mes de octubre. El aire está tranquilo y el sol espléndido. El enfermo ha bajado, por primera vez, después de su enfermedad, a dar un paseo por su pequeño jardín. Le acompañan su excelente hermana y sus tres hijas. Éstas van por delante, como preparándole primorosamente el camino con sus risas y sus juegos, y la señorita Rojo lo lleva sosteniéndole delicadamente en su brazo y ayudándole a caminar.

Después de recorrer las callecitas del parque, se ha sentado en el cómodo sillón que María hizo llevar al efecto. ¡Qué gozo tan íntimo experimenta aquel papá! Su semblante manifiesta la satisfacción que inunda su pecho, y sus labios expresan también su dicha. Oid si no lo dice a sus tiernas acompañantes:

—¡Ah!, queridas mías, ¡cuán hermosos me parecen hoy los árboles, su follaje es más verde, mucho han crecido desde que no los veo! ¡Y las rosas, y los pensamientos, y los claveles, y las flores todas parece que se han puesto de acuerdo para sorprenderme, brindándome, con los lindos pétalos de sus delicadas corolas y con su exquisita fragancia! Los pájaros están también de fiesta, ¡cuán bellos son sus cantos y cuánta dulzura encuentro en ellos! ¡Qué tierno y encantador me parece el arrullo de las palomas, qué vivos y variados son los colores de las mariposas, qué claro y azul se muestra el cielo a mis ojos! Toda la Naturaleza parece participar de mi contento. Hijas mías, los que no se han encontrado jamás a las puertas de la tumba, los que no han pasado largas semanas luchando con la muerte, no pueden comprender el encanto que encierra la convalecencia.

Yo me siento aún débil y delicado —seguía diciendo el señor Rojo—pero no importa, pues gozo mucho al contemplaros. Veo vuestros rostros sonrientes y hace algunos días veía pintada en ellos una honda aflicción. Ahora encuentro vivas de ale-

gría vuestras miradas que antes encontraba melancólicas. Muchos desvelos he ocasionado a vuestra tía, y vosotras habéis trabajado también mucho; pero ahora ya podréis descansar. ¡Bendecid conmigo a la Providencia, hijas, que nos permite disfrutar de bienestar después de tantos días de amargura.

Las niñas escuchan con recogimiento a su papá y se sienten como él, igualmente contentas. Recuerdan el afán con que ayudaron a cuidarlo, y experimentan gran satisfacción al recordar que muchas veces, malhumorado el enfermo y fastidiado de tomar medicamentos tan amargos y desagradables, rechazaba enérgicamente a quien se los presentaba, negándose de manera resuelta a tomarlos. Entonces María y Flavia se acercaban y con voz dulce le decían:

—Papacito. no queremos verte sufrir más, deseamos que estés de nuevo contento y abrazándonos. El doctor dice que esto te curará pronto, tómalo, te lo rogamos encarecidamente. No nos retiraremos de aquí hasta que hayas dejado vacía esta taza. ¿Lo oyes bien, papacito?

Aquella dulce energía animaba al enfermo, lo enternecía y lo hacía apurar por fin la medicina.

Tomad ejemplo de tales niñas, mis lectoras, prodigad amor y ternuras a vuestros enfermos quienesquiera que ellos sean, y les procuraréis así salud y felicidad. Y si el enfermo es vuestro padre, vuestra madre, vuestro esposo o vuestro hermano, ¡ah!.

entonces redoblad vuestros esfuerzos y aumentad vuestra ternura. Que jamás adviertan que os impacientáis, que ni el más pequeño gesto les muestre que os habéis cansado, que no vean en vosotras sino abnegación y amor. Ni de día ni de noche dejéis de atenderlos. Es indudable que las fatigas y las vigilias os enflaquecerán y pondrán vuestro rostro demacrado y pálido. Pero ¡qué importa, si os habéis portado con heroísmo, si habéis cumplido con un santo deber!....

Si muchas veces habéis dicho a los vuestros que los amáis, demostradlo entonces, cuando los aqueje algún mal. Vuestra recompensa será un dulce gozo interior al verlos restablecidos gracias a vuestros cuidados, y la conciencia de haber hecho bien.

Explicación de palabras

Radiante, brillante.
Fragancia, perfume.
Recogimiento, grande atención.
Apurar, beber, en este caso.
Demacrado, enflaquecido.

Cuestionario

¿Por qué ha vuelto la alegría a la casa de Julia? ¿A qué lugar llevan al convaleciente el día de su primer paseo? ¿Cuáles son sus impresiones en el jardín? ¿Por qué las niñas se sienten igualmente contentas? ¿Cómo debemos tratar a los enfermos? ¿Qué recompensa debemos esperar siendo solícitas y abnegadas con los enfermos?

Indicaciones metodológicas

Responder por escrito las últimas preguntas del cuestionario.

24.—La Naturaleza

(DE VÍCTOR HUGO)

—La tierra es de granito, de mármol los riachuelos;
llegó el invierno triste, de brumas y de hielos:
¡oh, dime, tú, buen árbol, ¿qué cosa quieres ser?
En el hogar del pobre ¿no anhelas ser el leño
que aleje sus temores, que lo convide al sueño,
que esparza en torno suyo la vida y el placer?
—Nacido en este bosque, mi origen es del suelo:
mas si me anima el fuego, podré subir al cielo;
así, mi erguido tronco derriba, leñador;
¡mujeres, hombres, niños, deseo calentaros,
los cuerpos con mi lumbre, las almas con los claros,
celestes resplandores del infinito amor!
—¿No quieres ser, buen árbol, timón de algún arado?
—¡Oh, sí! Que de la tierra, del surco fecundado

por mí, levante el trigo su rubia inmensidad:
la paz brota del suelo; del sol de las praderas
que próvido madura las verdes sementeras,
se extiende por el mundo la luz de libertad.
—Buen árbol cuya sombra de plácida frescura
al balador ganado cobija en la llanura,
¿de rústica morada no quieres ser pilar?
—Abáteme, y el techo de tu mansión bendita
yo sostendré con gusto, bañado en la infinita,
sonriente mansedumbre de un venturoso hogar!
Así como en el bosque sostengo de los niños
la dicha y el encanto, que guardan escondidos
entre su red de seda, tu techo sostendré;
bajo él, amor y calma harán que te recojas:
el canto de los niños simula el de las hojas;
así de mi follaje los ecos retendré!
—¿No quieres ser, buen árbol, el mástil de un navío?
—Destroza ya, destroza mi frágil atavío
y presto, como el cóndor, veré la inmensidad:
lo que es para vosotros la tumba y su misterio
será el bajel airoso; de un triste cautiverio
quebrando las cadenas, daráme libertad!
Veré los grandes cielos de donde surge, airado,
el aquilón terrible que al buque destrozado
impele y arrebata con hórrido fragor;
no temo los empujes del férvido oleaje,
mil veces de los vientos el ímpetu salvaje
sentí que me doblaba, rugiendo con furor!
—¿No quieres, di, ser horca?—¡Silencio, desgraciado!
¡Apártate, verdugo! Mi tronco desgarrado

por tempestad furiosa, mejor quisiera ver;
el árbol soy del bosque, resguardo con mis frondas
el césped y la yedra; la brisa entre sus ondas
cantares y murmullos me arranca por doquier!

¡Obreros de la muerte, segad la humana vida!
¡Sed duros y perversos; el tronco donde anida
el ave-pensamiento con furia cercenad!
Mas no pidáis, feroces, que el árbol os ayude:
dejadlo en su desierto, dejadlo, y que lo escude
contra tan negro crimen su ingénita humildad!

Al árbol inocente que juega con el viento
pedidle la frescura, pedidle el blando acento
que deja entre sus ramas el dulce ruiseñor;
no le exijáis que, infame, proteja a los que oprimen;
matad vosotros, hombres, mas no esperéis que el crimen
levante entre mis brazos su espectro aterrador!

Luis J. Jiménez.

Explicación de palabras

Esparza, de *esparcir,* derramar.
Animar, dar vida, excitar.
Próvido, cuidadoso y diligente para lograr un fin propicio; benévolo.
Plácido, tranquilo, grato.
Balador, el que bala.
Cobija, de *cobijar,* cubrir, albergar.
Abatir, derribar.
Mansedumbre, apacibilidad, benignidad
Frágil, quebradizo.
Atavío, compostura, aseo y adorno.
Bajel, buque.

Aquilón, viento violento del Norte.
Hórrido, horrendo, que causa horror.
Fragor, ruido, estruendo.
Férvido, en poesía, ardiente.
Fronda, hojas.
Cercenar, cortar.
Ingénita, no engendrada, natural.
Espectro, fantasma.

Explicación de palabras

¿Cuáles fueron las diferentes proposiciones que se le hacían al árbol? ¿Cuál fue la respuesta que dió a cada una? ¿Por qué se indignó ante la última?

Indicaciones metodológicas

Escribir la conclusión moral que se desprende de la anterior composición poética.

25.—Los consejos de una aguja

María acaba de enhebrar su aguja. Su carita obstinada se ha puesto seria, y estrecha uno contra otro sus labios de rosa: tan delicada y atenta mira su primer trabajo. En vano su jilguero favorito, animado por un rayo de sol que le envía sus caricias al través de un dombo de verdura, lanza melifluo torrente de delicados trinos; en vano su gatita viene a restregarse, maullando, contra sus rodillas; nada le distrae.

Meter la aguja en la tela sin picarse los dedos; tirar del hilo sin reventarlo; hacer hermosas puntadas iguales, finas, limpias, es tan difícil. ¡Y sobre todo cuando se hace por primera vez! ¡Se siente una casi persona grande, puesto que trabaja de igual manera que mamá! Poco a poco la tarea es

más fácil. María respira con satisfacción; la obra adelanta rápidamente; hay casi cuatro dedos de tela ya cosida. De pronto suena una vocecita: habla a María:

—"Escucha niña, los consejos de una aguja: Soy "para ti una amiga nueva; pero nuestra amistad "debe durar dilatado tiempo, por muchos años no "nos separaremos. Soy la inspiradora de los pen- "samientos serios; principio a mostrarte tu papel "de mujer, porque desde el instante en que has co- "menzado a servirte de mi, también has comenzado " a ser útil. Soy el emblema del trabajo: ¡el traba- "jo es la vida, es la actividad, es la dicha! ¡Todo "trabaja a tu alrededor! Para colocarme en tu ma- "nita, millares de hombres han ahondado la pro- "funda tierra; han extraído el grosero metal; lo "han fundido, purificado, afinado. Me han hecho, "en fin, tal como me ves: brillante, fina y ligera.

"Para hacer la tela que coses, millares de traba- "jadores también han resistido los ardores del sol "en abrasados climas; otros, poniendo en movi- "miento las máquinas inventadas por la ciencia, "han hilado y tejido el algodón que innumerables "buques nos han traído al través de los dilatados "mares. Para darte el hilo con que me enhebras, "infinitos labradores han removido la tierra, han "sembrado la semilla, que Dios ha hecho germinar "y crecer, y del tallo de la planta han sacado ese "hermoso hilo, tan blanco y tan suave. Todos han "trabajado para ti; según tus fuerzas, trabaja, a

"tu vez, para todos. Sé la alegría de la casa, sé el "ángel del hogar: regocija a tu padre cuando re- "grese fatigado del trabajo; regocija a tu madre, "para hacerle más dulce la tarea. Tú, niña, que "aprovechas el trabajo de todos, respeta al más "humilde de los trabajadores y hazte digna de ocu- "par un día un sitio entre ellos."

Explicación de palabras

Dombo, cúpula.
Melifluo, suave, dulce.
Emblema, símbolo.

Cuestionario

¿Qué está haciendo María? ¿Por qué está atenta a su trabajo? ¿Qué oye de pronto? ¿Qué dijo la aguja?

Indicaciones metodológicas

Explicar la fabricación de las agujas y decir lo que debemos, en general, a los trabajadores.

26.—La llave misteriosa

—¡Pobre viuda, que en huérfano abandono
sufres al par que tu inocente hijo,
¡cuánta pena me das!—Yo no me aflijo;
tengo una llave que me importa un trono.
El tiempo que en mis manos la aprisiono
a que labre mi dicha la dirijo,
y como ella me da cuanto le exijo,
pan y enseñanza al niño proporciono....
Siempre alguna esperanza venturosa
en misteriosos signos me dibuja,
y con su compañía soy dichosa.
Con ella hago milagros... sin ser bruja.
—Y ¿cuál es esa llave misteriosa?
—¡Esta!, me dijo... y me mostró la aguja.

José Antonio Soffia.

27.—La envidia y la adulación

(DE CUENTOS PARA MIS NIETOS)

LA Envidia y la Adulación se encontraron una vez, y se detuvieron a examinarse descaradamente.

No se conocían, y sin embargo, se reconocieron.

—Tú eres la despreciable Adulación,—dijo la una.

—Y tú eres la habilidosa Envidia,—contestó la otra.

Y ambas se sonrieron con desprecio y se lanzaron una mirada de reto.

—Cédeme el paso—dijo la primera,—pues valgo más que tú.

—No sabía que también fueses vanidosa,—repuso la Adulación.

—¿A qué injuriarnos?—observó la Envidia.—Estamos precisamente en el Alcázar de la Justicia; entremos y propongámosle nuestro caso, para que ella decida cuál de nosotras tiene mayores méritos.

—¡Me place!,—contestó la Adulación.

Y por primera vez estuvieron de acuerdo la Envidia y la Adulación.

Llegaron ante la Justicia, quien recibió a las dos

con igual discreta cortesía. Le expusieron el motivo de su visita, después de lo cual tomó la palabra la Adulación y dijo:

—Pido y suplico que falles a mi favor, declarándome de mayor valía, por las razones que sucintamente paso a exponer. Mi labor es altamente digna, eminentemente humanitaria y propia de los dioses. Yo doy magnificencia a lo nimio, lustre a lo opaco, nobleza a lo vulgar, notoriedad a lo inadvertido, fama a lo mediano, e inmortalidad a lo conspicuo. En mis manos, el militarcillo sin nombre, sin capañas ni antecedentes de ningún género, resulta de la talla de un Napoleón. Doy las proporciones de un Demóstenes a quien apenas ha balbuceado un mal discurso; doy fama de omniscio a quien apenas ha podido concluir los estudios preparatorios; de Creso, a quien tiene más trampas que fortuna; y hago del pícaro hipócrita un modelo de filantropía y de honradez, ante quien se descubre la humanidad entera. Esto no constituye la santificación del vicio, sino la purificación del mal. Concluyo reiterando mi súplica, con lo que recibiré justicia, que estimaré como gracia.

La Justicia se volvió hacia la Envidia y le dijo:

—Ahora tú.

—Pido respetuosamente, y salvas las protestas de estilo, que desestimes toda la argumentación falsa y sofística de la contraparte, y, en definitiva falles a mi favor, por las razones incontrastables que paso a exponer, y digo: que en toda la obra de la

Adulación se ve como un móvil el interés personal; que falta a la verdad a sabiendas, como ella misma lo ha confesado paladinamente, sacando de quicio hechos y personas, para explotar traidoramente a los que adula, engañando al pueblo y falseando la historia, con lo que engaña también a las generaciones que están por venir. Mientras que yo destruyo los pedestales en que ella coloca a sus falsos héroes; arraso los altares que ella erige a sus falsos dioses; arranco las coronas con que ella consagra a los falsos sabios y a los falsos mártires, y demuestro que todos los hombres son iguales: igualmente ignorantes, igualmente débiles, igualmente perversos, y los reduzco a una misma talla, a la miserable que tienen en realidad. Reitero mi petición, añadiendo que condenes en costas a la parte contraria, por la temeridad de su litigio.

La Justicia reflexionó un momento y exclamó:

—Queda abierto el juicio a prueba. Aquí tenéis, cada una de vosotras, una barra de oro. Ambas son de idénticas proporciones. También presento a cada cual una vara de cobre, idénticas las dos. Os concedo tres horas para que cada una haga lo que pueda con ambas barras, y me traiga su labor.

Cuando hubo expirado el término de prueba, comparecieron de nuevo ante la Justicia ambas litigantes.

—Hable la Adulación,—dijo la Justicia.

—He aquí mi obra. He convertido en alambres las dos barras que me diste. Cada una tenía un

pie de largo, y te las devuelvo con una longitud de doscientos pies, la de oro, y de doscientos diez la de cobre. Bien pude haberles dado mayor longitud; pero me pareció que con lo hecho bastaba para comprobar mi intención.

—Hable la Envidia,—ordenó la Justicia.

—He aquí mi obra. Las dos barras tenían el mismo tamaño de las que entregaste a la Adulación, es decir, un pie de largo, y aquí te las devuelvo, fundidas en dos esferas, que apenas mide cada una algo más de dos pulgadas de diámetro. Míralas, son tan parecidas, que nadie podrá decir a primera vista cuál es la de oro y cuál la de cobre.

La Justicia miró de hito en hito a las dos contendientes. En seguida tomó su balanza y puso en cada uno de los platillos la obra traída por las dos partes.

—Ved—dijo,—cuán inútil es vuestra labor. Tú, Adulación, adelgazaste el metal para convertirlo en alambre, y le diste, en efecto, exagerada longitud. Y tú, Envidia, lo fundiste en dos esferas, reduciéndolo cuanto fue posible. Pero a pesar de lo hecho por una y otra, en sentido contrario, resulta que los metales no han cambiado de esencia, pues el oro sigue siendo oro, y el cobre, cobre. Han cambiado de forma, pero ninguno de ellos ha sufrido la menor alteración en su peso ni en su valor. Innoble es vuestra labor e igualmente punible vuestra intención. Ambas sois hermanas gemelas, por más inverosímil que os parezca. Nacisteis al par,

hijas de la Ruindad de Ánimo y del Interés personal, y os sirvió de nodriza la Calumnia, y por ello ambas calumniáis, aunque cada cual por distinto modo, pues yo, apartándome del común parecer, tengo por calumniador tanto a quien acusa falsa y maliciosamente a alguno, imputándole falta o delito que no ha cometido, como a quien exagerando o suponiendo en otro virtudes que sabe no posee, le da con palabras y acciones motivo de satisfacción, engreimiento, vanidad y soberbia, y al obrar así, lo hace, no por benevolencia ni por espíritu de equidad, sino por artificio de impostor, para congraciarse con el adulado, o por espíritu de parásito, sometiéndose a toda degradación y servilismo, con tal de medrar y obtener su mezquino propósito.... Salid de aquí, pestes de la humanidad, igualmente funestas, a quienes de hoy en adelante no perderé de vista; a quienes condeno a vivir juntas, inseparables!

Y desde entonces la Adulación y la Envidia van por el mismo camino.

R. de Zayas Enríquez.

Explicación de palabras

Habilidosa, mañosa.
Reto, desafío.
Proponer, manifestar una cosa, en este caso.
Fallar, decidir quién tiene razón en un litigio o pleito.
Sucintamente, brevemente.
Eminentemente, excelentemente.
Magnificencia, grandeza, esplendidez.
Nimio, pequeño, en este caso.

Conspicuo, ilustre.

Omnisciо, que lo sabe todo.

Reiterar, repetir.

Desestimar, no estimar.

Argumentación, acción de argumentar, de exponer razones para demostrar una cosa.

Sofística, falsa.

Incontrastable, que no se puede rebatir.

Paladinamente, patente, claramente.

Sacar de quicio, poner las cosas fuera de su lugar, en este caso.

Condenar en costas, esto es, haciendo que pague los gastos el condenado.

Mirar de hito en hito, mirar con gran atención.

Contendiente, el que lucha.

Inverosímil, que no puede creerse.

Equidad, justicia natural.

Impostor, engañador.

Medrar, enriquecerse.

Cuestionario

¿Quiénes se encontraron una vez? ¿Cómo comenzaron la conversación? ¿Qué acordaron para evitar una enojosa disputa? ¿Cuáles fueron las razones que expuso la Adulación para demostrar su valer? ¿Qué alegó después la Envidia para probar que vale más? ¿Qué hizo la Justicia para que las enemigas demostraran con hechos lo que pretendían? Terminado el plazo que dió la Justicia, ¿qué dijo la Adulación acerca de su obra? ¿Qué fué lo que hizo la Envidia con las barras de metal que se le entregaron? ¿Cuál fue la respuesta que dió la Justicia? ¿Cómo viven desde entonces la Adulación y la Envidia?

Indicaciones metodológicas

Escribir la conclusión moral que del anterior cuento se desprende.

28.—Las flores

—¡Qué hermosas son las flores, cómo encantan con sus variados colores y deleitan con su embriagante fragancia!—decía una mañana Ester a sus sobrinas.—¡Con qué delicia contemplamos el ramillete que, en señal de felicitación, nos envía alguno de nuestros parientes o amigos el día en que conmemoramos algún grato suceso.

Las flores son nuestras compañeras en muchos de los actos de nuestra vida.

Con gardenias y azucenas, como para simbolizar la pureza, la madre solícita y cariñosa, después de asearla y vestirla, adorna a la querida hija de su corazón; con un ramillete de las más hermosas y fragantes rosas, y un beso, la buena niña saluda a la tierna mamá o al benévolo papá, cuando éstos cumplen años o celebran el día de su santo; con flo-

res adornamos la mesa cuando tenemos la muy grata satisfacción de que nos acompañen a comer los abuelitos o nuestros más queridos amigos; con ellas obsequiamos a la amiga desposada, o a la abnegada maestra cuando celebramos jubilosas el aniversario de su natalicio, y son flores también con las que despedimos al que se aleja para siempre de este mundo.

Como son tan bellas las flores, las elegimos para adornar nuestras habitaciones, y con ellas nuestro hogar toma aspecto risueño; ahí donde faltan los muebles de ébanos y caoba y pesados cortinajes de seda, ahí quedan bien las flores.

Amad las flores, amadas mías, y emplead en su cultivo las horas de ocio que tengáis. Los ratos que paséis removiendo la tierra de vuestro jardín, o las de los tiestos, arrancando las malas hierbas, persiguiendo los gusanos e insectos que devoran las raíces o las hojas de las plantas, serán para vosotras ratos muy agradables, os lo aseguro, y contribuirán a daros salud y vigor, cosas tan necesarias para poder estar contentas, de buen humor, dichosas, lo que alegrará, sin duda, a vuestro papá y a cuantos os rodeen, pues no hay nada tan contagioso como el buen humor y la alegría.

A propósito de lo que estoy diciendo, recuerdo que una vez, cuando era yo niña, llegué de la escuela fastidiada, sin deseos de platicar y menos de reír, muy cansada y casi de mal humor.

Apenas llegué, después de besar a mi inolvidable mamá, vuestra abuelita, me tendí con des-

gano y pereza en una mecedora, y cerré los ojos como si tuviese sueño.

Mi buena mamá, al ver lo que hacía yo, creyó que me sentía enferma, y con aquella solicitud que sólo tienen las madres, me preguntó ansiosamente:

—¿Qué tienes, hijita? ¿Estás enferma?

—No, mamá, no te alarmes, que no tengo nada, sino un poco de cansancio, tal vez fastidio,—le respondí.

Quedóseme viendo mi mamá, como escudriñando lo que pasaba en mi interior, y después de aquel examen mudo, me tomó suavemente de la mano, y dijo:

—Ya sé lo que tienes: has estudiado ahora mucho y el trabajo intelectual te ha fatigado. Pronto va a pasarte, y dentro de unos minutos estarás tan contenta y alegre como siempre. Ven conmigo al jardín; vamos a contemplar las flores, a aspirar su grata fragancia, y de paso veremos si ya asoman las primeras hojitas de los claveles que sembramos poco ha; les pondremos el correspondiente apoyo a las plantas que lo necesiten, cortaremos las hojas secas y los botones que se pudrieron antes de abrir, aflojaremos la tierra de algunas plantas y, en una palabra, vamos a entretenernos en algo que es tan grato: el cultivo de las flores, y entonces verás cómo después de un rato aun sientes deseos de cantar.

Os confieso que fui de mala gana y sólo por ser consecuente con mamá; pero apenas me vi entre

las madreselvas y jazmines, y acariciando las orgullosas camelias y dahalias, cuando me sentí cambiada, como si una hada con su varita mágica me hubiese quitado aquel aburrimiento, aquel cansancio. Y minutos después, en efecto, ya estaba cantando como si toda mi vida hubiese estado alegre y jamás hubiera estado en la escuela.

—Calla, locuela—exclamó mamá con fingido mal humor;—¿no estás fatigada, y necesitas, por lo mismo, descanso? Inmediatamente vas a la cama....

—No, mamacita, la que se va a fatigar ahora eres tú, que me vas a oír cantar toda la noche; —le respondí.—Y para que no vuelvas a interrumpir mi canto, voy a sellarte la boca con un beso...

—Pues venga el beso, y luego canta cuanto quieras, que ya veremos si me cansa oír a mi hija muy amada.

Y bien, mis sobrinitas, ya lo sabéis: contra el fastidio de la aritmética y la geografía, flores y más flores.

Explicación de palabras

Deleitar, producir deleite o placer.

Simbolizar, expresar una idea por medio de una figura u objeto que tiene significación convencional.

Tiesto. maceta.

Cuestionario

¿Qué opina la señorita Rojo acerca de las flores? ¿En qué casos son más generalmente empleadas? ¿Qué les aconsejaba la señorita Ester a sus sobrinas, con respecto a las flores? ¿Qué les contó a propósito? ¿Cómo se sintió después de estar un rato en el jardín?

Indicaciones metodológicas

Copiar los cinco primeros párrafos de la anterior lectura.

29.—Las flores

(RECITACIÓN)

Por dondequiera que las flores nacen
La sonrisa de Dios se siente en ellas.
¡Qué variedad de formas y de tonos!
¡Qué divina labor! ¡Cuánta belleza!

En su cáliz, incienso delicado
Que anuncia del amor la vida espléndida.
En sus hojas, del iris los colores;
en su tallo gentil, gracia suprema.

Del suelo estrellas son, y el alma mía
Se sumerge en nostálgica tristeza,
Sólo al considerar cómo sería

De los seres humanos la existencia,
¡Ay!, si no hubiese estrellas en el cielo
Ni flores en la tierra.

Lo que las flores dicen a la mujer.

La rosa dice a la mujer: "Sé dulce,"
"Sé pura," le repite la azucena;
"Útil y buena sé," dice la malva;
"Sé paciente y sé fiel," la crisantema:
La madreselva dice: "Sé constante,"
Y la violeta dice: "Sé modesta."

Susana Coolidge.

Explicación de palabras

Gentil, gracioso, amable.
Nostálgica, de *nostalgia*, tristeza por la ausencia de la patria.

Indicaciones metodológicas

Poner en prosa la anterior composición.

30.—La muñeca

—Tengo que pedirte un favor, tía Ester:—dijo Julia a su tía.

—Pues si en mi mano está concedértelo, cuenta con él,—respondió la señorita.

—Mi papacito me tiene guardados tres pesos que me dió el día de mi cumpleaños. Aquella vez me dijo que los tendría a mi disposición para cuando yo los pidiera.

—¿Y podría yo saber qué vas a comprar con ese dinero?

—Sí, tía, no es un secreto. Hace tiempo tengo deseos de una muñeca; pero no había encontrado una que me gustara, hasta que, al fin, ayer vi en una juguetería un rorro que me dejó encantada. Es una muñeca vestida de blanco y adornos rojos, con sombrero y zapatitos del mismo color. Su carita parece una manzana madura, sus ojos son azules y se duermen cuando la acuestan. Dice "pa-

pá" y "mamá," y, te aseguro, que a ti también va a gustarte, tía.

La niña siguió hablando entusiastamente de la muñeca, pues la que había visto era tan linda como la que había anhelado.

—Tan pronto como la tenga en mi poder,—decía la niña con fruición,—invitaré a mis amiguitas, si me lo permites, para bautizarla. Esperanza será la madrina, y Arturo el padrino, y le echará el agua Hugó René. Después de la ceremonia tomaremos té con galletas y frutas. Pero.... ¿cómo se llamará?.... ¿Te gusta el nombre de Hortensia, tía?

—Ya lo creo que me gusta, y desde ahora te digo que puedes contar conmigo para el bautizo, si es que admites ancianas,—dijo riendo.

—¡Sí, sí!, qué gusto que estarás con nosotros.... Y también mi papacito, ¿verdad?

—Sí, Julia, creo que él también querrá acompañarnos; pero voy a darte el dinero, pues debes temer que te ganen la muñeca.

* * *

Roja de placer volvía la niña con su muñeca en brazos, como si llevase un niño delicado. No había permitido que la nana tomara a "Hortensia" por temor de que fuese a hacerle daño al rorro.

No se cansaba Julia de ver a su "Hortensia," dormida si la acostaba, despierta si la enderaza-

ba, y diciendo "papá" y "mamá," ya dormida o ya despierta.

En sentido contrario al que llevaba Julia, caminaba una señora humildemente vestida, acompañada por una niña como de siete años, trajeada asimismo con pobreza; pero ambas muy limpias.

Al encontrarse las dos parejas, la niñita, que había visto la muñeca de Julia, se detuvo.

—¡Mira, mira, mamá!; ¡qué muñeca tan hermosa lleva esa niña, como la que he soñado!..... ¡Qué tristeza que no me puedas comprar una parecida!...

Y se echó a llorar con gran desconsuelo.

Las cuatro personas se detuvieron.

La mamá dirigió una rápida mirada a la muñeca y a su dueña, atrajo hacia sí a su hijita y le respondió con pena y ternura:

—¡Pobre hijita mía!... Pero no llores, que me duele el corazón verte llorar. No pierdas la esperanza de poseer un rorro como ese; yo trabajaré más, ahorraré, me privaré de algunas cosas y realizaré tus deseos.

Y en seguida, dirigiéndose a Julia, continuó en tono suplicante:

—¿Sería usted tan buena, niñita, que le prestara su muñeca a mi hijita? No se la maltratará, se lo aseguro; sólo quiero que la tenga en brazos un momento, que le dé un beso y luego se la devolverá.

Julia no vaciló. Acercóse más a la otra niña, y,

apoyando una mano en el hombro de la segunda, le dijo:

—Toma, niña, la muñeca; te la presto un momento para que la duermas, la despiertes y te diga "papá" y "mamá."

La pequeñuela descubrió el rostro sonriente, mojado en lágrimas, y tomó el rorro con gran cuidado. Y riendo, riendo, lo volvió de todos lados, lo acostó, lo enderezó, lo hizo *hablar* varias veces, acompañando con alegres carcajadas cada "papá" o "mamá" que chillaba la muñeca al tirarle de la cuerda.

Minutos después, al oír que la nana le indicó a Julia que era hora de regresar, la señora se dirigió a su hijita:

—Entrega la muñeca, Emita, pues ya tiene que irse su dueña.... Dale las gracias.

La niña dejó de sonreír. Al obedecer a su mamá, claramente dejó ver en su carita el dolor que le causaba despedirse de la hermosa muñeca. Iba a decir "gracias," pero un nuevo acceso de llanto se lo impidió.

Julia no sabía qué hacer, si detenerse otros minutos para que la niña pobre pudiese contemplar un poco más la muñeca, o marcharse con la pena que le producía dejar llorando a la pequeña.

Fue la señora la que puso fin a la situación, decidiendo continuar su camino.

Hizo una caricia a Julia, le dió las gracias por su amabilidad y se despidió, continuando la marcha.

Julia se quedó como clavada en el mismo sitio, viendo con profunda tristeza a madre e hija que se alejaban lentamente, sin dejar de llorar la segunda, que con frecuencia volvía la mirada a la feliz dueña de aquel envidiable rorro.

Julia no pudo soportar más la angustia. Corrió a alcanzar a la pobrecilla.

—¡Niñita, señora, un momento!..... ¡Aquí está la muñeca!; tómala, niña, te la regalo.... Me gusta mucho, pero tú la necesitas más que yo, pues mi papá acaso me compre otra.

La niña dió un grito de alegría y tendió los bracios llena de gozo.

La madre no quería consentir en el regalo por temor de que la generosa Julia fuese reñida por su padre.

—No tenga usted cuidado, señora, que mi papá es muy bueno y no me repredenderá por lo que hago.

La señora aceptó entonces.

—Niñita, tiene usted un corazón de oro.... Los pobres sólo podemos pagar con cariño..., deje que le dé un beso... Que Dios la haga muy feliz y que nunca le falte nada ni a usted ni a los suyos!

(Continuará)

Explicación de palabras

Fruición: goce, deleite
Trajeada, vestida.

Cuestionario

¿Qué le pidió Julia una vez a su tía? ¿Para qué deseaba tener dinero? ¿Qué haría Julia tan pronto como tuviera la muñeca tan deseada? ¿Qué nombre se le pondría al bautizarla? ¿Cómo era la muñeca que compró Julia? ¿Qué pasó al volver Julia de la juguetería? ¿Qué le dijo la pobre señora a su hija cuando ésta se quejó de no tener otra muñeca igual? ¿Qué le suplicó la señora a Julia? ¿Qué hizo la niña pobre al tener en sus manos la muñeca? ¿Y qué sintió cuando tuvo que devolverla? ¿Qué hizo Julia al ver que la niña se fue tan desconsolada y triste? ¿Cómo califican ustedes la acción de Julia? ¿Cómo pueden pagar los pobres las buenas acciones que con ellos tienen otras personas?

Indicaciones metodológicas

Escribir, compendiando, el mismo cuento.

31.—La muñeca

(CONTINÚA)

Después de aquel acto de verdadero altruismo, Julia volvió a su casa, contenta y satisfecha, aun cuando extrañaba su rorro, que fue causa de tan bellas ilusiones como se había hecho.

—¡Adiós bautizo, té y pasteles—se decía para sus adentros la niña;—adiós comiditas y cuantas ilusiones me había hecho con "Hortensia." ¿Hasta cuándo volveré a tener otra muñeca como la que acabo de regalar? Verdad es que mi papá es muy bueno conmigo, ¿mas cómo voy a atreverme a pedirle dinero para otra? ¡Oh! Pero jamás había sentido satisfacción tan honda como la que me produjo ver trocado el dolor de aquella niña en completa dicha... Y el agradecimiento tan vivo y sincero que vi en los ojos de la mamá, que hubiera

querido comerme a besos... No, no; estoy segura de haber hecho una cosa buena, pues de otro modo no me repetiría mi conciencia: "Hiciste bien, hiciste bien." Y si ellas se fueron felices, yo no vengo menos.

Y como si la nana hubiese adivinado lo que iba pensando la niña, exclamó:

—Sin duda que has hecho una cosa buena; pero ¿no te irá a reprender tu papá o tu tía por haber procedido sin consultar?

—No lo creo, mas si pequé de ligera no consultando....

Y sin terminar la respuesta, se engolfó nuevamente en sus pensamientos.

—¿Habré cometido una falta haciendo un bien sin consultar a nadie? No sé qué van a pensar mi papacito y mi tía; pero si me reprenden, será que tengan justicia y sufriré en silencio la reprensión, por merecida.

Sobre este tema iba monologando la niña cuando llegaron a casa.

Hacía una media hora que había vuelto de sus negocios el papá.

Al verlo su hija, olvidando cuanto se refiriera a su juguete, fue zalameramente a saludar con un beso a su padre, que la recibió con el cariño que siempre tuvo aquel señor para con sus pequeñas hijas.

—¿Y la muñeca?—preguntó Ester;—te la ganaron o no te gustó a última hora

La niña se puso un tanto pálida y comenzó a balbucear.

—Sí, la compré...; pero... una niña...

La nana, al ver que *su niña,* como la llamaba, encontraba dificultad para responder con claridad, fue en su ayuda y contó con detalles completos lo que había acontecido.

—La pobre señora no quería recibir la muñeca, —agregó para concluir el relato del hecho,—porque temía que el señor o la señorita reprendiese a la niña por hacer el regalo sin consultarlo antes; pero la niña pobre tenía ya en sus manos el juguete, y hubiera sido una crueldad recogérselo, y.... yo no pude oponerme, a pesar de que esto puede ser desagradable para vosotros, y con toda humildad pido perdón para mi niña y para mí, pues si hubo falta, no fue con mala intención...

—¡Perdón!... ¿Cómo perdón?—interrumpió el papá.—¿Desde cuándo se ha visto que deba ser perdonada una hermosa acción como la efectuada por mi caritativa hija?.... Ven, hija mía, quiero premiarte con un beso.... Hiciste perfectamente bien.... Para hacer el bien no es necesario consultarlo a nadie. Era imposible que yo dejara de aprobar tu conducta, y la apruebo de todo corazón. Ojalá que con frecuencia supiera yo que mis hijitas son tan altruistas, tan caritativas como tú lo has sido ahora. Yo te aseguro que si tu inolvidable mamá viviera y hubiera sabido que su hija tiene tan buen corazón como ella lo tuvo, en esta vez te hu-

biera comido a besos. Te has quedado sin la muñeca que tanto deseabas, ¿mas qué importa, si al desprenderte de ella has hecho feliz a una niña que no ha podido tener otra, y a una madre, que ya no se verá torturada por no poder satisfacer un deseo de su hijita?

—Además—tomó la palabra la tía,—nos has proporcionado un vivo placer a tu papacito y a mí, pues nos has demostrado que en tu alma hay un sentimiento de los más hermosos: la caridad. ¿No es verdad que te sientes satisfecha y que tu conciencia te dice que hiciste bien?

—¡Sí!, ¡sí!, estoy contenta—respondió Julia;—tanto por la niña y su mamá, como por vosotros.

¿No os parece, lectorcitas, que Julia tenía razón para estar satisfecha?

Prof. Gildardo Avilés.

Explicación de palabras

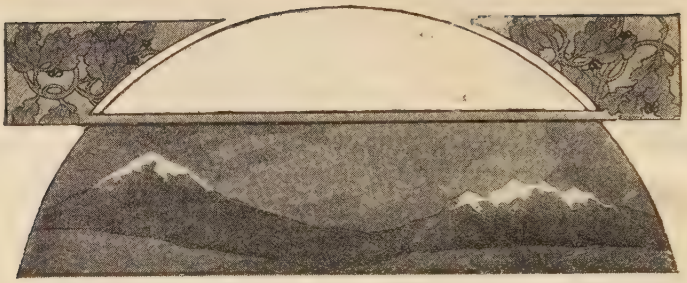
Altruismo, amor al prójimo.
Trocado, cambiado.
Engolfarse, entregarse por completo a una ocupación o pensamiento.
Monologando, de *monologar,* hablar solo.
Zalameramente, con muchos mimos.
Torturada, atormentada.

Cuestionario

¿Qué iba pensando Julia al regresar a su casa sin la muñeca? ¿Qué le decía su conciencia? Y en caso de que fuese castigada Julia por haber regalado la muñeca sin previa autorización, ¿cómo recibiría el castigo? ¿Cómo contó el caso la nana al papá y la tía de Julia? ¿Cómo recibió el señor la noticia? ¿Y la tía?

Indicaciones metodológicas

Reconstrúyase todo el cuento, sin olvidar la parte primera, y escríbase el resumen.



32.—Nuestra patria

¡Qué hermosa es esta tierra,
Do vuestra dulce infancia
Deslízase inocente
En venturosa calma!
¡Qué hermosa es esta tierra!
¡Qué hermosa es nuestra patria!
¡Qué fértiles sus valles!
¡Qué excelsas sus montañas!
Elévanse sus cumbres,
De bosques coronadas,
Do al són de los torrentes
Volando van las águilas.
Y al pie de los cocoteros,
Los mangles y las palmas,
Agitan sus penachos,
Mecidos por las auras.
Al borde del abismo,
Ceñida de enramadas,
Ocúltase entre rosas

La pastoril cabaña;
Y míranse a lo lejos
Praderas cultivadas,
Do del maíz ondean
Las resonantes cañas.
¡Qué hermosa es esta tierra!
¡Qué hermosa es nuestra patria!
¡Qué azul su claro cielo!
¡Cómo su sol irradia!
Las aves de sus selvas,
¡Con qué ternura cantan!
¡Qué bellas son sus flores!
¡Qué puras son sus aguas!
Son tibias, apacibles,
Serenas sus mañanas,
Y dulces, melancólicas,
Sus noches sosegadas.
Cien climas atesora
En sus regiones varias,
Y miles de animales
Y producciones raras.
¡Bendita la sublime,
La Providencia sabia,
Que la llenó de dones
Y plácida la ampara!
Amadla siempre, ¡oh, niños!,
Amadla siempre, amadla;
Vosotros sois su dicha,
Su gloria y su esperanza;
Ved una madre en ella

Y sin cesar honradla,
Y bendecidla siempre...
¡Bendita nuestra patria!

José Rosas.

Explicación de palabras

Do, en poesía, quiere decir *donde.*

Excelsa, muy alta, eminente.

Mangle, arbusto que tiene la particularidad de que sus ramas caen hasta el suelo y luego arraigan en él.

Aura, viento suave y apacible.

Irradia, de *irradiar,* despedir rayos luminosos en todas direcciones.

Don, dádiva.

Cuestionario

¿Cómo son los valles de nuestra patria? ¿Cómo sus montañas? ¿De qué están coronadas las montañas mexicanas? ¿Dónde se hallan colocadas las cabañas de los pastores? ¿Qué es lo que con mayor frecuencia suele verse en las praderas cultivadas? ¿Qué pueden ustedes decir de los pájaros, las flores y las aguas de nuestra patria? ¿Debemos amar a nuestra patria?

Indicaciones metodológicas

Copiar la anterior composición en forma de prosa, esto es, formando párrafos completos y sólo empleando las mayúsculas necesarias.

33.—Los zapatitos nuevos

¡Qué sanos y frescos regocijos los de aquel hogar, cuando Ambrosio volvía de la oficina, después de varias horas de labor asidua, que pasaba llenando esqueletos de recibos y hojeando a la continua los grasientos padrones del municipio!

Como quien cumple con una obligación dulcísima, impuesta por el amor filial, los dos hijitos de Ambrosio asomaban de diario sus carillas por la puerta o la ventana de la modesta vivienda, tan luego como sonaban las doce en el reloj de la parroquia vecina; y eran de oírse y de verse las expresivas aclamaciones, los sacudimientos de alborozo con que aquellos cuerpecitos salían corriendo al encuentro de su padre, para prodigarle, en plena calle, sus besos y abrazos de bienvenida.

Cuando llegaban al hogar, aquello era una convivialidad de agasajos y de confidencias dulces entre los cónyuges y los hijos. Como sabroso y embriagante aperitivo del codiciado almuerzo, se trababa en la pequeña familia una charla alegre y sana, mientras la cocina saturaba el ambiente con el olor incitante del cocido y la fritura que hervían en el fogón a fuego manso.

¡Inefable dicha la de aquel hogar santificado por el beso de una pobreza inmaculada y riente!

A menudo, Ambrosio, al volver de la oficina, gustaba de llevar a sus pequeñuelos, ocultas siempre en vistosas envolturas, una golosina cualquiera, alguna chuchería que excitase sus gustos y los hiciese saltar y sacudir los regordetes bracitos con nerviosidades rebosantes de loca curiosidad.

¡Cómo reía el buen papá al ver a los chicuelos que gesticulaban lloriqueando, y se sacudían y saltaban con gestos de desesperación, cuando él, con calma torturante, les decía, poniendo en alto el regalito:

—¿Qué será esto, chiquitines? Adivinad lo que es, y será de vosotros.

Y aquellos ojitos y aquellas manitas locas, en vano se movían queriendo atrapar el bultito misterioso, que al fin era desdoblado por Ambrosio, en medio de algarabía deliciosa.

Pero nunca el placer se mostraba más intenso en la faz de los dos hermanitos, como cuando Ambrosio llegaba a su casa oprimiendo bajo el brazo

la vistosa cajita de cartón con los zapatos nuevos. Entonces sí que reían, y en el delirio de sus goces Ernesto y Juanita (así se llamaban los chicuelos), corrían como desesperados por toda la casa estrechando efusivamente los zapatitos nuevos, y dando voces discordantes, de alegría, que de pronto se tornaban en jirimiqueos al ver que la mamá, ocupada en aplanchar las ropitas que habían de vestirse, no les ponía los ansiados zapatitos nuevos.

Aunque para ciertos espíritus superficiales, Ambrosio era uno de tantos que cargan con resignación la cruz matrimonial, sin saborear nunca las mieles de la dicha, él no lo sentía así, no lo demostraban su semblante siempre risueño, ni sus palabras siempre saturadas de optimismo. No pocas veces lo oí confesar ingenuamente: trabajo demasiado, es verdad: pero mis fatigas, mis agitaciones materiales son ventajosamente compensadas, deliciosamente retribuidas con cariños y bondades en el seno de mi hogar.

Y de veras, Ambrosio era feliz. Su sola ambición, como él lo decía, era disfrutar de buena salud; pero la vida es ciega, y sus crueles ironías pocas veces da lo que se le pide.

En pleno goce de venturas, y cuando más frescos y lozanos eran los sueños que su mente acariciaba en la gloria de amor que lo envolvía, Ambrosio fue presa de una fiebre de mal carácter; de una de esas fiebres que ofrecen complicaciones y rebeldías, nada fáciles de combatir.

Ni los mimosos cuidados de su mujer, ni los besos embriagadores de sus hijitos, ni las prescripciones facultativas, fueron poderosos a dar alivio a aquel cuerpo joven que se consumía con la terrible angustia de quien ama con ardor la vida y siente que sus fuerzas se agotan, y que se aleja del pobre hogar siempre querido.

¡Cuántas veces Ambrosio, en su gravedad, falto de fuerza para articular palabra, dirigía sus ojos ampliamente abiertos a su esposa y a sus chicuelos, que lloraban en silencio junto a su lecho!

En menos de ocho días, la luz y la fragancia primaverales de aquella casa habíanse trocado en sombras y tristezas de pavoroso invierno.

—¡Todo ha terminado, chiquititos míos!—decía la madre a los huérfanos parvulillos.—Papacito se fue de nosotros muy lejos, muy lejos.

—¿Y ya no volverá a traernos dulces y zapatitos nuevos? ¿Y a dónde se fue, mamá?

—Al cielo, hijitos; pero desde allá os enviará juguetes y golosinas. ¡Es tan bueno papacito!

Indecible suplicio el de tener que consolar de este modo infantiles duelos, y pensar que no había de volver quien llevaba al hogar las sabrosas golosinas y los flamantes zapatitos...

Pocos días después de la muerte de Ambrosio, Ernesto y Juanita le indicaban a su mamá, con dejos de pesadumbre, que los botincitos se les rompían. Los dedillos asomaban por las puntas averiadas, como tibios capullitos de rosa; los zapati-

tos perdían color y forma; se rompían, y la pobre madre sólo pensaba en que sus hijos tendrían que exponer sus piececitos descalzos a las durezas del suelo y a las frialdades insalubres de la humedad.

—Hoy es domingo, mamá; mis zapatos nuevos, mis zapatos nuevos,—gritaban con ilusión una mañana los pequeñuelos alborozados por los repiques de la parroquia que llamaban a misa.

Y la madre, no pudiendo contener el lloro, pero sin detenerse tampoco ante la enormidad de su desdicha, les ofreció los zapatitos nuevos y corrió a ocultar el ansia de sus dolores entre las almohadas de su marido ausente.

Ernesto y Juanita, con esa facilidad propia de todos los niños para pasar de un pensamiento a otro, volvieron a sus juegos; saltaban y reían, aunque a trechos se empinaba en su memoria la ilusión de los botines nuevos.

Tal idea fue por algunos días una obsesión angustiosa para la joven madre y sus pequeños. Tal idea hería como clavo candente el alma de la pobre mujer, y refulgía como iris de esperanza en los anhelos vivaces de los chicuelos.

Una noche, mientras la mamá oraba por el descanso de su marido, arrodillada junto a un viejo cuadro de la Purísima, Ernesto se sacudió nerviosamente en su camita, como agitado por la dulzura atrayente de un sueño que le hizo balbutir con entusiasmo: ¡Mamá, ya me trajo papacito mis zapatos nuevos!

En seguida reinó el silencio. La madre se repuso un tanto de la brusca emoción experimentada. Ernesto se había quedado dormido nuevamente.

Bajo el dominio de un tormento desgarrador, recrudecido por el pesar de sus hijitos, que aun en sueños nombraban sus botitas nuevas, la buena madre tomó la resolución de levantarse muy de mañanita para ir a pedir fiados dos pares de zapatos para sus hijos.

Entre tanto, pensaba: ¿Por qué no pedirlos? Trabajaré mucho, acaso acabe yo con mi vida, en fuerza de fatigas y desvelos; pero siquiera daré gusto a mis pobres angelitos. Dios lo quiere así....

Al amanecer, Ernesto despertó acariciando desde luego, como una flor de ventura, la idea de ver y palpar lo que en su sueño de la noche había visto y palpado.

—¿Dónde están mis zapatitos nuevos, mamacita?

—¿Dónde está papá?

La madre corrió hacia la mesita del angosto comedor, tomó la vistosa caja de cartón, y mostrándosela, ebria de amor y de sollozos, mientras Juanita dormía, los puso entre las manos inquietas del chicuelo.

—Aquí están, hijo querido. Anoche te los trajo papacito.

BENITO FENTANES.

Explicación de palabras

Asidua, perseverante.
A la continua, continuamente.
Filial, correspondiente a los hijos.

Alborozo, gran regocijo.
Cónyuges, esposos.
Saturaba, de *saturar,* impregnar hasta el mayor punto.
Ambiente, aire que rodea los cuerpos.
Inefable, que no se puede explicar con palabras.
Inmaculada, sin mancha.
Discordante, disonante.
Tornarse, volverse.
Espíritus superficiales, se dice de las personas que juzgan de las cosas por las apariencias.
Optimismo, creencia de los que pretenden que en todas las cosas hay más bueno que malo.
Ingenuamente, con ingenuidad o sencillez.
Articular, pronunciar, en este caso.
Indecible, que no puede decirse.
Flamante, nuevo.
Obsesión, idea fija de que no puede uno librarse.
Candente, se dice del metal calentado al rojo blanco.
Refulgir, resplandecer.

Cuestionario

¿En qué trabajaba Ambrosio, el jefe del hogar a que se refiere el cuentecito? ¿Cómo recibían a su papá los hijitos de Ambrosio, cuando éste volvía de la oficina? ¿Qué pasaba luego entre padres e hijos? ¿Qué le gustaba a Ambrosio al llegar a su casa? ¿Entregaba en seguida los regalos que les llevaba a sus hijos? ¿Qué era lo que más les gustaba a los niños? ¿Qué hacían Ernesto y Juanita cuando su papá les llevaba zapatos nuevos? ¿Con qué decía Ambrosio que sentía recompensados sus trabajos y fatigas para sostener su hogar? ¿Cuál era la única ambición de Ambrosio? ¿Qué pasó cuando aquel padre de familia se sentía más feliz? ¿Qué sintieron y qué hacían la esposa y los hijos al ver enfermo a Ambrosio? ¿Qué desgracia ocurrió al fin? ¿Cómo consolaba la madre a sus hijos por la muerte del papá? ¿Qué pasó poco después, a propósito de los zapatos? ¿Qué resolvió la madre al ver que sus hijos se quedaban sin calzado? ¿Qué pasó una noche al estar durmiendo Ernesto? ¿Qué decidió entonces la pobre madre? ¿Y qué pasó a la mañana siguiente?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas copien todas las palabras nuevas de la anterior lectura, con la explicación respectiva, tomada del diccionario.

34.—Cuento

Sucedió, señora, que como es costumbre en el dorado país de los cuentos, las Hadas se reunieron alrededor de la cuna donde los ojitos comenzaban a brillar y las manecitas se agitaban inquietas. Dibujando apenas vaga sonrisa, vió la niña llegar una a una, a las buenas repartidoras de dones, y todas cumplieron como cariñosas madrinas para con los niños tocados con el dedo de la Soberana Belleza.

De todo llegó ahí: hubo espejos que la harían hermosa cuando en ellos se mirara; hubo flores, las que despiden los perfumes raros, y alhajas cuya virtud era atraer a los jóvenes de corazón difícil. Unas concedieron toda la riqueza y otras anunciaron toda la hermosura. Las Hadas rara vez se habían mostrado tan pródigas.

Ya muy tarde, cuando la tarde se había envuel-

to en el manto bordado de mil fuegos, llegaron llamando a la puerta, dos retardadas. "No abramos, dijeron las buenas, quizás será la Malhechora, la que llega al último para anular los dones de las otras, o para arrojar, cuando menos, su cetro de desgracias sobre la blanda barquilla que mece a la recién nacida."

Tanto insistieron, sin embargo, que se les franqueó la entrada, y las nuevas visitantes, que eran viejas y encorvadas, dejaron: una, pequeña bolsa de seda, y un libro la otra. Luego se retiraron sin decir nada, y los dos objetos, por mezquinos y pobres, fueron abandonados en el fondo de un cajón. Y sucedió, señora, que los años volaron, volaron inexorables, sin dejar traza, y se fueron perdiendo, rozando ligeramente con su soplo a la niña que recibiera al nacer múltiples dones. Durante esos años, que pasaban y pasaban ocultando su crueldad, hubo muchas sonrisas, muchas frases amorosas, muchos saraos y muchas noches de excelsos triunfos. Su espejo le había enseñado que, en efecto, tenía toda la hermosura: y sus joyas bien claro le mostraban, con su brillo, que alcanzaba toda la riqueza. Pero un día, el espejo se rompió, y los otros, los demás espejos, no eran ya complacientes como el regalado por la buena Hada. Y llegó a comprender, señora—con cuánto trabajo, ¡ay!, que su cabeza se vestía de blanco, y que su cutis, cansado de haber sido terso como el más suave guante, se ajaba. Vió que los ojos juveniles no la

buscaban a ella, y sus oídos comenzaron a perder la costumbre de los madrigales galantes.

Triste, muy triste, sí, fue a un cajón donde, confundidos había viejos almanaques, ramilletes secos, cintas descoloridas, recordando escenas muertas ya, y muy en el fondo encontró la bolsa de seda y el olvidado libro.

La bolsa, ¡ah!, sí, ¡singular bolsa aquella!, siempre contenía moneditas de plata, moneditas de oro, que ella, cuando iba a misa o cuando veía ojos tristes que piden, bajo sus ventanas, ponía en las manos trémulas de los que imploraban; y el libro, el libro que nunca, nunca había abierto.

Lo recorrió curiosa, y al leerlo, sintió cosas muy raras, cosas que se levantaban de muy adentro, que subían como un efluvio, como algo deliciosamente caluroso que la reconfortaba.

Y sucedió que una lágrima rodó por sus mejillas. Las Hadas viejas y encorvadas, las que llegaron las últimas porque vivían allá, muy lejos, en un bosque lleno de mariposas cintiladoras y de plateadas margaritas, las dos Hadas le habían traído las miradas reconocidas de los que la bolsita socorriera; las miradas que ahora recordaba como algo muy tierno, muy hermoso, y le habían traído versos de poetas, señora, cosas sencillas dichas en lenguaje privilegiado. Miradas de agradecimiento y bellos sentimientos rimados.

Y esto, señora, le procuró mayor goce que todas

las pedrerías que en sus cintas había engarzado, y que todas las frases galantes que tanto la halagaron en otro tiempo.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

Explicación de palabras

Pródiga, muy generosa.
Anular, dar por nulo.
Mezquino, pobre, que carece de lo necesario.
Inexorable, duro, severo, que no se deja vencer por súplicas.
Traza, huella, señal.
Madrigal, cierta composición poética.
Galante, atento, obsequioso con las damas.
Trémula, temblorosa.
Imploraban, de *implorar,* pedir con ruegos y humildemente.
Efluvio, especie de emanación que se exhala del cuerpo del hombre y de los animales, y en general, de los cuerpos organizados.
Reconfortaba, de *reconfortar,* fortalecer, reanimar.
Cintiladora, que cintila o brilla como las estrellas.

Cuestionario

¿Quiénes fueron las madrinas de una niña que nació en el país de los cuentos? ¿Con qué obsequiaron las madrinas a su ahijada? ¿Quiénes llegaron cuando era ya muy tarde? ¿Fueron recibidas de buena gana las nuevas hadas? ¿Cómo eran éstas y qué le regalaron a la niña? ¿Qué hicieron con estos regalos? ¿Qué aconteció durante muchos años? ¿Qué pasó con el espejo que regaló a la niña una de las hadas? ¿Y qué vió entonces la dueña del espejo roto en los demás espejos? Cuando una vez fue a buscar en un cajón donde guardaba viejos recuerdos, ¿qué encontró entre éstos? ¿Y qué sintió al ver la bolsa de seda y el libro que le regalaron las hadas ancianas? ¿Cuál es la moraleja que se desprende del anterior cuento?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas formen oraciones en que entren las palabras nuevas cuyo significado se les explicó antes.

35.—Somos siete

En la primer mañana de la vida,
Un niño, el más precoz e inteligente,
Por más sensible corazón que abrigue,
¿Qué puede saber nunca de la muerte?

Una errabunda niña de una aldea
Vino a mí ayer cual si a su padre fuese;
Tiras el traje, rubios los cabellos,
En mechones cayéndole a la frente.
Preciosa en su abandono y desaliño,
Era la imagen de una flor silvestre,
Y hablamos.—"¿Qué edad tienes?"
—"Ocho años."
Y alzó sus dulces ojos inocentes.
Placer hallando en conversar con ella,
Díjele luego:—"¿Y cuántos son ustedes?"
—"Somos siete," me dijo de seguida,

Como quien sabe bien lo que profiere.
—"¿Dónde están?—"Somos siete ¿no?, pues bueno,
Dos hay en Gales, dos están ausentes
En el mar, son marinos; dos reposan
En aquel cementerio; y yo, son siete."
—"¿Dices que dos en el sepulcro yacen?,
Pues no son siete ya."—"¡Perfectamente!
Y dos en Gales, cuatro; y dos a bordo,
Seis; y yo, la más chica, somos siete.
Mi madre y yo, tenemos nuestra choza
Cerca del cementerio en donde duermen
Mi hermanita y mi hermano en una tumba:
De nuestra puerta misma puede verse.
Mirad de aquí, del viento remecida,
La yerba verdeguear que en ella crece:
Uno del otro al lado los han puesto,
A que tengan calor, que no se hielen.
Yo me voy con mi lana y mis agujas
A tejer a su lado muchas veces,
Y a cantarles los cantos de mi madre,
Para que duerman bien y no despierten.
O si la tarde es buena, mi comida
Llevo en mi escudillita y muy alegre
La tomo junto a ellos como en antes;
Mas nada puedo darles, porque duermen."
En vano quise, oyendo estas palabras,
El misterio explicarle de la muerte;
Que ella insistió en las suyas, muy risueña:
¡Oh!, no señor, nosotros somos siete.

José Antonio Calcaño

Explicación de palabras

Precoz, maduro antes de tiempo.
Errabundo, vagabundo, errante.
Profiere, de *proferir,* pronunciar, hablar.
Yacen, de *yacer,* estar un cadáver enterrado.
Remecido, de *remecer,* mover o sacudir repetidas veces.
Verdeguear, verdear, mostrar su color verde una cosa.
Escudillita, de *escudilla,* vasija ancha y semiesférica.

Cuestionario

¿Qué respondía una niña cuando se le preguntaba cuántos eran en su familia? ¿Quiénes eran los siete a que se refería? ¿Dónde estaban dos de ellos? ¿Por qué contaba también a los muertos? ¿Y qué hacía la niña con sus hermanos a quienes creía dormidos? ¿Comprendía la niña lo que es la muerte? ¿Qué infieren ustedes acerca del amor fraternal a propósito de la composición leída?

Indicaciones metodológicas

Que escriban las niñas una composición acerca de los deberes entre hermanos.

36

os zapatones

(CUENTO DE NAVIDAD)

Iba la pobre niña arrastrando sus envejecidas esparteñas sobre la acera, humedecida por la bruma, de la calle de Belleville.

Era la noche de Navidad. Todo el barrio se hallaba en la calle esperando la cena de Nochebuena. El funicular hacía una gran algazara; la muchedumbre se agitaba alrededor de las mercancías exhibidas al aire libre; los pilluelos tocaban cornetas; por grupos, los obreros entraban a las tabernas, cuyos vidrios resplandecían, y, cogidas de la mano, las señoritas del barrio cruzaban por la acera, oprimidas en sus abrigos de lana, con un grueso rollo de pelos sobre la nariz.

La niña se llamaba Celestina. Tenía siete años. Habría sido bonita si hubiese ido lavada y si sus ojos verdes se mostraran sonrientes. Pero casi no sonreían, porque Celestina era una niña muy des

graciada. Su padre y su madre, buenas gentes de feria, llenas de valor; él, luchador; ella, gimnasta, habían muerto ya; aquél de fríos de calentura; ésta de un salto peligroso que le falló, y otros saltimbanquis habían recogido a Celestina, no por ternura ni tampoco por piedad, sino para aprovecharse de ella, obligándola a mendigar. Todas las noches la niña debía llevarles diez sueldos, y, frecuentemente, no los tenía. Otras veces, cuando los conseguía, no podía evitar distraer algo de la soldada para comprar uno o dos pasteles, sabiendo bien que le pegarían. Pero así tomaba su desquite.

Esa noche, sus falsos padres habían ido a beber a casa del tabernero y la habían enviado a mendigar a la calle. Y ella se sentía aun más desgraciada que nunca, porque a su alrededor había padres que compraban lindas cosas a sus hijos, y porque sabía que esa noche el Niño Jesús, o algún ángel del cielo, bajaba a depositar juguetes y dulces en los zapatos de los pequeños.

Un aparador, sobre todo, la hizo detenerse. Tuvo algunos momentos de éxtasis delante de una suntuosa muñeca, vestida de seda color de rosa, con encajes cuyos cortos brazos tenían diminutos guantes de piel, que cerraba los ojos cuando se la acostaba y cuya boca entreabierta, era tan pequeña, que no dejaba ver sino dos dientes de ratoncito.

Celestina, tiritando en su miserable vestido lleno de agujeros, pensaba:—Estoy segura de que no poseeré nunca esa muñeca tan grande; ni siquiera

una de menos tamaño. Porque si el niño Jesús quisiera darme una, no sabría dónde ponerla, puesto que yo no tengo zapatos.

* * *

De pronto vió, en una tienda al aire libre, zapatos de todas clases: chapines, zapatos a la Molière, botas con botones y con lazos, de resorte, pantuflas, sandalias, cuidadosamente alineados o puestos a guisa de grandes flores, cuyos pétalos estaban formados de zapatos de soldados y el corazón de delicados escarpines. Detrás de estas magnificencias cabeceaba el dueño de la tienda, que era un anciano gordo.

El deseo de Celestina fue tal, que su conciencia se olvidó de hacerle una advertencia. Con un salto de simio cogió de las cintas sin tener tiempo de escoger—un par de zapatos enormes, de zapatos de carretonero o de terraplenador, que se encontraba a la orilla de la vendimia; y echó a correr estrechándolos contra su pecho.

* * *

En las tinieblas, dando traspiés, porque el portero había apagado el gas, subió los seis pisos que conducían a su boardilla. Como sabía en donde se encontraban las cerillas y la vela puesta en su botella, encendió luz y depositó los zapatones al pie de la mala estufa apagada. Después se metió en la caja de empaque que le servía de cama, y se durmió casi en seguida.

* * *

Una claridad inundó la boardilla. Un ángel estaba allí, sin que se pudiera saber cómo había entrado. Un ángel esbelto, delgado, con dos largas alas, cuyas puntas barrían el polvo del piso, y una cabeza de niña retratada, en la cual los cabellos rizados se veían partidos enmedio por una raya muy derecha.

Tenía un grueso libro-registro en que están inscritas todas las calles con los números de las casas y los nombres de los inquilinos. Lo hojeó con su dedo de ángel, que movía de vez en cuando, y cuando llegó a la página que buscaba, examinó en su rededor todo el cuarto, percibiendo a Celestina en su caja, y dijo en voz alta:

—Sí; he aquí a la niña señalada en el registro. Tengo algo para ella.

Al decir esto, sacó de debajo de su ropaje la magnífica muñeca, que la niña admiró algunas horas antes, y se inclinó como para depositarla en uno de los zapatos.... Pero detuvo su ademán.

¿Qué significa esto?—dijo. Estos zapatos son de una persona mayor y no de una niña. ¿Es que se burlan de mí?

* * *

Celestina lloró y sollozó mucho tiempo; pero acabó por dormirse otra vez bebiéndose las lágrimas.

Cuando se despertó al día siguiente, sus falsos padres no habían vuelto aún. Su primera mirada fue para los zapatos; vió que estaban vacíos y recordó la visita del ángel y la manera cómo la había mirado.

Entonces, reflexionando sobre todo esto, se vistió con prontitud, tomó un zapato en cada mano, salvó aceleradamente los seis pisos, y corrió a la casa del viejo zapatero que, precisamente en ese momento, estaba solo en su tienda.

Celestina le tendió los dos zapatones nuevos en la punta de sus bracitos, pidiéndole perdón y contándole cosas que el anciano no comprendía, pues creía que la chicuela le llevaba a vender su mercancía.

Llamó a su mujer, que preparaba café con leche en la trastienda.

—Escucha a esa pilluela, le dijo. Tú quizás entenderás lo que expresa.

Y Celestina volvió a comenzar su historia y la mujer del zapatero la comprendió perfectamente.

Abrazó a la niña y dijo a su marido:

—En verdad, he aquí a una niña honrada, y tiene más mérito porque es muy pobre y muy desgraciada. Lo que acaba de hacer, muestra que posee buen corazón. Parece humilde y será bonita cuando se la asee. Desde hace veinte años deseamos tener una niña. ¿Qué te parece si adoptáramos a ésta, amigo mío? Podemos hacerlo fácilmente, puesto que las malvadas gentes con quienes ella vive no son sus padres.

Y el buen zapatero y la buena zapatera adoptaron a Celestina. Sus falsos padres quisieron llevársela; pero el prefecto de policía les advirtió que más les valía permanecer tranquilos.

JULES LAMAITRE.

Explicación de palabras

Esparteñas, alpargatas de esparto.
Gimnasta, el que hace ejercicios gimnásticos.
Saltimbanqui, cirquero.
Sueldo, moneda de poco valor, en este caso.
Soldada, sueldo, salario.
Simio, mono.

Cuestionario

¿En qué noche aconteció lo narrado en el cuento? ¿Cómo se llamaba la niña del mismo? ¿De qué modo habría sido bonita? ¿Cómo habían muerto los padres de Celestina? ¿A qué la obligaban los saltimbanquis que la habían recogido? ¿Por qué aquella noche se sentía aun más desgraciada Celestina? ¿Qué era lo que tanto ambicionaba? ¿Cuáles

eran los pensamientos de la niña? ¿Qué vió de pronto? ¿Qué hizo al ver los zapatos? ¿Pensaría bien el acto que cometía? ¿Qué hizo al llegar a su casa? ¿Qué vió o soñó, mejor dicho, aquella niña? ¿Qué pasó al día siguiente, al despertar? ¿Qué hizo después de reflexionar? ¿Qué le dijo al zapatero? ¿Qué respondió éste? ¿Qué fue lo que propuso la mujer del zapatero? ¿Cómo calificó aquella mujer los sentimientos de Celestina? Por último, ¿qué hicieron los zapateros?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas escriban un cuentecillo imitando el anterior.

37.—El ciego

(CUENTO)

La tarde del 24 de diciembre le sorprendió en despoblado, a caballo y con anuncios de tormenta. Era la hora en que, en invierno, de repente se apaga la claridad del día como si fuese de lámpara y alguien diese vuelta a la llave para cortar la luz. Sin transición, las tinieblas descendieron borrando los términos del paisaje, acaso apacible a mediodía; pero en aquel momento tétrico y desolado.

Hallábase en la hoz de uno de esos ríos que corren profundos, encajonados entre dos escarpas; a la derecha el camino, a la izquierda una montaña pedregosa, casi vertical, escueta y plomiza de tono.

Allá abajo no se divisaba más que una cinta

negruzca, donde moría un reflejo rojo del poniente; arriba, densas masas erguidas, formas extrañas, fantasmagóricas; todo solemne y amenazador. No pecaba Mauricio de cobarde, y, con todo eso, le impresionó el aspecto de la montaña; sintió deseos de llegar cuanto antes al Paso, del cual le separaban aún tres largas leguas, y animó con la voz a su montura, que empinaba las orejas, recelosa.

Arreció el viento y le obligó a atar el sombrero con un pañuelo bajo la barba; el trueno, lejano aún, retumbó misteriosamente; ráfagas de lluvia azotaron la cara del jinete, y de súbito, el caballo se encabritó y pegó un bote de costado: de entre la maleza había salido un bulto. Echaba ya Mauricio mano al revólver, cuando oyó estas palabras en dialecto:

—¡Una limosnita, por amor de Dios que va a nacer!... ¡Una limosnita, señor!

Mauricio, tranquilizándose, miró enojado al que en tal sitio y ocasión pedía limosna. Era un hombrachón alto, descalzo de pie y pierna, que llevaba al hombro unas alforjas y se apoyaba en recio garrote. La obscuridad no permitía saber cómo tenía el rostro; la ancianidad se adivinaba en lo cascado de la voz y en el vago reflejo plateado de las greñas blancas.

—¡Apártese!—murmuró impaciente el señorito. ¿No ve que el caballo se asusta? Si me descuido, al río de cabeza.... ¡Vaya unas horas de pedir!

—¿Dónde está el río?—gritó con hondo terror el

pordiosero.—¿No es aquí el camino de la iglesia de Cimais? ¡Señor, por el alma de su madre!.... ¡Señor, no me desampare...! ¡Soy un ciego! ¡Nuestra Señora le conserve la vista!

Mauricio comprendió. El viejo sin ojos se había perdido, y para no despeñarse necesitaba un guía. Sí, convenido, necesitaba un guía.... ¿Y quién iba a ser? ¿Él, Mauricio Acuña, que desde Orense regresaba a su casa, en noche de Navidad, a cenar, a pasar alegremente la velada, jugando al julepe o al golfo con sus hermanos y primos, fumando y riendo? Si sujetaba el paso de su caballo al andar de un ciego, si torcía su rumbo cara a la iglesia de Cimais, distante buen trecho de allá, ¿a qué santas horas pondría los pies en la sala del Paso de Portomellor? Un instante titubeó: era cuestión de sacrificar algunos minutos en colocar al ciego en la dirección de Cimais, y dejarlo ya orientado.

Sólo que era de internarse en la "carbellada," exponerse a tropezar en los cepos y en los pedruzcos, y, sobre todo, era condescender a los ruegos del mendigo, que no soltaría a dos por tres a su lazarillo improvisado. Más vale escurrirse, decidió; y sacando del bolsillo un duro, lo dejó en la mano suplicante que el viejo extendía, metió espuelas al caballo, y escapó como un criminal.

Sí, como un criminal: así definió su conducta, en el punto de refrenar a "Maceo," su negro andaluz cruzado, y darse cuenta de que había caído enteramente la noche. Velada por sombríos nubarrones,

la luna se entreparecía lívida, semejante a la faz de un cadáver amortajado con hábito monacal. La carretera se desarrollaba suspendida sobre el río que, a pavorosa profundidad, dormitaba mudo y siniestro. El viento combatía los troncos robustos de los árboles, y un relámpago alumbró la superficie del agua; un trueno resonó ya más cercano. Mauricio se estremeció. ¿Se habrá caído el viejo al agua? Encogióse de hombros después; pero creía escuchar el paso de un hombre que tentaba el suelo con un palo, como hacen los ciegos. Absurdo evidente, pues con la galopada que "Maceo" había pegado, quedaría el mendigo atrás un cuarto de legua. Lo cierto es que Mauricio juraría que le seguía alguien; alguien que respiraba trabajosamente, que gemía, que imploraba compasión.

Invencible desasosiego le impulsó a apelar nuevamente a su montura, para alcanzar pronto el cauce en que la carretera se desvía del río, cuya vista le sugería el temor de una desgracia. ¿Se habría caído?... Lo que a Mauricio le acongojaba más, era la idea de haber abandonado a un ciego en tal noche. "Hoy no debí dejar solo a un infeliz"....., cavilaba, hincando la espuela en los ijares de "Maceo." "Y lo más sucio, lo más vil de mi acción fue darle dinero. ¡Dinero! Si a estas horas flota en el sil... Estoy por volverme. ¡Y si me vuelvo y veo el cuerpo en el río! ¿No viene detrás?"

"Maceo" volaba; un sudor de angustia humedecía las sienes del jinete. El zumbido de sus oídos

y el remolino del viento no le impedían oír, cada vez más próximas, las pisadas del que le seguía y percibir la misma respiración entrecortada, el mismo doliente gemido; y no se atrevía a volverse: menos volverse todo..., porque si volviese, quizá, vería la figura del ciego mendigo, alto, descalzo de pie y pierna, con el zurrón al hombro, el cayado en la mano y reluciendo en la obscuridad la plata de sus blancas greñas...

—¿Estaré loco?—discurrió Mauricio en un espeluzno de pavor. Ea, ánimo... Debo volverme.

Y no se volvía; su garganta apretada, su corazón palpitante le hacía traición; tenía miedo.

Apretó las espuelas al caballo, que, excitado, aceleró el tendido galope, haciendo volar los guijarros del camino. La tempestad estaba ya encima; el relámpago brilló, un trueno formidable rimbombó sobre la misma cabeza de Mauricio. Alborotóse "Maceo" y se arrojó hacia el talud que dominaba el río.

Vió Mauricio el tremendo peligro, cuando otro relámpago le mostró la superficie del agua y el abismo; cerró los ojos aceptando el castigo.... y el caballo, en su vértigo mortal, arrastró al jinete al fondo del despeñadero, tocando en su caída los pinos y empujando las piedras del escarpe, cuyo ruido fragoso, al rodar peñas abajo, remedaba aún los desatentados pasos del ciego que tropezaba y gemía.

Emilia Pardo Bazán.

Explicación de palabras

Transición, paso de un estado a otro.

Término, en pintura, quiere decir: paraje del cuadro respecto de la distancia al observador.

Tétrico, triste, sombrío.

Hoz, angostura, estrechura en un valle, en este caso.

Escarpa, declive del terreno.

Fantasmagórica, en forma de fantasma.

Montura, cabalgadura, en este caso.

Súbito, repentino.

Julepe, un juego.

Cepo, rama de árbol.

Lazarillo, muchacho que guía al ciego.

Lívida, muy pálida.

Monacal, correspondiente a las monjas.

Siniestro, perverso, malintencionado.

Absurdo, contrario a la razón.

Hincando, de *hincar,* clavar.

Zurrón, bolsa grande que usan los pastores.

Cayado, palo de los pastores.

Espeluzno, erizamiento de cabellos producido por el miedo.

Rimbobó, de *rimbombar,* resonar, retumbar.

Talud, declive del suelo.

Cuestionario

¿Cómo se llama el protagonista del cuento? ¿Por dónde iba, al obscurecer, un 24 de diciembre? ¿Cómo estaba la tarde? ¿Con quién se encontró Mauricio en el camino? ¿Qué respondió éste cuando el anciano le pidió limosna? ¿Qué hizo el ciego al saber que estaba tan cerca el río? ¿Qué pensó y qué hizo Mauricio? ¿Qué iba sintiendo éste a medida que se alejaba del pobre ciego, abandonado en sitio tan peligroso? ¿Qué aconteció después?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas copien las palabras nuevas con sus correspondientes acepciones.

38.—Amor sublime

Tía Chonita, como todos la llamaban en el pueblo, era una piadosa y vivaracha viejecilla que, en el retraimiento apacible de su vida, nada envidiaba a los que presumían de acomodados y felices. Para ser dichosa le bastaba ocuparse en el aseo de su casa, la cual de puro limpia y arreglada, brillaba siempre como tacita de valiosa porcelana; bastábale cumplir con Dios, dedicando dos horas después de la comida a la lectura de su devocionario, y ministrar toda suerte de cuidados a los animalitos que la acompañaban en su soledad, proporcionándole momentos de muy santas alegrías.

La gente de la villa se hacía lenguas de la hacendosa viejecita, a quien muchos visitaban por el solo antojo de verla, con la cabeza enflorada y el

ánima contenta, en sus labores domésticas, y oír de sus labios delgaduchos los sabrosos humorismos con que daba lustre a sus pláticas ingenuas.

¡Qué aspavientos tan sanos y sencillos los de la nerviosa viejecita, cuando al ir al gallinero, algún pollo remilgado o alguna gallina irrespetuosa, le saltaba al cesto portador de la pitanza! ¡Qué de cosas no decía la tía Chonita cuando daba de comer a sus animales! Regañaba a la gallina "patizamba" por ansiosa, y a la "copetona" por entumida: se reía infantilmente de los pollos que rodaban por el suelo enarenado, disputándose algún grano, y mascullaba frases de compasión al ver "la pinta" legañosa estirar el pescuezo desde lejos, como si temiera ser estrujada en aquel remolino de plumajes.

De todos sus animales, sólo al gato no veía con buenos ojos, por modorro, y no escasas veces le propinaba recios pellizcos al endemoniado felino, que con frecuencia guiñaba sus pupilas de lumbre al animalito más consentido, al ser más mimado de la casa: al lorito.

La mayor ofensa que se le podía hacer a la buena anciana, era menospreciar las vivezas de la locuaz avecilla. El loro era su encanto. Nadie como él, según el decir de ella misma, interpretaba sus sentimientos, pues cuando ella reía, él carcajeaba a grito herido; cuando ella tarareaba algún canto popular, el loro se extremecía en un desbordamiento de notas musicales; y si acaso la viejecita, al

recordar escenas de su vida pretérita, lanzaba algún suspiro lacrimoso, la genial avecilla doblegaba la cabeza y fingía un torrente de ayes tan exagerados y de sabor tan cómico, que aun a la misma dueña movían a risa.

Imposible que ella comiese cualquiera golosina, sin colocarle en el pico algún bocadito. ¡Y qué bien que sabía el animal corresponder a tales muestras de cariño, con besos y palabras de cariño!

Desde antes que amaneciera se oía gritar al animalito entre su jaula, estas frases sacramentales que saben todos nuestros loros educados: ¡Buenoj díaj, lorito! ¡Lorito!, ¿erej casado? ¡Currujajajajay, señora, qué regalo! ¡Canta, lorito, canta!

Y las voces del animal eran el mejor despertador de la señora, a quien desde muy temprano se le veía en pie, dando de comer a sus gallinas, haciendo la limpieza de la jaula y ensayando nuevos cantos y repitiendo nuevas frases que el loro retenía admirablemente en su memoria.

Cuando tía Chonita y el primoroso animal se sentían vivir en más íntima comunión de afectos; cuando entre ellos radiaba con mayor intensidad un plenilunio de bonísimos contentos, la frágil viejecilla fue presa de mal indefinible y repentino, de dolencia martirizadora que consumía sus fuerzas, que destrozaba su buen humor y la hacía presentir, para su vida, un desenlace funesto.

La enfermedad la obligó a hacer cama, y, desde ese día, en el ánimo del lorito se operó un cambio

radical. Ni besos, ni canciones, ni voces de cariño, ni gritos de entusiasmo se oían salir del pico del ave enmudecida y melancólica.

Para sentirse alegre, faltábanle las voces y los mimos de la buena señora. En vano acentos extraños intentaban alegrarlo con otros cantos que no eran los suyos y con otros gracejos que no eran los muy sabrosos de la anciana. Apenas si comía uno que otro grano de su pitanza, apenas si balbutía un áspero sonido gutural cuando a él se llegaba alguna de las caritativas personas que socorrían a la enferma.

Transcurridos cinco días, la tristeza del lorito se trocó en inquietud dolorosa, como si amargo presentimiento le hiciese vislumbrar la silueta gesticulante de una suprema desdicha. Con gritos de desesperación pugnaba en la jaula, ansioso de ver a su dueña, sediento de sus caricias, sus cantos y sus palabras.

La viejecita se extinguía, su alma se evaporaba por momentos en una onda de frígidas tinieblas. Negra nube de inconciencias ensordecía sus oídos, opacaba la obsidiana de sus ojillos y ponía un velo de brumas trágicas sobre los últimos fulgores de su razón.

La mañana en que el cadáver de la señora yacía tendido en medio de la salita, el loro sintió redoblarse sus ansias, aleteó con furia, como si pidiese libertad en la agitación de sus movimientos.

Compasiva mano le dió salida, y al verse libre de

su prisión, en un vuelo desesperado, se posó sobre el cuerpo rígido de su dueña, caminó sobre él modulando besos y canciones y agitando las negras vestiduras del cadáver en un florecimiento de aleteos bulliciosos.

Ante aquella masa insensible, el infortunado lorito se encaminó, silencioso y torvo, hacia un extremo del lecho funeral, y en pie, sobre una barandilla del catre encrespado, permaneció allí adormecido y callado hasta la hora en que el cuerpo de la viejecita fue llevado al cementerio.

Cuando el féretro era conducido al camposanto, el loro, inconsolable, lo seguía, volando tardamente a cierta altura, y acaso abismado ante la tétrica elocuencia de aquellas negruras pavorosas. Lo seguía siempre ufano, parándose de distancia en distancia sobre las copas de los árboles más próximos a las calles por donde avanzaba la doliente comitiva.

Llegado que hubo el cortejo al fúnebre recinto de la muerte, no faltaron acompañantes que, atónitos, contemplaran al huérfano lorito, de pie, sobre árbol desmelenado que se erguía fuera de las tapias, pero muy cerca de aquel campo pletórico de túmulos y de cruces.

Concluída la dura labor del sepulturero, la desolada avecilla fue cogida y cariñosamente llevada a su casa por varios amigos íntimos de la difunta. Pero entonces nadie la oía cantar; nadie volvió a

escuchar aquella jubilosa algarabía con que al amanecer despertaba a la señora.

Después, durante varias tardes, a la hora en que fue sepultada tía Chonita, el inteligente y amoroso animalillo se echaba a volar hasta posarse sobre el árbol desmelenado del cementerio. Ahí lo hallaban siempre sus nuevos amos, como centinela callado de su inolvidable viejecita.

Pero una tarde el lorito no parecía ni en su casa, ni en el árbol simbólico. Lo buscaron mucho, lo buscaron por todas partes, sin que nadie imaginara que estuviese entre las tumbas del camposanto. Y ahí estaba, ahí lo hallaron al siguiente día, con el plumaje revuelto, con el cuerpecito rígido y la cabeza ensangrentada. Ahí estaba sobre la huesa de tía Chonita, con las alas tendidas y hormigosas, como si en el último estertor de la agonía se hubiese sentido feliz tendiendo las verdes alitas sobre el polvo que amortajaba el cuerpo de su amada vieja.

PROFESOR BENITO FENTANES.

Explicación de palabras

Retraimiento, acto de retraerse, aislarse del trato de otras personas, y, mejor dicho, abstenerse de reuniones, visitas, etc.
Humorismo, dicho agudo y con chiste.
Aspaviento, demostración excesiva o afectada.
Remilgado, exageradamente compuesto y delicado.
Pitanza, alimento.
Pretérita, pasada.
Genial, que tiene genio.
Funesto, desgraciado.

Radical, completo, de raíz.
Silueta, dibujo poco detallado.
Pugnaba, de *pugnar,* luchar.
Frígida, excesivamente fría.
Torvo, airado, irritado.
Atónito, pasmado o espantado.
Algarabía, gritería confusa.
Huesa, sepultura.
Extertor, respiración anhelosa y ronca de los moribundos.

Cuestionario

¿Quién era tía Chonita? ¿Qué le bastaba para ser feliz? ¿Por qué visitaban a tía Chonita? ¿A qué animal no veía con buenos ojos y por qué? ¿Cuál era el más mimado de sus animales? ¿Por qué el loro era su preferido? ¿Cómo correspondía el animalito a los mimos de su dueña? ¿Qué pasó con el lorito desde que la señora enfermó? ¿Qué le faltaba para sentirse alegre? ¿Qué hizo el loro al ver tendido el cadáver de su ama? ¿Y qué cuando el féretro fue conducido al cementerio? ¿Qué hizo el loro durante varias tardes, a la misma hora en que su ama fue inhumada? ¿Cuál fue el fin de aquel lorito?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas escriban un resumen del anterior cuentecito.

39.—Bellezas del campo

Los campos, entre arrullos de amores y sonrisas,
nos brindan en sus senos riquezas y salud.
¡Benditas sean las aves, las frondas y las brisas
que muestran de los campos la eterna juventud.

Amemos de los montes los mágicos verdores,
que en ellos nuestras almas encuentran bienestar
mirando en los follajes las aves y las flores
que alegran de los montes la dulce soledad.

Amemos sus praderas, sus amplios horizontes,
sus cumbres y cascadas que juegan con la luz;
amemos los plumajes que cantan de los montes,
al par que la abundancia, la dicha y la quietud.

El campo es grato asilo de amor y de riqueza,
sus voces tienen ecos de paz y bendición,
y así como al que sufre lo arrulla con tristeza,
al hombre venturoso le alegra el corazón.

Amemos el trabajo fecundo de los campos,
que ofrece en sus labores riquezas y salud.
¡Benditas sean las flores, las aves y los lampos
que muestran de los montes la eterna juventud!

BENITO FENTANES.

Explicación de palabras

Mágico, maravilloso, asombroso, en este caso.

Cuestionario

¿Qué nos brindan los campos, entre arrullos de amores y sonrisas? ¿Qué cosas muestran la eterna juventud de los campos? ¿Qué es lo que alegra la soledad de los campos? ¿Por qué son éstos amables? ¿Qué es el campo, según el poeta?

Indicaciones metodológicas

Transcribir en prosa la anterior composición, pero conservando la poesía.

40.—El secreto

En una pequeña aldea vivían dos leñadores; el uno, viejo, llamado Mosaku, y el otro, joven, cuyo nombre era Minokiche. Juntos iban diariamente a un gran bosque situado a cinco millas de la aldea. En el camino de ese bosque, había un río, y para atravesar el río había una barca. Muchas veces fue edificado un puente sobre aquel río, pero la creciente se lo llevaba siempre, y así, no quedaba ya puente ninguno.

Una tarde, Mosaku y Minokiche retornaban a su casa, cuando en el camino les sorprendió una terrible tempestad de nieve. Llegaron a toda prisa al río para atravesarlo; pero encontrando que la barca estaba en la orilla opuesta, abandonada por el barquero, resolvieron desandar un poco el camino e ir a guarecerse de la nieve en la casa del mon-

tero. Éste no se hallaba allí, y la cabaña estaba sola.

Los dos hombres entraron, y no encontrando lumbre en el hogar, ni leña con que hacerla, se acostaron en el suelo, se abrigaron muy bien con sus mantas y se prepararon a dormir.

El viento rugía pavorosamente afuera, arrancando las ramas de los árboles y arrastrándolas vertiginosamente por el suelo. La tempestad aumentaba, y el río, crecido por las últimas lluvias, corría mugiendo entre sus cauces pedregosos.

El viejo, agobiado por la fatiga, pronto se rindió al sueño; pero Minokiche, temeroso de que el huracán fuese a echar por tierra la cabaña, permanecía despierto, atento el oído a las voces tremendas de aquella espantosa noche.

Repentinamente, la puerta se abrió, y Minokiche pudo ver que por ella entraba una hermosa mujer, vestida de blanco. La puerta volvió a cerrarse tras ella, y la mujer se dirigió precipitadamente hacia el rincón donde dormía Mosaku. Se inclinó hacia él, sopló varias veces sobre su pecho, y el joven pudo ver un humillo blanquecino que se elevaba de los labios del viejo Mosaku, haciendo espirales en el aire.

Minokiche quiso ir en auxilio del leñador, pero una fuerza extraña le impidió moverse de su sitio. Y la mujer siguió soplando sobre el viejo.

Una gran palidez se había extendido sobre el

rostro de Mosaku, y su cuerpo tomaba aspectos de rigidez.

De pronto, el viejo lanzó un gran suspiro, cerró los ojos y se estiró. Minokiche comprendió, con terror, que su amo había muerto.

La mujer del vestido blanco, que tenía un hermoso rostro y unos ojos claros muy lindos, se alzó del suelo, y dirigiéndose a Minokiche, le dijo:

—Tenía yo pensado matar a los dos; pero tú eres todavía muy joven, y te perdono la vida; mas sabe que si algún día abres los labios para contar lo que ha pasado aquí esta noche, morirás. Recuérdalo bien, y guárdate de hablar palabra.

Dicho esto, la hermosa mujer se dirigió a la puerta, la abrió y desapareció por ella.

Minokiche se enderezó de prisa, y corriendo hacia el leñador, puso las manos sobre el corazón de su amo; pero el corazón del viejo no latía ya: Mosaku estaba bien muerto.

La tempestad iba pasando; el viento comenzaba a calmarse y la nieve había dejado de caer.

El joven pasó el resto de la noche llorando junto a su amo. Y cuando empezaba a clarear la luz, el dueño de la cabaña entró.

Minokiche contó al montero que su amo había muerto de fatiga y de frío; y entre los dos, rezando devotas preces, cavaron una sepultura en el bosque, y enterraron en ella al leñador.

El joven se despidió del montero, y dirigiendo

una última mirada a la tumba del infeliz Mosaku, tomó el rumbo de la aldea.

Un año entero había pasado después de estos acontecimientos, y una tarde en que Minokiche volvía a su casa después de haber hecho su faena en el bosque, se encontró en el camino con una niña de quince años, que seguía la misma ruta que el joven.

Después de caminar juntos por un buen rato, Minokiche preguntó a la niña:

—¿Eres de la aldea que se avista al frente?

—Sí—respondió la joven;—soy de allá, y hacia allá me encamino. He pasado mi niñez en otras tierras; pero mis padres han muerto, y vengo al pueblo en busca de trabajo con que ganarme la vida.

Minokiche miró a su compañera con interés, y se hizo cargo de que la niña era muy bella y de que tenía unos ojos muy dulces.

El joven pensó que su amiga podría ser una buena esposa, y sin más preámbulos le dijo:

—Si tú quieres, me casaré contigo, y no tendrás que trabajar para ganarte la vida, porque yo soy un honrado leñador a quien nunca falta el sustento. Di si me aceptas y cuál es tu nombre.

—Me llamo Oyuki—respondió la joven con voz discreta;—y si crees que yo soy digna de merecer tu nombre, me casaré contigo.

Minokiche le tendió su mano en señal de promesa, y los dos jóvenes siguieron el camino, ha-

blando alegremente y haciendo planes para el matrimonio.

Al llegar a la aldea, Oyuki fue a vivir en la casa de una familia amiga de Minokiche. Y poco tiempo después, tuvo efecto la boda de los dos jóvenes.

Éstos se instalaron en una graciosa casita blanca, en la falda de una colina, y los días se deslizaban para ellos enmedio de una dicha sin nombre.

Mientras Oyuki tejía delicadas randas, Minokiche le refería las más interesantes historias que tenían lugar en los bosques. Le hablaba de los pájaros salvajes, de las grandes flores que se abren a la sombra de los pinos; del río, de sus orillas pedregosas; del ruido del árbol al caer; del olor con que paga el sándalo la herida del hacha despiadada; del viento, de las mariposas, de los rumores de la selva...

Esta vida dichosa se había deslizado ya por cinco años, y Minokiche no se cansaba de agradecer al Cielo el favor de haber puesto en su camino a aquella hermosa mujer tan pura y tan buena.

Cierta noche, en que platicaban con entusiasmo los dos esposos, Minokiche dijo a Oyuki:

—Cuando miro tus bellos ojos, recuerdo los de una hermosa mujer que hace algunos años vi en la cabaña del montero, una noche de tempestad....

—¿Sí?—dijo Oyuki;—cuéntame eso; ¿cómo era esa mujer?

Y Minokiche, misteriosamente, y después de cerrar las puertas, se acercó a su esposa y le refirió

con detalles la aparición que viera en la cabaña del montero, y la violenta muerte de Mosaku, el leñador.

No bien acababa de contar esta historia, cuando Oyuki, poniéndose de pie, dijo a Minokiche:

—Esa mujer que viste en la casa del montero, era yo. Te dije que nunca hablaras nada sobre esos sucesos, y te advertí que el día en que lo hicieras, morirías. No puedo ahora quitarte la vida, porque te quiero; pero soy yo la que se marcha de este mundo para nunca más volver.

Y así diciendo, Oyuki se alzó del suelo, agitó en el aire su mano en señal de despedida, y desapareció por la ventana...

Minokiche, atónito, loco de dolor, levantó sus brazos para impedir la huida de Oyuki; pero ésta había desaparecido completamente, y no quedaba de ella sino un humillo blanquecino que, haciendo espirales, se movía en el viento...

LAFCADIO HEARN.

Explicación de palabras

Retornar, volver.

Montero, el que recorre el monte, sea para examinar el estado del ganado o sea para buscar y perseguir la caza.

Vertiginosamente, con gran violencia.

Preces, oraciones.

Cavaron, de *cavar,* hacer hoyos en la tierra.

Ruta, camino.

Preámbulo, rodeo para decir una cosa.

Cuestionario

¿Quiénes eran Mosaku y Minokiche? ¿Qué les aconteció una tarde? ¿Qué hicieron al ver que no podían pasar el río? ¿Qué hizo el viejo tan pronto como estuvo en la cabaña del montero? ¿Y Minokiche? ¿Qué cosa extraordinaria aconteció después? ¿Por qué Minokiche no auxilió a su amo? ¿Cuál fue el fin de Mosaku? ¿Qué le dijo la mujer a Minokiche? ¿Qué sucedió después de que se fue la mujer? ¿Quién recuerda lo que aconteció un año después? ¿Qué clase de vida hacía el matrimonio de aquellos jóvenes? ¿Cuál fue el fin de aquel matrimonio tan feliz?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas busquen y escriban la moraleja correspondiente.

41

el álbum de un padre

La edad más bella de los niños, para quien tiene ojos de artista, además de ojos de padre, es aquella en que aún pasan derechos por bajo la mesa, y se les puede llevar con una mano sola, pasearlos a caballo sobre el cuello, ocultarlos en un periódico, prenderlos entre dos diccionarios; edad en la que todo su vestuario, desde la gorra hasta los zapatos, se coloca cómodamente dentro de un sombrero viejo del padre.

En esa edad, la madre se impacienta al meter las medias al niño; pero cuando, a las diez veces, ve empujar al hijo sus piececitos e introducirlos dentro del calcetín, la madre lo abraza con ímpetu, exclamando:

—¡Eres ya un hombre!

Tienen una carita que parece una manzana con ojos; un cuello delgado que casi se puede ceñir con el pulgar y el índice; dos manecitas que hay necesidad de mirarlas mucho para persuadirse de que

constan ya de sus cinco dedos correspondientes, y un piececito que verdaderamente no se puede tomar en serio. Su cabecita huele a gorrioncillo y a flores.

Sin embargo, ¡hay quien no ama a estas criaturas!

Veo con el pensamiento un niño sonriente que desde los brazos de su madre tiende las manos en actitud cariñosa hacia un señor largo, seco y severo, el cual, con movimiento casi de repugnancia y sonriendo forzadamente, agita ante el pequeñuelo un dedo nudoso, que no quiere ser tocado....

¡Ah del hombre largo, seco y severo! Será sin duda gran personaje, literato famoso, fundador de obras pías....; pero no entrará en mi corazón.

Es preciso ver la actitud de los niños en la cuna, por la mañana, antes de despertar.

¿Quién puede contener una amable sonrisa?

Adoptan actitudes de soldados muertos en un campo de batalla, movimientos de dolor desesperado, contorsiones de acróbatas...

Ora están todos hechos un ovillo sobre la almohada, ora escondidos debajo, ora revueltos de manera que al buscar la carita encontráis la punta del pie, y queriendo apresar un pie, le metéis un dedo en la boca.

¡Y entonces es hermoso coger todo ese envoltorio informe, de una vez, como un fardo, niño, sábana, manta, colcha y correr por la casa con la presa caliente entre los brazos!...

A esa edad nada más bello que verle correr.

La carrera del niño tiene algo parecido a los saltos de la pelota de goma, de los movimientos de la hoja arrastrada por el viento. La criatura se escapa de la silla, se lanza fuera de la habitación, tropieza con el gato, derriba una silla y patalea, revolviendo todo con las manos, de cuarto en cuarto, seguido de la madre, hasta el rincón más lejano de la casa, donde se refugia detrás de un saco de viaje, y allí intenta la última resistencia para arrancar una concesión al enemigo.

¡Ah, todo en vano!

¡Es preciso dejarse lavar la cara!

¿Quién puede decir qué es la voz de los niños? Es el gorjeo del ruiseñor, el murmullo de la golondrina, el pío del polluelo, notas de flauta, susurros y gorgorillos infinitamente suaves, gritos y ruidos que desgarran los oídos: todos los sonidos que salen de una jaula de cien pájaros y de una orquesta de cien instrumentos.

Si ríe, no he visto jamás reir de tan buena fe.

Es una risa inmoderada, desgarradora, desquiciada. Tengo al fin miedo de que le falte la respiración. Se tira a un lado y a otro, echa la cabeza atrás, se le llenan los ojos de lágrimas, se le pone la cara amoratada....

—Basta ya; vamos, te puede hacer daño, deja de reir....

Es una risa inextinguible, una convulsión; risa capaz de romper las entrañas.

—Pero, ¡por Dios, acaba de una vez!... ¿Por qué ríes? ¿Qué ha sucedido?...

—¡Ah!, no me acordaba; es que me ha puesto un gorro de papel en la cabeza...

Vestidos, parecen alguna cosa; desnudos, no son nada.

Se toca aquel cuerpecito, se sienten aquellos huesos sutiles, que parece que van a destrozarse al ponérseles la mano encima, y se tiembla pensando a qué hilo tan tenue está ligada aquella vida querida.

Miradlo ahí, desnudo, hecho un montoncillo de carnes blancas que apenas tienen forma humana.... ¡Cómo! ¿Ha de llegar día en que tú tendrás bigote y sombrero de copa, y levitón, y comprenderás a Tito Livio, y sabrás resolver una ecuación de segundo grado y tres incógnitas?

¡No, no; eso no puede ser!...

Deberé necesariamente curarme esta debilidad. Estoy sentado en el despacho, escribo, tengo llena la cabeza de grandes pensamientos, la mínima distracción me inquieta, me obliga a concluir; y, no obstante, es preciso que deje la pluma, que me levante, que atraviese la habitación, removiendo las sillas, tropezando con los juguetes e incomodando a cuatro o cinco personas, para ir a estrechar entre el índice y el pulgar, por un solo momento, la pantorilla orsada de aquella piernecilla que veo desde mi sitio blanquear en un ángulo obscuro, detrás del respaldo de un sillón.

Satisfecho este capricho, vuelvo a la mesa con el

corazón tranquilo y el espíritu dispuesto al trabojo.

De otro modo, no habría acertado a concluir la página.

¡Oh!, qué gran deleite el de maltratar a un niño y cubrirlo de vituperios.... Eres un muñeco, eres un feo, eres un monstruo; duermes como un topo, comes como un elefante; eres un diablillo que me roba la paz; el mejor día tendré que darte una azotaina de padre y señor mío... Eres un pícaro, un pillete, un mamarracho, un feo, un refeo; no te quiero, no te puedo ver.... ¡mi vida!, ¡te adoro!, ¡te idolatro!, ¡no puedo vivir sin ti!...

Esta mañana paseaba yo por la habitación con él sobre los brazos, como en una cuna. Tenía los ojos cerrados y dejaba colgar la cabeza y las piernas.

La doméstica dijo de pronto:

—Parece muerto....

Estas palabras me helaron la sangre en las venas. Me puse a pensar qué sería de mí si él muriese. Me volvería loco. Y permanecí largo rato sumido en estos pensamientos.

—Tomaría en brazos al niño muerto—pensaba; —saldría de casa, atravesaría la ciudad, llegaría al campo, y de prisa, de sendero en sendero, de pueblo en pueblo, de día, de noche, al aire, a la lluvia, mudo, infatigable, estrechando con las manos rígidas aquel cuerpecito frío, hasta llegar en medio de una llanura inmensa y siniestra, lanzaría al viento

un sollozo tal, que se rompería mi existencia en pedazos, estallando de dolor...

Ha roto un vaso, ha derribado una lámpara, desgarrado la tapicería, echado abajo el biombo....: hace sonar las campanillas, tira al aire los muñecos y los juguetes; grita, cubre las voces de todos....

¡Qué infierno en la casa!

¡Qué paz en mi corazón!

EDMUNDO DE AMICIS.

Explicación de palabras

Ímpetu, violencia, precipitación.

Pías, piadosas.

Contorsiones, torsión violenta de los músculos o de los miembros.

Ovillo, lío redondo de hilo, seda, lana.

Informe, sin forma determinada.

Convulsión, contracción violenta e involuntaria de los músculos.

Sutil, tenue, delicado.

Ecuación de segundo grado y tres incógnitas, términos de matemáticas que no pueden comprender alumnas de cuarto año.

Vituperio, afrenta, baldón, oprobio.

Mamarracho, persona o cosa ridícula.

Idolatro, de *idolatrar,* adorar ídolos, amar excesivamente.

Doméstica, criada en este caso.

Camino, sendero.

Tapicería, juego de tapices.

Cuestionario

¿Cuál es la edad más hermosa de los niños? ¿Por qué se dice que es la más bella? ¿Qué siente la madre cuando ve que su hijito intenta por primera vez vestirse? ¿Todos aman a los niños de esta edad? ¿Qué dice el autor, de esos señores secos y severos ante los niños? ¿Cómo pinta el autor a los niños cuando están dormidos en su cuna? ¿Qué nombre especial se da a los acróbatas que hacen contorsiones? ¿Qué escena se imagina el autor al hablar de la carrera del niño? ¿Con qué

cosas compara el autor la voz de los niños? ¿Cómo es la risa de los niños? ¿Qué cosas hacen reír a los niños? Habla el autor de que debe curarse de cierta debilidad, ¿a qué se referirá? ¿Lo dirá seriamente? Dice Amicis que es un goce maltratar, y llenar de insultos a los niños, ¿cómo debemos entender esto? ¿Cuáles son esos vituperios y qué indican realmente? ¿Qué sentirá una madre o un padre con la sola idea de que puede morir su hijo?

Indicaciones metodológicas

Escriban las niñas una composición acerca del amor de los padres a los hijos.

42.—La canción de una madre

Ha muerto el sol.... Anochece.
Están las ramas temblando,
y los nidos oscilando....
(Es el viento el que los mece.)

¡Sopla, sopla, oh, manso viento!
Ven a columpiar los nidos;
canta, canta soñoliento
a los pájaros dormidos;
besa las plumas sedosas
de las aves perezosas,
y ramas y nidos mece,
que ha muerto el sol.....y anochece.

Desmayado por el sueño,
otro pájaro pequeño,
más blanco, más, que el armiño,
duerme inmóvil en su cuna:
ese pájaro es mi niño:
vedlo a la luz de la luna....

Están sus ojos cerrados,
por las pestañas velados...
¡Baja, baja, oh, blando sueño!
¡Duerme, duerme a mi pequeño!
¡Flor de espuma, flor de armiño!
¡Oh, mi niño!

Si sabe cantar el viento
para dormir a las aves,
yo también canciones suaves
cantaré con dulce acento.
Sé tantas baladas bellas
como hay en el cielo estrellas;
sé melodiosos cantares
a millares....

¡Oh, viento!, y los dos velando
con amor junto a las cunas,
pasar veremos, cantando,
noches blancas, noches brunas,
rojos soles, tristes lunas...

Llenos de nieve y escuetos
pronto estarán los abetos:
mecerán los vientos fríos
todos los nidos vacíos,
—cunas entonces de hielo
que rodarán hacia el suelo.—
Mas nada importa que afuera
el árbol se agoste y muera,
se cubra de escarcha el llano
y se congele el pantano,
si adentro, en su cuna hundido,
está mi niño dormido...

¡Oh, pequeño, no te importe
que ruja en el llano el norte.
Aunque el lobo en la espesura

aúlle con gran pavura
acosado por el frío,
y el perro a lo lejos ladre,
nada temas, amor mío;
junto a ti, vela tu madre.

¡Baja, baja, oh blando sueño!
¡Duerme, duerme a mi pequeño!
¡Flor de espuma, flor de armiño!
¡Oh, mi niño!

María Enriqueta.

Explicación de palabras

Morir el sol, en poesía, ocultarse.

"*Están sus ojos cerrados,* por las pestañas velados," es decir, cubiertos y cuidados por las pestañas.

Balada, composición poética de género sentimental.

Cantar, composición poética destinada a ser cantada.

Bruna, de color pardo, obscuro.

Escueto, desnudo, seco, sin adornos.

Agoste, de *agostar,* secarse las plantas.

Cuestionario

¿Qué hace que oscile los nidos? ¿Qué es el armiño? ¿Cómo dice la poetisa que está su niño? ¿A quién llama para que lo duerma? ¿Qué hace generalmente una madre para dormir a su bebé? ¿Cómo se ponen los campos a la llegada del invierno?

Indicaciones metodológicas

Cópiese íntegra la anterior composición.

43.—La intrusa

Los tres querubes la rodearon curiosos. ¡Qué señora tan fea! ¡Y qué descolorida! Parecía muerta de verdad.

Roberto, más atrevido que sus hermanos, se acercó a tocar sus vestidos, impregnados de lluvia. La forastera sonrió tristemente.

—Ven, monín—dijo con dulce tono, atrayendo al niño.—¿No me conoces? Soy tu tía Pilar, la que te mandaba aquellas rosquillas tan ricas. ¿No te acuerdas?

El niño se animó y ya no vaciló en interrogar con todo su descaro.

—¿Eres la de Segovia?

—Sí, rico, la de Segovia.

—Mamá no quería que vinieras. Fue papá el que

se empeñó en llamarte,—declaró, inconsciente del daño que producía.—

Pilar hizo un gesto de amargura y acarició resignada la inocente cabecita del chiquelo. Tal vez iba a contestar algo; pero en aquel momento entraba un mozo con su pobre equipaje—un baúl desvencijado, una maleta y dos líos pequeños—y sólo se ocupó en recogerlos.

Detrás del mozo se presentó la prima Rosario, con su aire altanero y frío mirar.

—Esto estorba aquí,—dijo secamente, señalando los bultos.

—¿Dónde los colocamos entonces?,—preguntó con timidez Pilar.

—Mételos en la habitación de la izquierda, que es la que te hemos destinado. No tiene luz, y acaso resulte demasiado chica, pero no disponemos de otra. Mira si te conviene.

La habitación de la izquierda era un cuchitril, en el que apenas cabía un camastro y dos sillas.

—Para mí es harto buena, suspiró llorosa la forastera.

Hubo un largo silencio. El mozo se había marchado ya, y los niños, dentro de la alcoba, revolvían el equipaje de la forastera. Las dos primas, sentadas en la salita, callaban obstinadamente. Pilar, con las manos cruzadas en las rodillas y los ojos bajos, tenía un aire dolorido de víctima. Rosario la miraba ceñuda y hostil.

—¿Quieres tomar algo?—inquirió, al fin, con su habitual dureza.—Poco puedo ofrecerte.

—No...., gracias: no tengo gana... Sin embargo, ¡hace tantas horas que no he comido y estoy tan enferma! Tomaría unos sorbos de caldo bien caliente....

—No sé si habrá. Probablemente no queda sino el preciso para la sopa de los niños.

—Pues no te molestes. Cualquier cosa....

—Aquí vas a estar mal, te lo advierto. Somos pobres, somos muchos, y gracias si podemos ir defendiéndonos del hambre:... Una boca más.... Cosas de tu primo, que con ese ridículo sentimentalismo se empeñó en llamarte; pero pronto se arrepentirá.

Las pálidas mejillas de Pilar se colorearon. La pena, una honda pena que torturaba todo su sér, le oprimía cruelmente el corazón. Aquel menosprecio hería su dignidad, aquella indiferencia lastimaba su alma. Quiso hablar, decir algo de lo que sentía, y sólo acertó a balbucir:

—Ya sé que vengo a estorbar; pero, en mi situación, ¿qué querías que hiciese?

—Tienes más parientes que nosotros, y con medios que les permitirían llevar mejor la carga.

—Ya sabes que no han querido recogerme,—sollozó.

—¡Claro! Nadie ha sido tan tonto como Ricardo.

Era demasiado. Pilar, agobiada, no supo que responder. La invadió una congoja invencible y cayó desvanecida.

(Continuará)

Explicación de palabras

Querube, en poesía, querubín.
Inconsciente, que no tiene conciencia de sus actos.
Desvencijado, flojo, descompuesto.
Cuchitril, vivienda pequeña y poco aseada.
Camastro, cama muy pobre y mala.
Inquirió, de *inquirir,* sinónimo de preguntar, en este caso.
Sentimentalismo, sensibilidad moral exagerada.
Balbucir, articular, hablar con dificultad.

Cuestionario

¿Qué significa *intrusa?* ¿De quién se trata en este cuento? ¿Cómo recibieron los niños a Pilar? ¿Qué le dijo Roberto a Pilar acerca de la venida de la segunda? ¿Tuvo intención, el niño, de lastimar a su tía? ¿Quién llegó después de que un mozo había dejado el equipaje de Pilar? ¿Cómo trataba Rosario a su huésped? ¿Cómo era la alcoba destinada a la forastera? Después de un rato de silencio, ¿qué le preguntó Rosario a Pilar? Tras de haberle negado a Pilar el alimento que necesitaba, ¿qué dijo la dueña de la casa? ¿Qué sentiría la forastera al oír aquellas palabras? ¿Creen ustedes caritativa la conducta de Rosario? ¿Cuál fue el resultado de su dureza?

Indicaciones metodológicas

Fórmense tres listas de palabras, copiando las de la lectura, de este modo: agudas que no necesitan acento escrito, graves que sí lo necesitan, y esdrújulas.

44.—La intrusa

(CONTINÚA)

Poco a poco fue volviendo en sí, dándose cuenta de lo que ocurría a su alrededor. ¡Qué triste despertar! ¡Qué sola se encontraba! Todo en aquel hogar le era extraño, hostil. Ni siquiera un poquito de calor, porque tanto suspiraba su alma....

Recordó su vida. Vió su infancia luminosa y feliz, envuelta en los áureos velos del lujo, mecida por las ternuras de unos padres que sólo vivían para ella, y, creyendo hacerla dichosa, labraban su desdicha. Luego, la niña, soberbia y caprichosa, crecida entre mimos, cuidada como una flor de estufa, se convirtió en una mujer espléndida, de hermosura dominadora, de viva inteligencia, pero de alma frívola y de insoportable carácter.

Y ante sus ojos pasó aquella juventud risueña, pero estéril, inútil. ¿Qué podía recordar de ella? Muchos triunfos, muchos halagos, mucha alegría; ni la espina de una flor que la torturase, mas tampoco ni el aroma de un amor que perfumase su espíritu. No había sabido querer, ni había sabido inspirar un afecto. No había experimentado nunca las divinas torturas del que ama, ni las supremas delicias del que se siente amado. Para ella fue la juventud un sol sin nubes, pero sin calor.

Y así, entre risas y coqueteos, entre el humo del incienso y las lisonjas del oro, pasaron los años. Y se encontró sola, y se halló pobre. Porque ella,

que sólo había aprendido a derrochar, no supo regir su fortuna, y ésta se evaporó en poco tiempo. ¿Qué hacer entonces? ¿Trabajar? ¿Qué entendía ella de eso? No conocía de la vida más que los placeres, ni se preocupó jamás de que pudiese existir otra cosa. Y de pronto se le presentó la realidad con todos sus abrojos. Se dió cuenta de su inutilidad; pero era demasiado tarde para remediarla.

Empezó su calvario, y sufrió amarguras sin cuento, y humillaciones terribles, y sintió la mordedura del hambre.... Pero había otra hambre en su espíritu que aún la atormentaba más: el ansia de algo desconocido que nunca había arrullado su corazón, la nostalgia del amor nunca sentido....

Como rosa mustia, arrastrada por el vendaval, así rodó, buscando clemencia. ¿Dónde se escondía la piedad? Pobre, enferma, vieja, por todos era rechazada. Las gentes, que tanto la habían halagado, la despreciaban ahora. Las familias que más debían a la suya, le negaban hasta el saludo.

Acudió a los parientes, y todos se disculparon. Una noche llegó a casa de unos, ricos e ilustres. Iba enferma y llorosa, y les imploró un refugio seguro. La recibieron mal, humillándola con sus altiveces.

—No podemos encargarnos de tí, —le dijeron con frialdad.—Por hoy quédate, pero más tiempo, no.

Y le hicieron la limosna de una cama en las habitaciones de la servidumbre.

De allá fue al hospital, pero pronto la dieron

de alta. No era la suya una enfermedad que le permitiese aquel asilo.

Aferrándose a una última esperanza, escribió a su primo Ricardo, el más pobre de todos sus parientes. Ricardo tenía un corazón generoso, y le brindó un sitio en su hogar; pero Rosario, su mujer, egoísta y fría, ¿cómo había acogido a la intrusa? Porque era eso, una intrusa, que no tenía derecho al lugar que solicitaba en aquel nido. ¡Qué triste era todo eso! Vivir como una planta parásita, a expensas de un jugo que no le pertenecía.

Había algo en ella que se rebelaba contra este pensamiento, pero era una rebelión impotente, que no sabía estallar más que en sollozos.

¿No sería preferible morir? La muerte es una dulce consoladora. Para vegetar así, en una atmósfera de hostilidad, de hielo, sin un rayo de luz que alumbrase los abrojos del camino....

Pilar sintió que le penetraba un intenso frío, que hizo castañetear sus dientes. Recordó, como en una angustiosa visión, la triste sala del hospital, con sus camas alineadas y los rostros cadavéricos que amarilleaban entre las sábanas.

Aquel cuadro le pareció menos horrible.

Y sugestionada ya por una idea sombría, no tardó en vislumbrar la negra sima atrayente de una sepultura, que se ofrecía a su dolor como la única liberación.

Sara Lorenzana.

—Y bien—dijo el papá de Julia al terminar la anterior lectura;—no seáis frívolas como Pilar; pero tampoco seáis crueles, como Rosario.

Explicación de palabras

Áurco, de oro.
Frívola, ligera, sin formalidad.
Lisonja, alabanza afectada.
Regir, gobernar, dirigir.
Calvario, sufrimiento moral, en este caso.
Vendaval, viento muy fuerte que sopla generalmente del lado del mar.
Expensas, gastos, costas.
Vegetar, vivir con vida inerte y obscura.
Sima, abismo, hoyo profundo.
Liberación, acción de libertar.

Cuestionario

¿Cómo se vió y se sintió Pilar al volver de su desmayo? ¿Qué recuerdos le vinieron a la mente? ¿Cómo fue la infancia de Pilar? ¿Cuál fue el grave error que cometieron los padres de Pilar al educar a ésta en el ocio? ¿Cómo fue la juventud de Pilar? Cuando se halló huérfana, ¿por qué perdió la fortuna con que la heredaron sus padres? Y al verse pobre, ¿por qué no pensó en trabajar? ¿Cuál fue la ayuda que le prestaron las gentes que tanto la halagaron cuando fue rica? ¿Cómo se manejaron con Pilar las personas que le debían servicios y cómo sus propios parientes? ¿Qué aconteció una noche que fue a pedir hospitalidad a casa de unos parientes ricos? Después de haber permanecido algún tiempo en el hospital, ¿a quién le escribió? ¿Quién era Ricardo y qué le contestó? Pero en cambio, ¿qué conducta observó Rosario, la esposa de Ricardo? ¿Qué pensó, por último, la infeliz Pilar?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas lean para sí todo el cuento y escriban después una composición acerca de los funestos resultados que da una vida ociosa y frívola.

45

Necesidad del ejercicio corporal

¿Os acordáis de lo que os he dicho que es necesario para ser felices?.... Responda Silvia...

Pues bien, hijas mías, vosotras mismas vais a encontrar la verdad. Imaginaos una mujer instruída y muy buena, excelente mujer, pero constantemente achacosa, anémica, débil, sin alientos para nada, que sufre una enfermedad del estómago que se le exacerba por cualquiera cosa, o que sufre ataques, frecuentes jaquecas y mil otras enfermedades que la obligan a estar siempre consultando al médico y a tomar diariamente medicinas, y decidme si esa mujer puede ser feliz aun siendo instruída y virtuosa....

Indudablemente que será muy desgraciada.

Pero decidme: ¿por qué creeis que será muy desgraciada.

Perfectamente: porque no goza de salud completa.

¿Y sabéis qué es necesario para gozar de buena salud?.... Pues como este asunto es tan interesante, voy a hablaros sobre una de las primeras condiciones que se requieren para conservar buena la salud; voy a platicaros sobre el ejercicio corporal o del cuerpo, y en las siguientes clases os hablaré de otras cosas que se refieren al mismo asunto.

De seguro habéis notado que vosotras llegáis a la escuela y no comenzáis desde luego a estudiar, sino que gozáis de un momento de recreo, después del cual recibís algunas clases, que son interrumpidas para daros otros momentos de recreo. Y esto que se hace por la mañana se hace también por las tardes. Habréis notado que todos los días recitáis o cantáis, y que cada tercer día se os da una clase de gimnasia, de una media hora.

Y fijáos bien: cuando tenéis recreo, no sólo se os deja en completa libertad de correr, saltar la cuerda, cantar, hablar y aun gritar, sino que os obligamos a que vayáis todas a jugar..... ¿Por qué creéis que hacemos esto?..... Voy a decirlo: porque nosotras sabemos que si corréis, saltáis, gritáis, os agitáis y, en una palabra, hacéis ejercicio corporal, es decir, ponéis en movimiento todos los músculos de vuestro cuerpo, os vigorizáis, os fortalecéis, que es precisamente lo que deseamos, pues no queremos que os desarrolléis sin que se aumenten vuestras fuerzas, no queremos veros débiles, sin fuerzas y raquíticas, porque así estaréis expues-

tas a muchas enfermedades o no podréis resistir alguna que os ataque, y entonces estaréis condenadas a ser infelices.

Nosotras, las mujeres, tenemos muchos y muy grandes deberes que cumplir, y si no estamos convenientemente preparadas para ello, es decir, que nuestro desarrollo sea defectuoso, que hayamos crecido enfermizas, no podremos llenar nuestras difíciles tareas y haremos nuestra desgracia así como la de los seres de nuestra familia. ¿Por qué? Porque nuestra debilidad constante, las enfermedades que tendremos que sufrir con frecuencia, acabarán con nuestra paciencia, y nuestro carácter será áspero en vez de apacible y dulce, y nos haremos imprudentes e insoportables. Y para que esto no suceda, ya os he dicho que es necesario procurar fortalecernos, vigorizarnos, es decir, adquirir fuerzas, pues de ese modo rara vez nos enfermaremos, y si esto sucede alguna vez, podremos resistir la enfermedad y recobrar pronto la salud.

Observad, por otra parte, que los hijos de las mujeres sanas y robustas, son también sanos y robustos, y que los hijos de las mujeres enfermizas también crecen débiles y raquíticos, y ved cómo tenemos razón en aconsejaros que hagáis mucho ejercicio corporal y en obligaros a correr y saltar en los recreos y paseos escolares, y ved la razón de por qué os damos la clase de gimnasia.

Por supuesto, no porque el ejercicio corporal sea una cosa magnífica para adqurir fuerzas y conser-

var la salud, queráis abusar de él, pues si hacéis ejercicios muy frecuentes y prolongados, lo que haréis será agotar las pocas fuerzas que tengáis, dando un resultado contrario al que esperabais.

Sucede con el ejercicio lo que con todo lo bueno: que deja de ser bueno y se convierte en una cosa mala desde el momento en que se abusa de ello.

Así, pues, conviene que hagáis ejercicio todos los días, pero no hasta cansaros, sino con medida, que de ese modo creceréis fuertes y seréis robustas y vigorosas, y no estaréis expuestas a sufrir frecuentes enfermedades, lo que dará por resultado que viváis contentas y felices y que si llegáis a ser madres, vuestros hijos hereden vuestras fuerzas, con lo que daréis a la Patria ciudadanos útiles y fuertes.

Explicación de palabras

Anémica, que padece anemia, esto es, empobrecimiento de la sangre.
Exacerba, de *exacerbar,* agravar una enfermedad.
Raquítica, que padece raquitismo.

Cuestionario

¿De qué asunto habla la lectura? ¿Podrá ser feliz una persona siempre enferma, aunque sea instruida y virtuosa? ¿Cuál es una de las cosas que contribuyen mucho a conservar la salud en buen estado? ¿Con qué objeto se conceden recreos a los niños en las escuelas? Las carreras, los gritos, los juegos a que los niños se entregan en los recreos, ¿por qué son buenos para la salud? ¿Qué otras cosas se hacen en las escuelas para conservar y fortificar la salud de los alumnos? ¿Cómo se hace el carácter de las personas enfermizas? ¿Qué se observa en los hijos de las mujeres sanas y robustas y qué en los de las madres de mala salud? ¿Qué pasa si se abusa del ejercicio corporal?

Indicaciones metodológicas

Compendien las niñas la anterior lectura en unas cuantas máximas.

46.—Higiene

No debéis beber agua fría si vuestro cuerpo está sudando, esperad un poco y luego podréis hacerlo; pero aún así, tened las siguientes precauciones: agregad al agua que bebáis un poco de vinagre y azúcar, o algunas gotas de café espeso, o un poco de vino o aguardiente, y conservad el líquido en la boca, durante algunos segundos, antes de hacerlo pasar por la faringe y el esófago.

Cuando hayáis permanecido largo tiempo en un salón de baile o en el teatro, tomad bebidas calientes. Si después de ellas tomáis bebidas heladas, éstas no os harán daño; pues las primeras disminuyen o impiden los malos efectos de las segundas.

Evitad, en todo caso, los enfriamientos bruscos en cualquiera de vuestros órganos, y así lograréis conservarlos poco predipuestos a enfermedades.

Cuando paséis de un lugar donde la temperatura sea elevada a otro cuya temperatura sea baja, procurad respirar a través de una mascada de seda y respirad por la nariz y no por la boca. De ese modo el aire llegará tibio a vuestra laringe, bronquios y pulmones.

Explicación de palabras

Predispuesto, dispuesto previamente.

Cuestionario

¿Qué precauciones deben tomarse para satisfacer la sed cuando se está sudando? ¿Qué bebidas deben preferirse después de permanecer largo rato en un salón donde haga calor? ¿Cómo y por qué hay que evitar los enfriamientos bruscos?

Indicaciones metodológicas

Hágase un resumen de los anteriores párrafos.

47.—Redención

Hoy que la ciencia, al descorrer su manto,
Rayos de luz esparce por doquier,
Dejad que la mujer abra los ojos;
¡Dejadla, quiere ver!

Hoy que bajan de todas las alturas
los ricos manantiales del saber,
Dejad que la mujer pruebe unas gotas
Para apagar su sed.

Dejadla, y cuando el riego fecundante.
De ese nuevo Jordán bañe su sien,
La purísima flor del pensamiento
Germinará en su ser.

Y al abrir su corola, dilatada
Por el soplo divino del saber,

Ungirá su cabeza óleo de vida
Que la hará renacer.

Y rasgando el cendal de su ignorancia;
Vueltos los ojos al amargo ayer,
Será la redención de ese pasado
Su profesión de fe.

Apoyada en el báculo bendito
Que le brinda la ciencia y el deber,
Le veréis caminar con frente erguida
Por la senda del bien.

La veréis recatada y pudorosa,
Atesorar para su casta sien,
En vez de joyas de engañoso brillo,
Pureza y candidez.

La veréis inspirada en su ternura,
Su misión sacrosanta comprender,
La veréis digna madre, hermana tierna,
Esposa casta y fiel.

Hoy que bajan de todas las alturas
Los ricos manantiales del saber,
Dejad que la mujer moje sus labios,
¡Sí, dejadla apagar su ardiente sed!

Dolores Puig de León.

Explicación de palabras

Redención, rescate; dícese, sobre todo, del rescate del género humano por Jesús.

Jordán, está tomado aquí como sinónimo de río, recordando el Jordán, de Palestina, con cuyas aguas bautizó Juan a Jesús.

Dilatada, de *dilatar,* agrandar.

Ungirá, de *ungir,* signar a una persona con óleo sagrado.

Cendal, tela de seda o lino delgada.

Profesión de fe, una declaración pública.

Báculo, apoyo, en este caso.

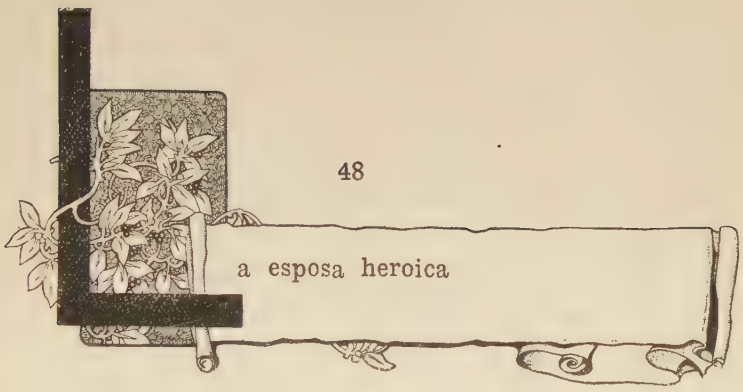
Erguida, levantada.

Casta, pura y limpia.

Sacrosanta, muy sagrada y santa.

Indicaciones metodológicas

Copiar íntegra la composición.



48

a esposa heroica

El valor, la abnegación y la constancia, esas hermosas virtudes, no son patrimonio exclusivo de los hombres, brillan también en las mujeres, y en éstas, como es natural, suben de mérito y logran mayor aplauso y admiración.

MIGUEL SALINAS.

Al estudiar la Historia, encontraréis hermosos ejemplos de madres que se han sacrificado por sus hijos, de esposas que han arrostrado mil peligros por salvar a sus maridos, de hijas que nada temieron y desafiaron todo por alcanzar la dicha de sus padres. ¡Benditas heroínas!, consagradles un recuerdo, un pensamiento y una lágrima.

En nuestra patria, en esta tierra querida que a veces ha sido muy desgraciada, han aparecido mujeres heroicas, dignas de que se perpetúe entre vosotras el recuerdo de sus heroicas virtudes.

Quiero hablaros hoy de una de ellas: se llamaba Manuela Taboada. Nació en el Estado de Guana-

juato y fué esposa de Abasolo, compañero de Hidalgo y de Allende.

Cuando éstos dieron el grito en Dolores, la señora de Abasolo era joven, rica y graciosa; amaba entrañablemente a su marido y quiso apartarlo de la revolución, porque comprendió que sólo alcanzaría en ella la ruina y la muerte.

Para lograr su objeto la animosa dama, escribió a su marido repetidas veces; pero viendo que las cartas no producían el efecto deseado, reunió dinero, y acompañada de su madre y de su hijito salió de su casa, que había sido saqueada por las tropas reales cuando entraron en Dolores, y se dirigió a Valladolid. Este viaje fue el principio de una larguísima peregrinación que llevó a cabo nuestra heroína en aquellos tiempos en que los viajes se hacían con muchas dificultades, y en que había que correr espantosos peligros por las cuadrillas de bandoleros que por todas partes se alzaron con el pretexto de secundar nuestra gloriosa revolución; pero que al fin sólo la deshonraron con sus execrables maldades.

No estando Abasolo en Valladolid, su esposa marcha para Guadalajara, y allí logra reunirse con él. El influjo que Allende ejerce sobre Abasolo, contrarresta las instancias de la amante esposa, que no logra apartar a su marido de la empresa acometida por los insurgentes. Sin embargo, su estancia en Guadalajara es provechosa para muchos desgraciados; pues salva de la muerte a algunos y

socorre y consuela a las familias de las víctimas, sacrificadas en las horribles matanzas que allí se verificaron.

Vuelve a su casa en Dolores, se encuentra arruinadas las tres haciendas de su marido, su herencia paterna ha sido ocupada por los independientes, y no obstante esto, da generosamente su dinero para librar de la muerte a algunos amigos.

Después de la batalla de Calderón, Abasolo marcha con Hidalgo para el Saltillo. Allí vuelve a reunírsele su abnegada mujer, vuelve a rogarle que abandone la revolución y que se indulte, o en último caso, que se dirija a los Estados Unidos. Pero los acontecimientos se precipitan, y comienza para la infortunada señora una larga cadena de sufrimientos que acrisolaron sus heroicas virtudes.

Los jefes independientes, traicionados villanamente, son aprehendidos en Acatita de Baján, conducidos a Monclova y luego a Chihuahua. La señora de Abasolo, que tenía un corazón sensible, que no podía ver sufrir a sus semejantes, tiene que presenciar día por día, los inauditos tormentos que sufrieron aquellos infortunados caudillos, caídos en manos de hombres crueles que no supieron respetar la desgracia.

Esos tormentos apenas pueden creerse. El número de prisioneros era encerrado durante la noche en una sala de ocho varas de largo y menos de ancho, donde no cabían aquellos hombres sino de pie, y donde sufrían los horrores de la asfixia, y

subían a Hidalgo sobre una mesita para que respirase un aire menos malo. Otras veces, pasaban la noche tendidos a lo largo del camino, unos al lado de los otros, con esposas en las manos y atados fuertemente de los pies con una cuerda, cuyo extremo estaba en manos de los soldados que hacían la guardia. Caían aguaceros torrenciales, el camino se transformaba en río, los presos eran bañados por el agua y no podían moverse por las ligaduras que los ataban. Cuando pasaban por algún poblado, una chusma vil, digna de eterna esclavitud, se acercaba a los presos, los insultaba, los escupía y los befaba sin piedad.

Tales fueron los espectáculos que presenció la señora de Abasolo en la triste vía que siguió desde Baján hasta Chihuahua.

Por fin, en esta ciudad, su marido es juzgado. En sus declaraciones, acumuló sobre sus compañeros cuantas acusaciones pudo; y dió muestras de una debilidad que contrastó notablemente con el heroismo de su esposa. Debido a las delaciones que hizo, Abasolo no fue condenado a muerte, sino a prisión perpetua en España.

La inquebrantable mujer emprende nuevo viaje; viaje penosísimo de miles de leguas y que dura varios meses; camina en burro, a pie, en carruaje; se detiene por enfermedad o por cansancio; va de Chihuahua a Dolores para buscar recursos, de Dolores a México, de México a Veracruz, y pasa el

Atlántico para llegar a Cádiz, donde Abasolo es encerrado en el castillo de Santa Catarina, y donde al fin muere.

* * *

¡Qué hermoso tipo de esposa mexicana! Inspirada por un sentimiento altísimo, se propone salvar a su marido, y va recta a su objeto con imperturbable constancia. Su indomable valor desafía las fatigas, los ataques de los malhechores, el riesgo de las enfermedades y las tempestades del Océano. Su abnegación, llevada hasta el heroísmo, la hace olvidarse de todo y sacrificar su reposo, su fortuna y su patria, para ir al destierro con el compañero de su vida, prodigarle los consuelos de su inmenso cariño y endulzarle las amarguras de la prisión.

Cuando muere su marido, vuelve ella a su tierra natal, donde termina su tristísima y agitada vida. Esa vida fue una vía dolorosa, y la egregia dama merecía haber pasado por una senda florida.

¡Bendita heroína! Recordadla, niñas, con ternura, y consagradle un recuerdo, un pensamiento y una lágrima.

Miguel Salinas.

Explicación de palabras

Patrimonio, lo que pertenece a una persona o cosa.
Exclusivo, que excluye o quita.
Arrostrado, de *arrostrar,* resistir un peligro.
Perpetúe, de *perpetuar,* dar a las cosas larga duración.

Execrable, aborrecible, detestable.

Influjo, influencia, autoridad.

Abnegada, sufrida, resignada.

Indulte, de *indultar,* perdonar a uno una pena u obligación.

Acrisolaron, de *acrisolar,* purificar.

Inauditos, nunca oídos, extraordinarios.

Befa, de *befar,* burlar, hacer mofa de alguno.

Contrastó, de *contrastar,* formar contraste u oposición entre personas o cosas.

Delaciones, acusaciones.

Imperturbable, que nada puede turbar.

Egregia, ilustre.

Cuestionario

¿Por qué el valor, la abnegación y la constancia son más admirables en la mujer que en el hombre? ¿Qué clase de ejemplos de mujeres heroicas podremos encontrar al estudiar la historia? ¿De quién se habla en esta lectura? ¿Cuál era la posición social de la esposa de Abasolo cuando éste se lanzó a la revolución de independencia con Hidalgo? ¿Por qué doña Manuela Taboada trató de separar de la revolución a su marido? ¿Qué hizo para ello? ¿Por qué eran difíciles y peligrosos los viajes en aquellos tiempos? ¿Por qué la señora de Abasolo no tuvo bastante influencia sobre su marido para apartarlo de la revolución? ¿Qué cosas buenas hizo doña Manuela en Guadalajara? Al volver a su casa, en Dolores, ¿cómo encontró sus bienes? ¿Dónde volvieron a unirse los esposos? ¿Qué les aconteció a Hidalgo y sus compañeros en Acatita de Baján? ¿Quién recuerda los tormentos a que fueron sujetados estos patriotas en el camino, desde Acatita de Baján hasta Chihuahua? ¿Cómo se condujo Abasolo durante su proceso? ¿Qué hizo doña Manuela una vez que su esposo fue enviado a la prisión de España? ¿Fue premiada la abnegación heroica de esta mujer?

Indicaciones metodológicas

Hágase el resumen oral y escrito de la lectura.

49.—Aurora

—¡Venid, hijitas mías, decía aquella noche el papá de nuestras pequeñas amigas, que voy a leeros la historia de una niña ciega, que una vez....: pero oíd con atención, que voy a comenzar.

El señor Rojo leyó lo que sigue:

"Esta era una niña de ocho años, que se llamaba Aurora, de dulce condición, alegre, cariñosa y buena. Por esto constituía el encanto de sus padres, y más que nada, porque Aurorita era ciega. Su ceguera la hacía más amable, ya que, por carecer del dón de la vista, necesitaba más la solícita asistencia de todos. No se la escatimaban sus padres, antes bien, procuraron, desde que la niña estuvo en edad propicia para recibir los beneficios de la educación, que ésta fuera muy esmerada y completa, para lo cual requirieron los servicios de los mejores maestros de la especialidad. Aurora aprendía al punto cuanto le enseñaban, y en pocos años llegó a adquirir un caudal de conocimientos superiores a lo que podía esperarse de su edad.

Descollaba, sobre todo, en la música, tocando el piano con sumo primor y atildamiento, y cantando con exquisito arte, pues Dios la había dotado de una excelente voz. Además, sabía contar muy bien y conocía la gramática, la geografía y la historia, así sagrada como profana; recitaba de coro versos de los mejores poetas, y tenía también en la memoria muchas páginas inmortales de la literatura universal.

Pues en labores de mano era cosa de maravilla lo que sabía hacer. Además de escribir en su pauta con rapidez vertiginosa, cosía muy bien, y bordaba, y tejía cordones y puntos difíciles, y, de añadidura, hacía muy lindas cosas con tiritas de papel, palitos, maderas y alambres. Diríase que llevaba la claridad y la vista en las yemas de los dedos, como si éstos fueran rutilantes gusanitos de luz.

Tenía muy desarrollado lo que los especialistas llaman el sentido de los obstáculos, con el que los ciegos se dan cuenta, sin verlos, de los cuerpos que se les interponen en su camino; y así, andaba muy gentilmente y sin titubeos por todas las habitaciones de la casa; subía y bajaba tranquilamente las escaleras: moviéndose con todo desembarazo en las estancias llenas de muebles, como esos gatitos que se suben a la mesa y sutilmente se pasean por entre los mil cachivaches que contienen, sin tropezar con ninguno.

Todo esto era producto de la educación, que, ope-

rando sobre las felices disposiciones de la niña, había elevado a su más alto grado la eficacia funcional de los sentidos y los órganos de ella, reduciendo a lo mínimo la deficiencia orgánica que sufría. Aurorita era el primer agente de su educación, pues lejos de poner el menor obstáculo a la labor de sus padres y maestros, quería ser siempre su principal colaborador. Sabía que ellos la dirigían por el buen camino, y como estaba convencida de la excelencia de los consejos que le daban, los seguía con firme decisión, aunque al principio le pareciesen duros y difíciles.

A esta disciplina de la voluntad, rectamente gobernada por la inteligencia, debió Aurorita su salvación en el trance que vamos a referir.

Amaba Aurora el campo, y a él salía todos los días en compañía de su padre. Gustaba de disfrutar la frescura del aire, el aroma de las flores, las caricias inenarrables con que la naturaleza, nuestra madre, obsequia a todos sus hijos, sin diferencia de predilección.

Corría alegremente por la pradera, y aun sabía sumergirse en el bosque, gozando de los murmullos de la selva. Sólo se dolía, a veces, de no poder coger aquellos pájaros y aquellos insectos que cantaban tan dulcemente; pero se consolaba al punto pensando que ellos habrían de sufrir mucho al verse aprisionados, y que mejor estarían, como lo estaba ella, libres y sueltos, como el Señor los había criado.

Una tarde, Aurorita se separó un poco de su padre, e inconscientemente vino a sentarse entre las vías del tren... Ya sabía que aquello era peligroso; pero sólo cuando los trenes pasaban, y entonces no era hora de que pasase ninguno. Sentada en una traviesa, se entretenía en coger las piedrecitas de la grava o balasto, y contarlas, formando luego con ellas minúsculas montañas. Pero he aquí que, de pronto, aparece el tren, como un horrendo monstruo, dispuesto a destrozar a la cieguecita... El padre, acongojado, se había dado cuenta de la inminencia del peligro... y se creyó perdido!.... Dios misericordioso velaba, no obstante, por la niña, y como un soplo de vida envió una inspiración a la mente del padre atribulado.

—¡Aurorita, hija mía!—gritó el padre;—¡échate en el suelo y no te muevas hasta que yo vaya!

Como un autómata movido por un resorte, la niña se acostó de espaldas, quedando con los ojos ciegos orientados hacia el cielo infinito..... En aquel momento pasó sobre ella, como pasa el huracán sobre la azucena, el monstruo horrible, con su báratro estridente de hierros, cadenas, soplos ardientes y bramidos infernales... Aquello fue como un relámpago, que apenas surge cuando ya no es. El tren siguió indiferente su camino, y bien pronto se perdió en la línea anaranjada del horizonte.

El padre corrió desolado adonde estaba la niña, aun quieta como si se hallase dormida, con las ma-

necitas cruzadas pudorosamente sobre el pecho, como las tiene la Concepción niña de Murillo.

—¡Aurorita, hija mía! ¡Ven, ven a mis brazos!

—¡Ay, papaíto! ¿Qué ha pasado? ¿El tren me quería matar, verdad?

—¡No, hija mía, no; el tren no hace daño a las niñas buenas!

ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ.

Explicación de palabras

Propicia, benigna, favorable, dispuesta a ayudar.
Caudal, copia, abundancia.
Descollaba, de *descollar,* sobresalir en algo.
Atildamiento, limpieza y compostura.
De añadidura, además.
Titubeo, vacilación.
Funcional, relativo a la función.
Deficiencia, falta o imperfección.
Colaborador, el que colabora o ayuda.
Decisión, resolución.
Disciplina, conjunto de reglas, orden.
Trance, momento, paso.
Inenarrable, indecible.
Predilección, preferencia.
Traviesa, durmiente de ferrocarril.
Grava, guijo, piedrecillas redondeadas.
Balasto, capa de grava para asentar y afirmar la vía del ferrocarril.
Inminencia, calidad de inminente.
Báratro, en poesía, infierno.
Estridente, agudo, desapacible, estrepitoso.

Cuestionario

¿Por qué los padres de Aurora la amaban tanto? ¿Cómo quisieron los papás que fuera la educación de la pobre cieguecita? ¿Qué cosas fueron las que aprendió la niña y en qué logró distinguirse? ¿Qué es

lo que le permitía a la niña andar por todas partes sin tropezar con las cosas? ¿Por qué sería tan aplicada Aurora y qué ganaría con ello? ¿Qué era una de las cosas que le gustaba mucho a la niña? ¿Qué pasó una tarde al ir a sentarse a la vía del ferrocarril? ¿Cómo pudo escapar de la muerte? ¿A qué debió, en realidad, su salvación?

Indicaciones metodológicas

Copiar de la lectura las palabras agudas que no necesiten llevar acento escrito, y en lista aparte aquellas que lo necesiten.

50.—Consejos de las flores

(CUENTO DE HADAS)

Era la primera vez que Flavia estaba encerrada en un cuarto, sola y triste, meditando en lo que había hecho para merecer semejante castigo.

—Sí, es verdad—pensaba ella;—he sido incorrecta con la señorita Teresa, no quise estudiar y rompí un libro que tanto estimaba mi mamá por haber pertenecido a mi papá. Momentos después de cometer la falta, entró mi mamá, me riñó y me encerró en esta pieza.

Mientras así pensaba, gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas sonrosadas e iban a caer sobre sus manecitas, en las que tenía un libro, al que no había dirigido una mirada siquiera.

Flavia era unigénita de una rica viuda, quien

al perder a su esposo, concentró todo su cariño en su pequeña hija, a la que, por un amor mal entendido, dejaba crecer con todos los caprichos de una persona rica, y sin corregirle las frecuentes faltas que cometía.

La educación de la niña habíase puesto a cargo de una institutriz llamada Teresa; mas como Flavia, por el inconsiderado mimo, era voluntariosa y muy amante de la holgauza, la tarea de la maestra era extremadamente difícil, y casi casi infructuosa.

Súplicas, persuasiones, consejos, amenazas y aun pequeños castigos, nada lograba vencer la pereza que para el estudio sentía la pequeña.

Sólo una cosa era suficientemente poderosa para atraer y fijar la atención de Flavia, y eran los cuentos de hadas, que tanto la encantaban, y que hubiera querido que le contaran constantemente.

La pobre maestra, que ya había notado esa pasión de su discípula, queriendo aprovecharse de ello, solía decirle:

—Estudia, Flavia, si no diré a las hadas que eres una niña desobediente, y entonces no te querrán.

La niña se asustaba un poco, y por no disgustar a sus queridas hadas, que la visitaban cuando estaba entregada al sueño, aunque un tanto de mala gana, cogía el libro y estudiaba un poco, o fingía estudiar.

La mamá que, como ya se dijo, mimaba dema-

siado a la hija, se ponía de parte de ésta cuando la institutriz reprendía a su discípula por su pereza.

—Déjela usted, Teresa—intervenía la madre;—no la tormente, si hoy no estudia, lo hará mañana.

Y de esa manera, Flavia era cada vez más caprichosa, y aprovechaba menos las lecciones de su maestra.

Aquella vez, esto es, el día en que la mamá la castigó, tal castigo le fue impuesto como cosa extraordinaria, y no por haber desobedecido a la maestra, sino por haber destruido un objeto que para la señora tenía gran valor estimativo.

Y precisamente por la rareza del hecho, la pequeña sentía más duro el castigo, y de ahí sus lágrimas y sollozos.

* * *

Caía la tarde, y comenzó a obscurecer en la pieza en que se encontraba Flavia, quien por la soledad y falta de luz, empezó a sentirse invadida por el miedo.

Silenciosamente se abrió la puerta, y entró un criado, quien sin decir una palabra, ni dirigir siquiera una mirada a Flavia, hizo fuego en el hogar, encendiendo la leña que para el objeto llevaba. Después de esto salió, regresando a los pocos momentos con un pedazo de pan en un plato y un vaso de agua, cosas que dejó en una mesita que se

hallaba cerca de la chimenea. Aproximó una silla a la mesa, y salió para ya no volver.

Flavia había seguido con los ojos los movimientos del criado, y al verse sola, comenzó a comer su pan. Se acercó un poco más al hogar, y abriendo su libro de cuentos, se perdió en el mundo de las hadas.

Terminada la lectura del primer cuentecillo, quedóse profundamente absorta, fija la mirada en el fuego, en el que fulgían llamas rojas, azules, verdes y de otros colores, todos vivos y brillantes.

Quedóse dormida y comenzó a soñar.

De entre las fulgurantes llamitas surgió una figura blanca y vaporosa, del tamaño y el aspecto de una linda muñeca.

Eran sus ojos color de cielo, su cabellera, de un rubio como el oro, caía en graciosos bucles hasta sus piececitos, casi tan pequeños como piñones maduros, los cuales llevaba aprisionados en delicadas zapatillas de pétalos de rosa blanca. Estaba aquella hermosa muñeca ataviada con un vestido más fino y sutil que una tela de araña, cuajado de brillantes, zafiros y rubíes, que al chocar con la luz del chisporroteante fuego, desprendían fulgencias deslumbradoras.

Flavia, encantada al contemplar aquella figura que jamás había visto ni en sueños siquiera, iba a tender sus manos hacia tan extraña visión, cuando ésta, acabando de salir de las llamas, fuese a sen-

tar sobre la esfera del reloj, de donde, con mayor asombro de Flavia, dijo:

—¿Te sorprende verme, Flavia, y querrías saber quién soy?

—No necesitas decírmelo, hermosa criatura; estoy segura de que eres la reina de las hadas; pues nadie podría ser tan hermosa como tú.

—No soy la reina, sino una de sus doncellas, y de su parte vengo para invitarte a que la visites en su palacio. Si quieres ir, yo te conduciré en alas del céfiro, y te enseñaré cosas que jamás han visto tus ojos, y tan encantada quedarás de tu viaje, que seguramente querrás volver otras ocasiones.

—¡Oh, sí, sí, llévame, hada hermosa, adonde está tu reina, que yo también quiero presentarle mi homenaje de admiración!

Entonces Flor de Luna, que así se llamaba la pequeña hada, sonó una flauta de oro que llevaba, y por un rayo de luna que penetraba en la estancia, llegó rodando un carruaje de concha nácar, tirado por ocho libélulas de alas multicolores, y tomando asiento Flavia y su invitante en aquel hermoso vehículo, volaron las libélulas hacia el reino de las hadas.

¿Qué vió Flavia?

Eso es lo que contaremos en la siguiente historia.

(Continuará)

Explicación de palabras

Unigénita, hija única.
Holganza, descanso, ociosidad, pereza.
Solía, de *soler,* acontecer alguna cosa sin regularidad.

Hogar, sitio donde se enciende lumbre.
Surgió, de *surgir,* nacer, aparecer, manifestarse una cosa.
Homenaje, juramento de fidelidad, sumisión, respeto.

Cuestionario

¿Dónde se encontraba Flavia y de qué se lamentaba? ¿Qué pensaba acerca de su encierro? ¿Quién era Flavia? ¿Quién era la encargada de educarla? ¿Cómo era la educación que recibía? ¿A qué se debía que esa niña fuera tan perezosa? ¿Qué era lo único que la animaba a estudiar? ¿Qué hacía la mamá de Flavia cuando ésta era reprendida por su institutriz? ¿Por qué entonces aquella vez fue la misma señora quien castigó a su hija? Y mientras que la misma Flavia reflexionaba acerca de su falta, ¿quién entró y con qué objeto al cuarto donde se hallaba castigada? ¿Qué hizo después la niña? Cuando se hubo dormido, ¿qué fue lo que vió en sueños? ¿Cómo se llamaba la pequeña hada y qué le propuso a Flavia?

Indicaciones metodológicas

Hacer una lista de las palabras nuevas y buscar las acepciones correspondientes en el diccionario.

51.—Consejos de las flores

(CONTINÚA)

Momentos después, Flavia y su guía llegaron a las puertas de un elegante castillo, construído de mármol blanquísimo que brillaba a los besos del sol, y bajándose del coche de nácar, Flor de Luna lo hizo desaparecer en una nube sutil y azulada. En seguida tocó el hada la puerta con su varita mágica, con lo que, sin ruidos, quedó abierta la entrada para las viajeras. Transpusieron éstas los umbrales y se hallaron ante un jardín maravilloso, pleno de las flores más fragantes y de más bellos colores que jamás en su vida había visto Flavia.

No sabía la niña a qué flores dedicar la preferencia de su atención, pues todas rivalizaban en fragancia y hermosura. Sintió impulso de cortar una rosa, más blanca que la nieve, y fuése a ella

para satisfacer su deseo; mas al ir a hacerlo, oyó una voz dulcísima y ansiosa que le dijo:

—¡No me hagas daño, Flavia! ¿Por qué quieres cortarme de mi tallo? ¿Acaso ignoras que si tal haces vas a causar mi muerte? ¡Oh, no!—añadió la rosa, que era la que estaba hablando;—¡no seas cruel; deja que viva! Yo querría con mucho gusto ir a adornar tus cabellos, o a sentir el calor de tu pecho; mas me daría pena después ver tu tristeza y acaso tu desprecio cuando notaras que ya mi corola se había marchitado.

—Tienes razón, rosa mía; perdóname, y cree que no tuve la intención de hacerte daño, y que ni siquiera pasó por mi imaginación que, arrancarte de la planta, era quitarte la vida.

—Gracias, niña; tienes un buen corazón, y en prueba de mi agradecimiento, quiero darte un consejo, que si sigues, hará que siempre tengas buen éxito en todo. Siempre que quieras hacer bien las cosas, llámame, diciéndome: "Ven en mi ayuda, Rosa Blanca, y hazme reflexionar."

—Gracias, Rosa Blanca; me acordaré de ti y con mucho gusto te llamaré cuando te necesite.

Siguió la niña con su compañera por una hermosa calzada cercada por altísimos llorones y sauces, y llegaron a una fuente de cristal en la que los surtidores, en vez de arrojar agua como todas las fuentes, despedían chorros de diamantes, rubíes y esmeraldas. En la fuente nadaban alegremente pe-

cecitos, unos de oro y otros de plata, con ojos de zafiros.

A los lados de aquella fuente que tanto maravillaba a Flavia, había setos de violetas, nardos y madreselvas, empeñadas cada una en que su perfume fuera el más grato, y esto no por vanidad, sino para manifestar su cariño a sus bellas visitantes.

Como ya Flavia sabía que todas aquellas flores estaban dotadas del dón de la palabra, púsose a platicar con ellas.

—Dime, linda madreselva, ¿estás contenta en este jardín?

—Sin duda, Flavia; nada me falta aquí: tengo sol, agua y cuidados de nuestro solícito jardinero, y como nuestras hadas nos aman, nuestro único trabajo es elaborar perfume para ellas, y hacer todos nuestros esfuerzos posibles por purificar y embalsamar el aire que respiran. ¡Si vieras qué lindo es ser útil a los demás, hacerse amar de todos!....

—Mas no creas—interrumpió dulcemente un nardo,—que nos pasamos la vida de perezosos. ¿Te agrada nuestro perfume?.... Pues sabe que para llegar a prepararlo tal como lo hacemos, cada una de nosotras, las flores, ha tenido que estudiar mucho para encontrar las substancias que lo producen. Y no satisfechas con lo que hacemos, continuamos trabajando y no nos permitiremos ningún descanso hasta que nuestra fragancia sea perfecta... Y

tú, Flavia, ¿también trabajas? ¿También estudias?

La niña se puso roja de vergüenza y apenas balbuceó unas palabras ininteligibles.

El oloroso chícharo sonrió irónicamente, y la niña, al ver aquella sonrisa, se apenó más y lloró.

Entonces, la humilde violeta quiso consolar a la pequeña, y le dijo estas palabras:

—No llores, niña, y piensa que aún es tiempo para enmendarte y corregir tus faltas; toma ejemplo de nosotras, y cuando vuelvas a tu casa, procura hacerte útil.

Flor de Luna, que tenía buen corazón, para quitar a su amiguita de aquella tortura, le recordó que la reina las esperaba.

Flavia enjugó su llanto, se despidió de sus amigas, y proponiéndose interiormente seguir el consejo de éstas, se dispuso a hacer la ansiada visita.

Para dirigirse al palacio pasaron por una avenida sombreada de árboles, los que tenían la rara particularidad de emitir sonidos musicales que, combinados y concertados, producían dulcísimas melodías.

Flavia, al oír esa música y no ver a los ejecutantes, quedóse asombrada, mas Flor de Luna le explicó la maravilla.

Siguieron por aquella senda de flores y de música, y llegaron a la puerta monumental del palacio, la cual estaba herméticamente cerrada.

—Ábrete puerta, que nuestra reina, Flor de Cerezo, nos aguarda a Flavia y a mí.

Obedeció la puerta, y al dejar franca la entrada, salió del interior una ráfaga de perfumado céfiro y de tiernas sonatas. Un instante después se presentó un coro de niñas lindísimas, vestidas con alas de pintadas mariposas, que eran las niñas buenas y estudiosas, invitadas por la reina a una hermosa fiesta dada en honor de las mismas y como premio de su buena conducta, las cuales rodearon a Flor de Luna y a Flavia.

—¿Tú también eres buena, Flavia? ¿También eres estudiosa? ¿También eres obediente y humilde?

Esas y otras preguntas parecidas le hicieron a la pequeña visitante, quien volvió a sentirse avergonzada porque reconocía que no tenía las cualidades de aquellas niñas.

Iba a responder alguna cosa cuando entre una explosión de luces de todos colores, apareció Flor de Cerezo, la reina de las hadas, que era de una belleza extraordinaria.

Como por encanto, cesaron todas las voces y se hizo un silencio profundo, no porque la reina inspiraba temor, pues ya sabían que tenía un corazón tierno y sensible, sino porque todas estaban ansiosas de oír su voz, más dulce que las de los ruiseñores y jilgueros.

—Acércate a mí, Flavia exclamó dulcemente la reina; ven a mí y escucha mis palabras; guárdalas en tu mente y procura hacer cuanto voy a aconsejarte, si quieres ser feliz y deseas gozar de

las delicias de este palacio, destinado a las niñas buenas.

Te han maravillado las pocas cosas que has visto, y con eso apenas podrás formarte juicio de las bellezas que aquí se encierran y que conocerás poco a poco, a medida que tu conducta vaya siendo más digna de verlas, pues que esto, te repito, sólo es concedido a las niñas que observan buena conducta. Vuelve a tu casa y acuérdate: si quieres volverme a ver, sé buena, humilde, estudiosa, obediente y de buen corazón. Y para que no olvides mis palabras, voy a darte un beso en la frente....

Flavia despertó. Junto a ella estaba su madre, la que, al besar a su hija, le dijo con dulzura:

—¿Serás siempre buena, hija mía?

PROF. GILDARDO F. AVILÉS.

Explicación de palabras

Transpusieron, de *transponer,* pasar a otro lado.
Umbral, parte inferior de la puerta, contrapuesta al dintel.
Ininteligible, incomprensible.
Emitir, dar, manifestar, expresar.
Ejecutante, músico, en este caso.
Monumental, que tiene aspecto de monumento.
Herméticamente, perfectamente cerrado.
Franco, libre, en este caso.
Sonata, un género de composiciones musicales.

Cuestionario

¿Quién recuerda el principio del sueño de Flavia? ¿Qué sucedió cuando Flavia y Flor de Luna llegaron al castillo de las hadas? ¿Qué fue lo primero que vió Flavia? ¿Qué le ocurrió al ver flores tan her-

mosas y fragantes? ¿Qué dijo la rosa al notar que la iba a cortar Flavia? ¿Qué hizo y qué respondió Flavia? ¿Cuál fue la recompensa concedida por Rosa Blanca? ¿Qué había en la fuente de cristal? Cuando Flavia le preguntó a la madreselva si estaba contenta, ¿qué respondió ésta? ¿Qué fue lo que dijo en seguida el nardo? ¿Cómo respondió Flavia a las preguntas del nardo? ¿Qué hizo al ver la sonrisa burlesca del chícharo? ¿Qué dijo la violeta? ¿Cómo salió Flavia del apuro? ¿Qué particularidad tenían los árboles de la avenida por donde fue Flavia con su compañera? ¿Qué aconteció cuando éstas entraron al palacio de la reina? ¿Qué le preguntaban las niñas a Flavia y por qué se avergonzaba la interrogada? ¿Qué aconteció cuando iba a responder? ¿Qué le dijo a Flavia la reina de las hadas, Flor de Cerezo? ¿Quién fue la que en realidad besó a la niña? ¿Qué preguntó la señora a su hija al despertarla con un beso?

Indicaciones metodológicas

Que las niñas escriban un cuento pequeño, imitando el que acaban de leer.

52.—La despedida

Después de medio día,
bajaba del cenit el sol ardiente,
y en el muelle de Palos, se veía
muchedumbre de gente.

Sollozos al quebranto
en su vuelo arrancaban los instantes,
y el ángel del dolor bañaba en llanto
los pálidos semblantes.

Todo era allí cariños,
y ternísimas frases, y consejos;
estaban mudos de pesar los niños,
y de terror los viejos.

"Se van unos valientes,
se van a conquistar tierras extrañas.
¡Quién sabe lo que guarde a aquellas gentes
el mar en sus entrañas!

"Se van con un marino
que a conducirlos por la mar se atreve;
y dicen que él no más sabe el camino.
¡Que Dios con bien los lleve!

Su vida estima en poco.
A otros con él a perecer no obligue.
¡Que el cielo le perdone, si está loco;
si no, que lo castigue!

"En frágiles maderos
al furor de las olas los expone.
¡Ay! Si ellos en morir son los primeros,
¡que Dios se lo perdone!

En su anhelar profundo
es navegar su pensamiento fijo;
dicen que a nadie tiene en este mundo,
que sólo tiene un hijo.

"Que en la Rábida un día
el pobre niño se quedó llorando:
y le dijo el cruel que volvería.
Eso... ¡quién sabe cuándo!"

Los padres, los hermanos
así murmuran, y su seno hieren;
y enclavijan los dedos de sus manos
las madres que se mueren.

Tristísimas y graves
recuerdan sus pasados regocijos,

con los ojos clavados en las naves
donde se van sus hijos.

Todo en el muelle es pena,
tristeza, confusión, duelo y espanto:
ninguno al ruego el corazón serena;
no hay tregua para el llanto.

Ninguno tiene alma
exenta de amargura y desconsuelo:
sólo el cielo y Colón están en calma:
Colón no más y el cielo.

PEÓN Y CONTRERAS.

Explicación de palabras

Cenit, punto del cielo a que corresponde verticalmente otro de la tierra.

Quebranto, aflicción, pena, en este caso.

Semblante, rostro, cara.

Perecer, morir.

Anhelar, desear una cosa con vehemencia.

Confusión, desorden.

Tregua, descanso.

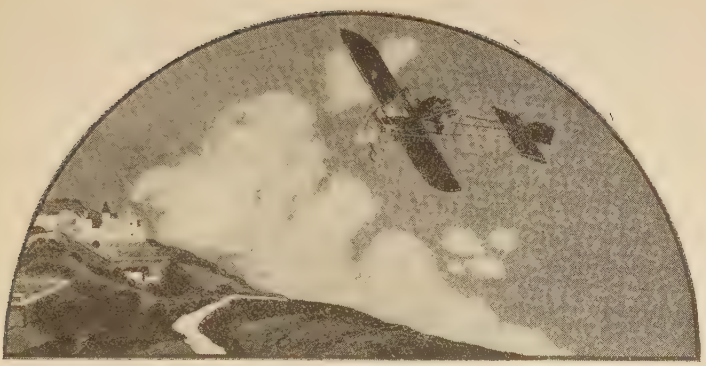
Exenta, exceptuada.

Cuestionario

¿Qué hecho histórico se recuerda en la composición leída? ¿Por qué se notaba tan profunda emoción tanto en los que se iban como en los que se quedaban? ¿A quién dejó Colón en la Rábida? ¿Quiénes eran los únicos que manifestaban calma?

Indicaciones metodológicas

Responder por escrito el anterior cuestionario.



53.—Cuento antiguo que parece moderno

—Abuela, cuéntanos una de tus historias, uno de esos cuentos que sabes....

—Ya no sé ninguno que no sepáis vosotros. No me gusta repetir mis historias.

—¡Ea! Alguna debes saber que no conozcamos,—afirma el más grandullón de los chiquillos.

—¡Sí, sí!,—apoyan los otros.

La abuela se arregla las gafas, que no cabalgan exactamente sobre la nariz picuda, sonríe, arruga la frente como quien hace un esfuerzo para recordar algo que ha olvidado, y dice, por fin, con gran contento de los pequeñuelos:

—Bueno, os voy a contar la historia del príncipe Gentil, a quien persiguieron unos brujos de mala calaña.

—¡Sí, sí, cuenta, abuelita!

-Estadme atentos y fijáos bien en mis palabras. Muchos, muchos años hace, en una comarca de

Frigia, hubo un rey poderoso, llamado Domokos, que tenía la corte más brillante de Grecia entera. Poseía el ejército más aguerrido, la flota más velera, los sabios más famosos, el tesoro más rico, los monumentos más espléndidos, las ciudades más pobladas y los legisladores de más renombre. Pero, sobre tales ventajas y riquezas, poseía una joya de valor inestimable: la princesa Ariadna, su hija, que aun no contaba quince primaveras, y que ya era pretendida por todos los reyes y príncipes griegos.

Su padre no quería casarla aún y la princesa no se daba prisa en elegir entre los pretendientes...., porque su corazón había ya escogido a un príncipe de su propia corte, el príncipe Gentil, algo pariente suyo, y que estaba ciegamente enamorado de ella.

Pasó tiempo. Un día Domokos llamó a Ariadna y le dijo:

—Ha llegado la hora de que tomes estado. Yo envejezco y quiero que te cases. Escoge entre tus pretendientes y dime cuál de ellos prefieres.

La princesa, que era decidida como su padre, se ruborizó, vaciló un instante y luego dijo de sopetón:

—Mi elección está hecha hace tiempo; mi esposo será el príncipe Gentil.

—Estás loca, hija mía; no quiero que ese chiquillo sea el esposo de Ariadna, ni el heredero de mi corona.

Y volviendo la espalda a la princesa, que no esperaba semejante salida, se marchó muy enfadado, llamó a uno de sus brujos y le mandó que, sin per-

der momento, arrojara al príncipe Gentil de su reino, y le llevara tan lejos, que no pudiera volver en muchos años.

El brujo fue en busca del príncipe, que no sospechaba nada de lo ocurrido, y le hizo subir a una especie de monstruo, que tenía la forma de una serpiente alada y que se elevó por los aires, produciendo un ruido espantable, y se alejó con rapidez portentosa.

—¡Era un dirigible!—clamó una vocecita atiplada;—no era ningún monstruo.

—Quizás tengas razón, muchacho; no sé a punto fijo si era un monstruo o no;—asintió la abuela.—¿Continúo?

—¡Ya lo creo!

—El mago y el príncipe volaron muchas, muchas horas, y atravesaron muchos países y muchos ríos y muchos mares. De pronto, el monstruo que les llevaba, se posó suavemente en el suelo, y el mago dijo al príncipe Gentil:

—Eres libre de hacer lo que quieras, menos marcharte de este país.

El príncipe no replicó y examinó la cárcel que se le daba. Como cárcel no era mala. Pero el pobre mozo estaba desesperado y no le alegraban las galas de la naturaleza, ni el esplendor del cielo, ni los frutos bellísimos que brindaban los árboles.

Pasábase los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, pensando en las tribulaciones

que quizá pasara Ariadna, y dormía sobre las duras peñas y apenas cuidaba de comer y abrigarse.

Para colmo de desdichas había en el país un mago maléfico que estaba en comunicación continua con el mago de Frigia. No necesitaban, para entenderse, de correos ni de palomas mensajeras. Comunicaban entre sí por los aires...

—¡Era el telégrafo sin hilos!

—¡Voto al chápiro! Todo lo sabéis, muchachos; puede que sí....

—Pues bien—continuó la abuela,—el mago de Domokos encargó al otro mago maléfico que atormentara al príncipe Gentil. Y un día, mientras éste se hallaba tendido junto al tronco hueco de un árbol centenario, oyó que del tronco salía una voz muy parecida a la de la princesa Ariadna, que decía:

—Oh, tú, príncipe Gentil,
no pienses en Ariadna,
que se casa con un rey
mañana por la mañana.

Aquellas palabras causaron un dolor indecible al príncipe. Se levantó, miró dentro del árbol; nada.

—¡Sí, sí! ¡Era un fonógrafo!—exclamó uno de los nietecitos.

—¡Vaya por el fonógrafo!—replicó la abuela.—No se os puede ocultar nada.

El príncipe fue a dormir al pie de otro árbol; pero también allí le persiguió la voz. Se refugió en la

oquedad de una roca; pero las palabras fatídicas le perseguían y siempre terminaban:

Que se casa con un rey
mañana por la mañana.

Tanta era la desesperación del príncipe, que una hada benéfica que habitaba aquella comarca, se compadeció de él, y le dijo que por la noche, si sus enemigos no cesaban de perseguirle, implorara su auxilio, que ella remediaría el mal que los otros se empeñaban en causarle. Pero antes de que llegara la noche, el mago maléfico le llamó a su palacio y dijo que quería enseñarle un espectáculo que jamás había presenciado. Apenas pronunciadas estas palabras, el príncipe Gentil advirtió que las luces se apagaban y que en el fondo de la sala aparecían los salones de la corte del rey Domokos. La princesa Ariadna, con una corona real en la cabeza, daba el brazo a un hombre de alta estatura, mozo aún y revestido de un manto de armiño y púrpura.

—¡Se han casado!—pensó el pobre príncipe. Y se desmayó, desplomándose cuan largo era.

Al volver en sí se halló en un bosque, tendido cerca de un arroyuelo. La hada bienhechora estaba junto a él, y le consolaba diciéndole:

—Lo que has visto era una ficción, no una cosa real y verdadera...

—¡Sí, ya sé!—interrumpió uno de los arrapiezos; —se trataba de un cinematógrafo.

—Bueno, no quiero contradecirte—replicó la abuela;—eso debía de ser.

El hada procuraba en vano consolar al príncipe. No lo conseguía, pues su pena era muy honda y amarga.

—¿Conoces la voz de la princesa Ariadna?—preguntóle.

—¡Ay!

—¿Quieres oírla?... Aplica tus labios a esa caña agujereada y acerca al oído ese caracol marino. Ahora di: ¡Ariadna!, y oirás cómo te contesta. Luego pregúntale si se ha casado y verás cómo te desengaña.

—¿Es posible?

—Obedece y verás.

Se realizó el milagro. El príncipe oyó la voz de la princesa Ariadna, a pesar de la distancia enorme que les separaba.

—¡Bah! Ya sé lo que era: el teléfono.

—Quizás aciertes, chiquillo.

El hada no quiso dejar su buena obra sin terminar. Cuando hubo tranquilizado al príncipe, le dijo:

—Ahora vendrá un pájaro que vuela más aprisa que las águilas; monta en él, marcha siempre hacia Oriente y llegarás a Frigia.

Apenas terminaba el hada estas palabras, se acercó, con la rapidez de una flecha, un pájaro, cuyas alas no tenían plumas y cuya cola era más larga que dos hombres. Se posó en tierra y el príncipe cabalgó sobre él. Emprendió el vuelo hacia Orien-

te y no cesó de volar hasta que estuvo ante el palacio del rey Domokos. Éste, que vió el ave monstruosa y que de sus entrañas salía el príncipe Gentil comprendió que los dioses le protegían, y le otorgó la mano de su hija. Así el mozo y la doncella fueron felices, gracias al ave misteriosa e innominada....

—¡No, que tiene nombre!—chilló uno de los pitusos;—¡es un aeroplano!

—Puede que tengas razón, muchacho. El caso es que Ariadna y el príncipe Gentil no padecieron más y vivieron siempre alegres y tranquilos.

Explicación de palabras

Apoyan, de *apoyar*, ayudar.
Calaña, índole, en este caso.
Comarca, región, territorio.
Aguerrido, ejercitado en la guerra.
Velera, embarcación de velas muy ligeras.
Legislador, el que redacta leyes.
Tomar estado, casarse.
De sopetón, de repente.
Portentosa, extraordinaria.
Asintió, de *asentir*, convenir con otro.
Tribulación, congoja, aflicción.
Maléfico, que hace maleficios, dañino.
Oquedad, hueco.
Fatídica, que pronostica lo porvenir.
Ficción, creación de la imaginación.
Arrapiezo, persona pequeña y traviesa.
Innominada, que no tiene nombre

Cuestionario

¿Quién recuerda el principio del cuento que una abuelita complaciente relató a sus traviesos nietecillos? ¿Cuál era la joya que más es-

timaba el rey Domokos? ¿Por qué éste no quería casar aún a su hija? ¿Por qué la princesa no elegía para esposo a uno de los reyes o príncipes que la pretendían? Pasado el tiempo, ¿qué le dijo un día Domokos a la princesa Ariadna? ¿Cuál fue la respuesta de la princesa? ¿Y cuál la réplica del rey? ¿Y qué le ocurrió a éste para evitar el matrimonio de su hija con el príncipe Gentil? ¿Cómo procedió el brujo para acatar las órdenes de su señor? ¿Quién de ustedes sabe lo que es un dirigible? ¿Qué diferencia hay entre un dirigible y un aeroplano? ¿Quién puede continuar el cuento? ¿Por qué, a pesar de que la cárcel no era mala, el príncipe Gentil se quedó tan triste? Para colmo de desdichas ¿qué había en el país que le servía de cárcel al príncipe Gentil? ¿De qué medio se valía para comunicarse con el otro brujo? ¿Qué creen ustedes que se aproveche para hacer posible la telegrafía inalámbrica o sin alambres? ¿Cuál fue la recomendación que el mago de Domokos hizo al otro? ¿Y de qué medio se valió para atormentar al príncipe Gentil? ¿Quién vino en ayuda del mismo príncipe para consolarlo? ¿Cuál fue el nuevo tormento a que fue sujetado el infeliz joven? ¿De qué aparato se valió el mago? Y para que el príncipe Gentil se convenciera de que lo estaban engañando, ¿qué le ocurrió a la benéfica hada? ¿De qué precioso aparato se valió la hada para que el príncipe oyera la voz de Ariadna? ¿De qué vehículo se valió después la misma hada para que su protegido se trasladara a la corte de Domokos? ¿Qué pensó éste y qué resolvió al ver que el príncipe Gentil bajaba del aeroplano? ¿Qué ocurrió, al fin?

Indicaciones metodológicas

Hacer una lista de palabras que se escriben con *b* y otra de palabras que se escriben con *c* suave.

54.—La jorobadita

Se llamaba Carmencita....
Era un ramito de flores....
Era una gloria bendita;
Pero en todo hay sinsabores:
Estaba jorobadita.

Contaba unos doce abriles.
Y en esa edad de inocencia
Y de sueños infantiles,
Ya excedía en experiencia
A sus años juveniles.

La pobre se vió obligada,
Desde muy pequeña, a ser
Lo mismo que una mujer:
Hacendosa y aplicada
Bajo el yugo del deber.

De ambos padres huerfanita,
Sin hogar y sin hacienda,
La triste jorobadita,
Gracias que encontró vivienda
En casa de su abuelita.

Con gusto y habilidad
Sabe coser...., lavaba,
Y la ropa remendaba.
La dura necesidad
A trabajar la obligaba.

En las más rudas faenas
Por la pobreza benditas,
Metía sus manecitas,
Que eran un par de azucenas
En el trabajo marchitas.

¡Era bien desventurada!
Jamás tuvo una muñeca,
Ni nunca se vió obsequiada....
Su juguete era la rueca
De la abuelita adorada.

Vivía sin aflicción...
¡Pobre niña!... ¡En qué desdoro
Y qué triste condición,
De perlas rico tesoro
Dios puso en su corazón!

Deformadita de espalda,
Sin la esperanza halagüeña,

Ni la dicha más pequeña,
Con un pingajo por falda,
Vivía feliz y risueña.

Mas ¡ay!, la felicidad
Huyó de aquel serafín...
Plugo a la casualidad
Que conociera a Luisín,
Niño de su misma edad.

Era el muchacho un burlón,
Pero ella no lo sabía,
Y le tomó inclinación
Por extraña simpatía...
¡Misterio de niños son!

Esto era en el mes de abril...
Cuando una mañana hermosa
La abuela trajo una rosa,
Tan bella como gentil,
Tan fresca como olorosa.

Y, lo que es muy natural,
Alma que bien se encariña,
Ve en toda flor su ideal.
La desgracia de la niña
Partió de un fresco rosal.

Vió a Luisín... tomó la flor
Y la ofreció al muchachuelo
Con la carita de cielo

Llena de dulce candor,
Llena de plácido anhelo.

Pero Luisín la dejó
Con una pena infinita,
Cuando la flor rechazó
Y a su dueña despreció
Porque era jorobadita.

Ella quedó desde entonces
Cual pájaro que perdido
Hubiese su alegre nido;
Cual si hubiera de sus goznes
El mundo entero salido.

Que diga el sabio doctor
Por qué una niña se muere
Sin fatiga ni dolor....
Que saque el dardo traidor
Que a tal existencia hiere.

Que explique por qué declina,
Doblándose como palma
Que al propio peso se inclina,
Así, interiormente, el alma,
Sin que se vea la espina.

Que averigüe por qué empacho
De tristeza y aflicción
O por qué oculta razón
Pueden burlas de un muchacho
Destrozar un corazón.

¡Tierna azucena marchita!
Por misterioso desmayo,
Murió la jorobadita,
En brazos de su abuelita
Un día del mes de mayo.

Acabaron sus anhelos...
Bien hizo aquel serafín...
Mejor se vive en los cielos,
Habiendo aquí muchachuelos
Como el pérfido Luisín.

Merece verse tullido
Y hasta la muerte merece
Por burlón y mal nacido,
Niño que no compadece
Al mísero desvalido!

José Fola Igúrbide.

Explicación de palabras

Excedía, de *exceder,* pasar el nivel, ser mayor.
Hacienda, fortuna.
Rueca, instrumento que sirve para hilar.
Desdoro, baldón.
Deformadita, de *deformada,* desfigurada, contrahecha.
Plugo, del verbo *placer,* gustar.
Inclinación, afecto, en este caso.
Plácido, grato, apacible.
Dardo, arma arrojadiza, como lanza pequeña.
Declina, de *declinar,* decaer, disminuir.
Desvalido, desamparado, abandonado.

Cuestionario

¿Cuál era el defecto que afeaba a Carmencita? ¿Qué significa "era un ramito de flores?" ¿Qué quiere decir que excedía en experiencia a sus

años juveniles? ¿A qué se vió obligada Carmencita desde muy pequeña? ¿Por qué vivía con su abuelita? ¿Qué cosas sabía hacer? ¿Hay muchas niñas que sepan hacer tantas cosas como Carmencita? ¿Cuáles eran los juguetes de la pobre niña? ¿No desearía tener otros? ¿Cómo vivía la niña? ¿A quién conoció un día? ¿Qué clase de niño era Luisín? ¿Por qué lo quiso Carmencita? ¿Qué aconteció una mañana de abril? ¿Qué fue lo que le ocurrió a la niña cuando tuvo la rosa? ¿Qué hizo Luisín cuando Carmencita le dió la flor? ¿Qué sintió la niña al verse despreciada? ¿Qué pasó después, un día del mes de mayo? ¿Qué merece una persona que se burla de un desvalido?

Indicaciones metodológicas

Hacer una lista de palabras, tomadas de la composición leída, en que entre la *g* con el sonido de *j*.

55.—Conciencia

Si queréis conservar vuestro buen humor, vuestro contento y la felicidad de que ahora disfrutáis, procurad no hacer nada que os cause después remordimientos, es decir, que debéis evitar toda acción mala, pues que las malas acciones intranquilizarán siempre vuestra conciencia y os harán perder vuestra juvenil alegría.

Jamás hagáis daño a nadie, ni aun pequeño; haced, al contrario, todo el bien que podáis a todos aquellos que os rodeen, y no esperéis nunca por ello recompensa.

¡Quiera Dios que saboreéis las dulces satisfacciones que disfrutan los que pasan su vida derramando el bien!

Indicaciones metodológicas

Copiar la anterior composición y luego escribir otra de igual fondo, pero cambiándole la forma.

56.—La educación primaria

Puesto que ya habéis concluido de pasar en limpio el resumen de la última lección de instrucción cívica que os di, guardad vuestros útiles y preparaos para escucharme.

Así decía cierta vez una maestra a sus alumnas, y éstas, siempre obedientes y siempre buenas, sentáronse correctamente y dejaron de cuchichear. Cuando hubo reinado el más profundo silencio, aquella admirable señorita de voz melodiosa y acariciadora, de quien ya os he hablado en otra ocasión, comenzó su clase, más bien dicho, su conversación amenísima a la vez que instructiva. Decía la señorita:

—Cuando os hablé de la libertad que todas tenemos de instruirnos, os dije que no sólo tenemos derecho sino obligación, y voy a explicaros cómo es eso.

Os dije alguna vez que nosotras también podemos y debemos ser patriotas, y para ello, entre otras cosas que podemos y debemos hacer, es instruirnos, porque así honramos a nuestra patria. Y bien, el Gobierno de nuestro país ha comprendido eso también, y ha expedido una ley en que dice que todos los niños, hombres y mujeres, de seis a doce o catorce años de edad, tienen obligación de instruirse, sea en su casa, sea en los colegios particulares, o bien, en las escuelas públicas que para el efecto

se han construido y dotado con maestros y útiles. Y tan imperiosa es esa obligación que, como lo sabéis bien, cuando un padre de familia no cumple con ella y comete la torpeza de no mandar a sus hijos a la escuela, se le castiga, imponiéndole una multa, lo que me parece justo, pues nadie tiene derecho, a ser ignorante, porque los ignorantes desprestigian a su país. Y ¿sabéis lo que hace el Gobierno para poder hacer obligatoria la educación primaria?... Pues compra gran cantidad de muebles, útiles y libros, paga a los profesores, compra o alquila edificios para las escuelas y hace gastos enormes. Y si dedica a la educación pública una gran cantidad de dinero, ¿sería justo que fuera sin provecho?... Claro que no, y por eso es obligatoria tal educación. Y ¿qué pretexto pueden alegar los padres de familia para no cumplir con tan sagrada obligación? Absolutamente ninguno, pues todas las dificultades se allanan cuanto es posible, y ni siquiera puédese aducir pobreza, pues a vosotras todo se os proporciona: muebles, pizarras, libros, lápices, cuadernos, etc., etc., y hasta los materiales para las labores de aguja, de manera que la educación repetida es completamente *gratuita*, es decir, que nada les cuesta a los padres de familia.

Y no creáis que la enseñanza primaria sólo se dé en las grandes poblaciones, pues hasta en la más pequeña aldea existe una escuela por lo menos.

—¿Me permite usted una palabra, señorita?, dijo una niña.

—¿Qué te ocurre, Felícitas?... Puedes decirme lo que gustes.

—Señorita, yo he oído decir que algunos papás no quieren que sus hijos vayan a la escuela porque en ellas no se enseña religión y se hacen protestantes.

—Efectivamente, hija mía, hay gente ignorante que cree en tan craso error, y no comprende por qué hay gran necesidad de que la educación primaria sea, además de obligatoria y gratuita, *laica*, es decir, que no se enseñe en las escuelas religión alguna. Y para que vosotras no vayáis a pensar así, y para que cuando sea oportuno, destruyáis ese error en los que lo sustentan, voy a deciros cuál es el motivo de que se haya ordenado que la enseñanza primaria en las escuelas oficiales sea laica. Estando abiertas para todo el mundo las escuelas oficiales, claro es que a ellas concurrirán quienes quieran, mexicanos y extranjeros, y de cualquiera religión que profesen: católicos, protestantes y aun judíos, si los hay. Y como hay libertad de conciencia (esto ya lo sabéis bien), si el Gobierno ordenara que en sus escuelas se enseñara la religión católica, por ejemplo, se atacaría la conciencia de aquellos alumnos cuyos papás pertenecieran a otra religión distinta, y si se enseñara la religión protestante o la judaica o la mahometana, igualmente se atacaría la libertad de conciencia de los alumnos que no creyesen en la religión que se enseñaba en la escuela. Y en tal caso, los padres se negarían a

cumplir la obligación de mandar a sus hijos a la escuela, pues dirían, y con razón, que no era conveniente que tales niños asistiesen a un establecimiento en el cual se les enseñaba una religión distinta de la que ellos mismos les inculcaban a aquéllos... ¿Comprendéis lo que os he dicho?... Pues bien, de ahí proviene que la educación que se da en las escuelas sea laica.

Para terminar, os diré que la educación primaria elemental que se imparte en cuatro años, es, por ley, obligatoria, gratuita y laica; pero la educación primaria superior, que es también gratuita y laica y que se da en dos años, sólo es obligatoria para los alumnos que deseen seguir alguna carrera profesional.

Y luego que la señorita hubo acabado de hablar, observé que algunas niñas tomaban rápidamente apuntamientos en un papel, y oí que alguna dijo: ahora mismo voy a decirle esto a papá, pues es cosa muy interesante.

Explicación de palabras

Amenísima, de *amena,* grata, placentera.

Dotado, de *dotar,* asignar a una oficina los empleados correspondientes, señalar bienes para una fundación.

Imperiosa, apremiante.

Desprestigiar, quitar el prestigio.

Allanan de *allanar,* vencer las dificultades para una cosa.

Aducir, presentar razones para probar alguna cosa.

Craso, muy grave.

Sustentar, mantener o sostener algo.

Judaica, perteneciente a los judíos.

Mahometano, correspondiente a Mahoma.

Inculcaban, de *inculcar*, imprimir una idea en la mente de uno a fuerza de repetirla.

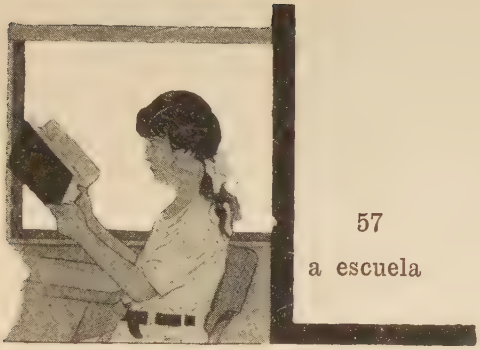
Imparte, de *impartir*, conceder, repartir.

Cuestionario

¿Quién hablaba y a quiénes se dirigía? ¿De qué les dijo que iba a platicarles? ¿Qué es lo que las mujeres pueden hacer, entre otras cosas para ser patriotas? ¿Qué es lo que hace la mujer, con respecto a la patria, al instruirse? ¿Qué es lo que ha dictado el Gobierno, teniendo en cuenta esas ideas? ¿A qué edad deben ir los niños a la escuela? ¿Qué pasa cuando un padre no cumple con la ley de educación primaria? ¿Tiene alguien derecho a ser ignorante? ¿Qué se dice de un país cuando está formado por ignorantes? ¿Y qué en el caso contrario? ¿Qué hace el Gobierno para poder obligar a los padres a que cumplan con la ley? ¿Cuánto les cuesta a los niños la educación primaria? Si la educación primaria es gratuita, ¿por qué algunos padres no quieren que sus hijos vayan a la escuela? ¿Por qué, además de obligatoria y gratuita la educación primaria, debe ser laica? ¿Qué quiere decir laica? ¿Cómo se divide la educación primaria? ¿Cuál de ellas es voluntaria y en qué caso es obligatoria? ¿Qué hicieron las niñas cuando terminó de hablar la señorita?

Indicaciones metodológicas

Hacer por escrito el resumen de la clase anterior.



57

a escuela

Es el recinto de una buena escuela
Fuente de luz inmaculada y pura:
El que ventura y redención anhela,
Tiene aquí redención y halla ventura.

El niño crece como débil planta
Que temiendo el rigor del cierzo impío,
Recatada en la sombra se levanta
Sin flores coronadas de rocío.

Cultivada por hábil jardinero,
Cuerpo, forma y color creciendo toma.
Y en el abril florido y placentero,
Vierten sus flores embriagante aroma.

Y sin temer ni duelos ni congojas,
Radiante de frescura y de colores,
Abre al beso el sol las verdes hojas
Y el tallo dobla al peso de las flores.

Premio en la escuela la labor alcanza
Se enseña en ella el bien con el ejemplo:

Tiene un altar perenne la esperanza
Y la austera virtud halla su templo.

¡Oh, niñas!, estudiad; hace un agravio
A Dios el que ama el vicio y la pereza;
Hoy vence el pensador, el docto, el sabio;
La virtud y el saber dan la nobleza.

El libro es el tesoro; es el escudo
Que del peligro y del error defiende;
Es un eterno sol de rayos de oro
Que con vivo fulgor todo lo enciende.

Aprovechad las encantadas horas
De vuestra edad de sueño de oro llena,
Bebiendo en las dos fuentes redentoras
Del saber noble y la virtud serena.

Dad a los que os enseñan, un santuario
En vuestro corazón, y gran ternura:
La vida del maestro es un calvario;
No le aumentéis, oh niñas, su amargura.

El bueno, el obediente, el estudioso
Lega envidiable y ejemplar memoria:
¿Queréis un porvenir grande y hermoso?
¡Lograd con el estudio la victoria!

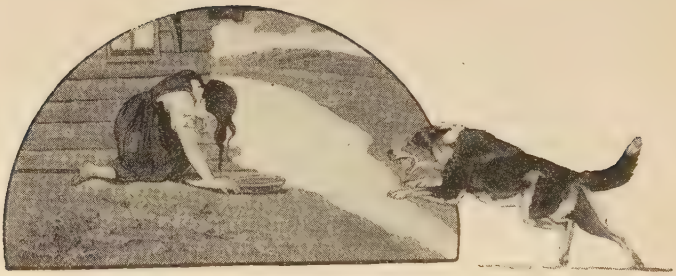
Juan de Dios Peza.

Explicación de palabras

Recinto, espacio comprendido dentro de límites determinados.
Inmaculada, sin mancha.
Cierzo, viento frío que sopla del Norte.
Impío, que no tiene piedad.
Perenne, que no acaba nunca.
Docto, muy instruído.
Serena, tranquila, sosegada.
Lega, de *legar,* dejar por testamento.

Indicaciones metodológicas

Póngase en prosa la anterior composición.



58.—La zíngara

(ABNEGACIÓN DE UNA MADRE)

Caminaban pausadamente bajo la sofocante lumbre de un sol de plomo, una mujer, un burro y tres niños.

La mujer iba delante, descalza de pie y pierna, cubierta de andrajos y polvo, moviéndose con fatigosa lentitud, entreabriendo la boca para respirar el aire caliente y pegajoso que penetraba en sus pulmones, y sosteniendo entre sus brazos un niño de pocos meses, envuelto en un jirón de lienzo remendado y sucio: el niño estrujaba con sus manecitas el pecho de la madre, que salía por la abertura del corpiño y tiraba de él, sujetándole con sus labios para extraer el jugo que generosamente le brindaba. La mujer era joven y hubiera sido también hermosa, a juzgar por sus ojos negros y expresivos, por la esbeltez de su cuerpo entero, si la miseria, al apoderarse de ella, no hubiera impreso la marca de fábrica, curtiendo su cutis, arrugán-

dolo prematuramente, enflaqueciendo sus carnes y enmarañando su cabellera, que se pegaba entonces a su frente ennegrecida y sudosa. La pobre criatura pudo ser bella, pero de su belleza no quedaba más rastro que el de sus pupilas clavadas con profundo amor en el rostro moreno de su hijo.

Detrás de ella marchaba el asno, sucio, flaco, ceniciento pollino de vientre angosto y lomo huesudo, con las orejas gachas, el rabo caído, sosteniendo por carga única dos anchos alforjones que caían a uno y otro lado de la albarda; dentro de ellos, sobre un montón de trapos y papeles, a dos niños que servían mutuamente de contrapeso, ofreciendo a la vez doloroso contraste, pues mientras el menor dormía con la cara echada atrás, la sonrisa en la boca, la salud en las mejillas, el mayor, de cinco años de edad, retorciéndose sobre el inconcebible camastro, miraba a su madre con ojos muy abiertos, extraviados por la fiebre, contraía sus labios a impulso de agudos dolores y agonizaba de calentura bajo aquella atmósfera de plomo. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué atravesaban ese estéril camino los individuos de aquella caravana con una criatura enferma al lado y un sol implacable en el cielo? ¿Quiénes eran? Una familia de húngaros, huérfana de padre, que recorría Europa implorando la caridad pública. ¿De dónde venían? Del inmediato pueblo en el que no pudo detenerse la mujer un instante siquiera, para llenar de agua un cántaro vacío, porque los al

deanos la habían amenazado con golpearla, a la miserable, a la vagabunda, a la gitana, si no partía inmediatamente de ahí; sin alimento, sin agua, sin reposo, con su hijo enfermo, con sus pies heridos, con su pecho exhausto, maldita de Dios, perseguida de los hombres; y la infeliz mujer, amedrentada, sola, sin sostén y sin ayuda, abandonó la aldea y prosiguió su marcha entre el polvo y el calor, volviendo de cuando en cuando los ojos para contemplar a su hijo enfermo, clavándolos después con expresión amarga y rencorosa en distante lugarejo del que sólo podía distinguirse la torre de la iglesia, destacando en el espacio un contorno gris.

El niño enfermo, incorporándose trabajosamente sobre la alforja que le servía de cama, extendió sus brazos en dirección de la joven y dijo con voz angustiada y débil:

—¡Madre!....

La zíngara respondió al llamamiento, dirigiéndose precipitadamente al sitio que ocupaba el muchacho.

—¿Qué quieres, hijo mío?—murmuró, dejando al niño de pecho junto a su hermano dormido y rodeando con sus brazos la garganta del enfermo.

—¡Agua!—respondió éste.—¡Dame agua!..... ¡tengo mucha sed... me quema aquí!—Y señalaba con un dedo su pecho tembloroso y desnudo.

—¡Agua!—repitió el niño.—¡Me muero de sed!... Y entreabría sus labios abrasados por la fiebre,

y miraba a su madre con miradas tan suplicantes, tan llenas de amargura, que ésta se puso pálida y rompió en sollozos.

Era su hijo, la carne de su carne, quien reclamaba un socorro del que dependía tal vez su existencia, y ella, su madre, no podía prestárselo. En vano registró con ansia el interior del cantaruelo; estaba vacío, no quedaba ni una gota de agua en su fondo. La mujer miró al cielo, en el cielo no había ni una nube; aquella tierra sedienta parecía decir a la zíngara mostrándole sus fauces contraídas y secas: "¡Agua para tu hijo!... ¡Aquí no hay agua para nadie! ¡Que se muera de sed como yo!

Y la zíngara, abrazando el cuerpo del muchacho, repetía con gesto de fiera y ademán de loca:

—No hay, no puedo darte nada. ¿Dónde voy a encontrar agua, hijo mío?...

¡Pobre mujer!.... Allí no brotaba más que un manantial; el de su llanto... De pronto, la zíngara sonrió iluminada por una esperanza: a cuatro pasos del grupo alzábase la casita de un peón caminero; su puerta cerrada, como sus ventanas, predecía la ausencia del dueño; pero acaso estaría dentro alguien que pudiera atender sus súplicas, y la joven golpeó nerviosamente aquella puerta inmóvil. Sus afanes fueron inútiles, nadie vino en su auxilio tampoco.

Rendida de llamar, sin saber lo que hacía, dió vuelta a los muros de la casa, y vió con placer y asombro que, recostada contra la tapia y protegi-

da por su sombra, había una cazuela llena de agua. La mujer miró esto, pero no pudo mirar—a tal extremo le cegaban la sorpresa y el júbilo—que al mismo tiempo que ella, y movido por iguales deseos, se dirigía hacia el cacharro un mastín enorme, con el pelo erizado, la boca abierta, la baba colgando y los ojos codiciosos y brillantes.

Al distinguir a la mujer, el perro lanzó un gruñido; la zíngara levantó la cabeza, y comprendiendo las intenciones del animal, apresuró el paso; uno y otra llegaron a la vez al lado del cacharro y se detuvieron un instante para contemplarse en ademán de desafío; la mujer extendió el brazo, y su enemigo, al advertir el movimiento, acortó la distancia y se puso delante de la cazuela con las pupilas encendidas y enseñando los dientes.

No pensaba en huir: hallábase dispuesto a defender el cacharro lleno de agua.

—¡Ah, tú también!—gritó la zíngara contemplando con rabia a su adversario. ¡Pues no lo tendrás!

Y descargó un vigoroso puñetazo sobre el hocico del mastín.

Éste dió un salto, apoyó sobre el pecho de la mujer sus patas delanteras, la obligó a caer al suelo e hizo presa de sus hombros. La zíngara lanzó un grito de dolor y de furia, y sin acobardarse, frenética, desesperada, cogiendo con ambas manos la garganta de su enemigo, apretó con rabia, con ira, con frenesí, con heroico y brutal arranque,

mientras el perro desgarraba el hombro con sus afilados colmillos.

La lucha siguió breves instantes empeñada, silenciosa, terrible. Los dos combatientes se revolcaban por el suelo, dispuestos a vencer, y procurando conseguirlo, para lo cual clavaba el perro sus colmillos en el hombro de la joven, y clavaba ésta sus dedos en la musculosa garganta del animal.

De pronto el mastín exhaló un quejido doloroso, abrió la boca y cayó de espalda. Los dedos de la zíngara le habían ahogado.

Ésta se alzó del suelo jadeante, pálida; su corpiño roto en jirones dejaba al descubierto su pecho y sus hombros, en los que aparecían dos heridas anchas y profundas; por los labios de aquellas heridas brotaban hilos de sangre.

Pero la zíngara no hizo caso; dió con el pie al cadáver de su enemigo, cogió la cazuela objeto de la lucha, corrió en busca de su hijo, y sin cuidarse ni acordarse de sus heridas ni de sus sufrimientos, ni de la sangre que corría por sus hombros, abrillantada por los rayos del sol, acercó el cacharro a los labios del enfermo adorado y le dijo con sonrisa alegre y cariñosa:

—¡Aquí tienes agua; bebe, hijo mío!...

J. D.

Explicación de palabras

Esbeltez, delicadeza, finura, elegancia de una cosa.
Implacable, que no se puede aplacar o calmar.
Gitana, nombre de una raza de vagabundos.

Amedrentada, de *amedrentar,* infundir miedo.

Lugarejo, lugar pequeño.

Incorporándose, de *incorporar,* sentar el cuerpo que antes estaba echado.

Fauces, faringe, parte posterior de la boca.

Adversario, enemigo.

Frenética, poseída de frenesí, de locura.

Cuestionario

¿Quiénes caminaban una vez por un desierto? ¿En qué situación iba cada uno de los personajes del cuento? ¿De dónde venían y a dónde iban? ¿Cómo trataron a aquella infeliz mujer en el pueblo de donde venía? ¿Qué pedía con insistencia el niño enfermo? ¿Qué sentiría la madre al ver que no podía dar de beber a su hijo? ¿Qué descubrió la mujer al buscar agua? ¿Qué aconteció entre la mujer y el perro que se disputaban el agua? ¿Por qué no tuvo miedo la mujer? ¿De dónde sacaría fuerzas para vencer a su enemigo? ¿Qué sintió aquella abnegada madre cuando al fin, a pesar de sus dolorosas heridas, pudo llevarle el agua a su hijo?

Indicaciones metodológicas

Copiar el cuento.

59.—El amor maternal

¿Veis brillar en la enramada
la pálida luz sombría,
que luce del nuevo día
con el matutino albor?

¿Y al despertar de las aves
con el murmullo sonoro
del río formando coro
entonar himnos de amor?

¿Y el firmamento azulado,
cuando aparece en Oriente,
con su rayo refulgente,
grande y espléndido el sol,
que triunfal por el espacio
sigue su augusta carrera,
tornasolando la esfera
con su nítido arrebol?

Pues más grande, más hermoso,
más seductor y divino
que de las aves el trino,
que del río el murmurar;
más grato, más elocuente,
más puro que la alborada,
que la atmósfera azulada,
que la grandeza del mar;
más que el rutilante rayo
de ese sol enrojecido,
y más suave que el gemido
de la brisa matinal;
grande como la natura,
de Dios augusto destello,
siempre excelso, siempre bello,
es el amor maternal."

Explicación de palabras

Matutino, de la mañana.
Albor, luz del alba.
Himno, canto.
Augusta, majestuosa, que infunde respeto y veneración.
Esfera, se refiere en este caso a la tierra.
Nítido, puro, claro.
Arrebol, color rojo de las nubes teñidas por el sol.
Rutilante, que rutila o resplandece.
Matinal, de la mañana.
Natura, naturaleza.
Destello, rayo de luz, resplandor, ráfaga.

Indicaciones metodológicas

Escribir una pequeña composición, en prosa, y dejando en libertad a las niñas, acerca del amor maternal.

60.—El registro civil

Clarita y Gustavo acaban de llegar de una fiesta familiar a que asistieron con sus papás, cariñosamente invitados por los jefes de una familia muy amiga.

Clarita, que no perdía oportunidad de instruirse, tan pronto como lo creyó conveniente, dijo así a su papá:

—Vengo muy satisfecha de la fiesta, pues estuve muy contenta en ella, lo mismo que mi hermanito Gustavo; pero te confieso, papacito, que aunque el motivo de la repetida fiesta ha sido la presentación al registro civil de Luisito, que apenas tiene tres días de nacido, no entiendo la ceremonia a que asistimos, ni me di cuenta de ella. ¿Quieres explicarnos eso, papá?

—Con sumo placer, querida Clarita; ya sabes que siempre estoy dispuesto a explicarte lo que desees, tanto más cuanto que lo que me preguntas es muy importante.

Comenzaré por decirte que la oficina a que fuimos es la del *registro civil*, y que aquel señor muy serio que nos recibió es el juez del registro civil. Recordarás que luego que llegamos, mi buen amigo el señor Arias, le presentó el niño (llevado por la nodriza) al señor juez, manifestándole que, cumpliendo con la ley respectiva, deseaba se registrara el nacimiento de aquel niño. Entonces el juez

le preguntó lo siguiente: qué día y a qué hora nació el niño, qué nombre le habían puesto, cómo se llama su papá, cómo la mamá, de dónde era, y alguna otra cosa que no recuerdo. Entonces el juez, en un libro que se llama de *nacimientos,* levantó una *acta* de todo lo declarado por el señor Arias, acta que firmaron el juez, el padre del niño y otras dos personas extrañas, a quienes nos consta ser cierto lo declarado por mi amigo el señor Arias.

—¿Y para qué puede servir eso, papacito?

—¡Oh, hija mía! El registrar el nacimiento de un niño es muy importante. Más tarde quizá ese niño necesite demostrar quiénes son sus padres, como sucede a los que van a recibir una herencia, y nada más fácil que recurrir a la oficina del registro civil, en donde se conservará siempre el acta de nacimiento, de la cual puede sacarse una copia certificada por el mismo juez.

—Y si una persona quiere demostrar que es menor o mayor de edad, ¿cómo lo hace?...

—Pues recurre al registro civil y busca allí el acta de su nacimiento, y asunto concluido... ¿Comprendes, Clarita?... Y ¿tú, Gustavo?

—Sí, papacito, respondieron los niños.

—¿Y si algún padre de familia no cumple?,—agregó Gustavo.

—No lo creáis, hijos míos, todo el mundo sabe que eso es muy interesante, y si no cumpliera, además de la multa con que se castiga a los *infractores,* que la falta de cumplimiento traería grandes

consecuencias, como comprenderéis... Mas si gustáis, continuaré explicándoos lo referente al registro civil, que aun me queda que deciros...

—Con mucho gusto te escuchamos, papacito.

—Pues en tal caso continuaré. Habéis de saber que no sólo se levantan actas con motivo del nacimiento de algún niño, sino también en estos dos casos: en caso de *matrimonio* o de una *defunción*.

Cuando se trata de un matrimonio, si los que van a contraerlo son menores de edad, acompañados de sus padres, cuyas voluntades necesariamente han de tenerse en cuenta, se presentan ante el juez y le manifiestan su objeto, lo que da lugar al levantamiento de una acta. Después de ciertos trámites que la ley ordena, se efectúa el matrimonio civil y se levanta una nueva acta, que firman los desposados, el juez y los correspondientes testigos. Por último, si de lo que se trata es del fallecimiento de una persona, inmediatamente que tal desgracia acontezca, los deudos tienen estricta obligación de presentársele al juez del registro civil, llevando el *certificado del médico*, documento en el cual debe constar la causa verdadera del fallecimiento, y entonces el repetido juez levanta el *acta de defunción*.

Esto último es tan importante, que si no se cumple con ello, además de la multa que se impone como castigo, no se puede proceder a la inhumación del cadáver.

Así, pues, en el registro civil queda siempre constancia de los tres actos más importantes de una persona: su nacimiento, su matrimonio y su fallecimiento.

Mas ya he satisfecho vuestra curiosidad. Dadme un beso y dejadme un momento solo, que voy a contestar algunas cartas que tengo pendientes.

61.—Joyas del alma

(IMITACIÓN)

Yendo para el templo
la vi esta mañana:
su coche, sus joyas,
todos admiraban.

Yo, que recibía
del cierzo las ráfagas,
a pensar me puse
en la bella dama.

Su rostro es de ángel,
su traje es de hada;
mas no me cautivan
su belleza y galas,

pues junto del huérfano
altanera pasa,

sin ver que carece
de una pobre manta.

Vale una fortuna
el cofre do guarda
la gentil señora
sus ricas alhajas.

Su collar de perlas
otro no le iguala;
anillos, pulseras
como soles radian.

¿Mas de qué le sirve
refulgencia tanta....?
¡Cuántos pobres niños
quejumbrosos marchan

con los pies desnudos
cerca de la dama,
sin que ésta orgullosa,
les dé una mirada!

En su mesa tiene
cuanto sueña o ansia,
manjares, licores,
frutas delicadas.

A su señoría
con querer le basta
para que su antojo
luego satisfaga.

¡Mas ay!, si supiera
que en torno a su casa,
niños hay que lloran
a tarde y mañana;

que por un pedazo
de pan tristes claman,
niños que no tienen
ángel de la guarda!

Del collar de perlas,
joven millonaria,
que brillante ciñe
tu sin par garganta,

coge las más finas,
coge las más caras
y a esos pobres niños
de limosna dalas.

¿Qué importa que entonces
en tu cuerpo no haya
prendas con que ahora
tanto te engalanas?

Tú serás más bella
Y tendrás más gracia,
luciendo ante el pobre
las joyas del alma.

Rodolfo Menéndez.

Explicación de palabras

Cierzo, viento frío que sopla del Norte.

Ráfaga, movimiento violento de viento, golpe de luz súbito, relámpago.

Cautivan, de *cautivar,* aprisionar, atraer, ganar.

Señoría, tratamiento de cortesía aplicado a ciertas personas.

En torno, alrededor.

Ciñe, de *ceñir,* rodear o ajustar.

Cuestionario

¿Qué admiraban todos de una señora que iba al templo una mañana? ¿Qué cosas no cautivaban al poeta? ¿Por qué no le atraían la belleza y galas de aquella señora? ¿Cuánto valía lo que guardaba en alhajas? ¿Por qué de nada le servía tanta riqueza? ¿Qué contraste había entre aquella mujer y muchos niños? ¿Cómo veía a éstos? ¿Qué le aconsejaba el poeta para bien de los niños pobres? ¿De qué modo sería más bella y tendría más gracia? ¿Qué joyas son preferibles para lucirlas ante los pobres?

62.—No murmuréis de lo que vuestros padres os evitan.

Isaura, hablando una ocasión con su prima Cristina, le decía lo siguiente:

—¡Cuán aburrida estoy, qué fastidio causa el tener que pedir permiso al papá y a la mamá para que podamos hacer algo que deseamos!... Si queremos visitar a nuestras amigas con quienes nos agrada charlar durante largas horas, concurrir a un paseo en el cual sabemos de antemano que estaremos del todo divertidas y contentas, comprar un elegante vestido que nos sentará bien y con el cual vamos a despertar la envidia de las compañeras de baile o de paseo, hemos de pedir permiso para todo. Y luego, después de mil súplicas que, por fin, resultan inútiles, acaba por decir el papá:

—"No, hijita, no conviene que hoy concurras al paseo, quédate en casa para que acompañes a la abuelita, que está achacosa y hoy no puede salir, y sólo está contenta cuando te mira a su lado."

—Y otras veces dicen a una—seguía diciendo Isaura:—"No queremos que visites a tal amiguita, porque no nos parece buena. Es de carácter libertino y quiere hacer siempre lo que le viene en gana, aun a despecho de la voluntad de sus padres, que se oponen a ello; es, además, soberbia y altiva; se viste siempre de tal modo, que llama la atención de todos cuantos la ven, cosa por la cual se enorgullece; se desdeña de hablar con los que van

humildemente vestidos; se mofa de las niñas que, a su juicio, no van tan elegantes como ella; ríe a carcajadas por la cosa más simple, cuando va por la calle; vuelve frecuentemente la cara hacia atrás y muestra semblante halagüeño a los jóvenes que le dicen piropos. En una palabra, esa niña a quien deseas visitar, no debe ser tu amiga, porque si lo fuera y tuvieras con ella trato íntimo, no tardarías en imitar su conducta, adquiriendo insensiblemente las malas costumbres que ella tiene y perdiendo las tuyas buenas, que con tanto afán te hemos hecho adquirir tu mamá y yo."

Si se trata del vestido elegante—continuaba la quejosa niña—es la mamá la que toma la palabra para decir:

—"Es muy cara la tela que deseas comprar, hija mía. Ten, además, en cuenta, lo que habrá que gastar en adornos y tal vez en pagar a la modista, pues tus conocimientos en el arte de hacer vestidos son aún escasos, por lo que no podrías hacer un vestido de tela fina. Reflexiona en todo esto y comprenderás que resulta muy costoso el vestido que deseas comprar. Si cumplimos tus deseos, será a costa de un sacrificio, y tú estás obligada, Isaura, a evitarnos los sacrificios y no a procurárnoslos. Además, no es bueno que te acostumbres a vestir de manera semejante a como lo hacen las jóvenes que tienen mucho dinero, pues eso te costaría siempre sacrificios, como ya te he dicho, y resultaría hasta ridículo que una hija de padres pobres

llevara lujosos vestidos. Y quién sabe, hija mía, si con llevar un vestido elegante des ocasión a que los murmuradores piensen, por lo menos, que aquel vestido no ha sido adquirido por los medios que procura la honradez."

—En una palabra, Cristina—concluyó Isaura,—para todos son sermones, privaciones para todo y falta de libertad aun para la cosa más nimia. ¡Qué fastidioso, qué horrible es vivir así!....

Hasta aquí, Cristina había oído a su prima sin abrir para nada los labios; pero al escuchar su última exclamación, le dijo:

—¡Pobre Isaura! Cuánto siento que en estos momentos en que estás excitada por el despecho, porque quizá tus papás no han podido satisfacer alguno de tus caprichos, hayas dado rienda suelta a tu lengua, diciendo cosas que, en otras circunstancias, no habrías dicho jamás, pues que tienes una alma bella dotada de muy delicados sentimientos. No te culpo sino por tu ligereza al dejarte vencer por el insólito enfado de que te hallas poseída.

¿Acaso has podido olvidar, querida Isaura, lo que nuestra buena maestra nos ha dicho en la escuela acerca de nuestras obligaciones para con nuestros padres? "Amadlos, hijas mías, nos ha dicho, pues que a ellos debeis la vida y un sinnúmero de sacrificios que por vosotras han hecho, y mil privaciones a que por vosotras se han sujetado desde que érais pequeñitas."

Obedecedlos prontamente y sin replicar, nos ha

dicho también, porque cuanto os evitan es para vuestro propio bien, para vuestra felicidad, tanto presente como futura.

Respetadlos, pues que su experiencia, sus virtudes y sus canas, las arrugas que veis en su tez, todo en ellos debe infundiros respeto. Por más que alguna vez hayáis jugado con ellos, por más que las caricias entre ellos y vosotras hayan sido mutuas, respetadlos siempre, jamás los tratéis como si fuesen vuestros camaradas. Tenedles confianza, hacedles conocer vuestros pensamientos y comunicadles vuestras cuitas; pero siempre respetadles y que vuestro respeto por ellos sea casi una veneración.

Tened por ellos gratitud, reconocimiento; pues que ellos han vivido sólo para vosotras. Os han dado cuanto han tenido, y, si alguna vez hubiera sido preciso que dieran su vida por vosotras, o si ahora mismo aun cuando ya sois jóvenes, os vierais en peligro de muerte y ellos os pudieran salvar sacrificando su propia vida, estoy segura de que se entregarían gustosos a la muerte por salvar vuestra existencia.

—¿Te acuerdas de todo esto, Isaura?,—repetía varias veces Cristina.

Y seguía diciendo:

—Yo no he olvidado ni las últimas palabras que la maestra habló cuando trató de tal asunto. Entonces nos dijo:

—Que vuestro reconocimiento para con vuestros

padres, mis queridas niñas, dure tanto como dure vuestra vida, y si alguna vez sois madres también vosotras, enseñad a vuestros hijos a amar, a obedecer, a respetar y a tener gratitud por sus abuelos, es decir, por vuestros padres y por los de vuestro marido...

—¡Ah, sí!—interrumpió conmovida Isaura. Ya me acuerdo de lo que entonces nos refirió la maestra para hacernos ver que los malos hijos pagan con sus propios hijos, lo que han hecho con sus padres. ¿Me permites que lo recuerde, Cristina?

—Sí, mi querida prima; pero antes prométeme que jamás volverás a enfadarte por las disposiciones de tus padres, como te has enfadado hoy.

—Sí; te lo prometo, mi buena Cristina. Ya no olvidaré lo que ahora me has recordado.

—Pues ya te escucho.

—"Había una vez un hombre viejo—comenzó Isaura,—viejo como las piedras. Sus ojos apenas veían, sus oídos casi no oían y sus rodillas temblaban. Un día, en la mesa, no pudiendo sostener su cuchara, derramó la sopa sobre el mantel y aun un poco sobre su barba.

Su hijo y su nuera se disgustaron, y en lo de adelante el anciano comió solo, detrás de la estufa, en una pequeña cazuela que apenas le llenaban. El pobre anciano miraba tristemente desde ahí la mesa y sus lágrimas rodaban bajo sus párpados, tanto que, escapándose otro día la cazuela de sus manos trémulas, se rompió sobre el pavimento.

Los jóvenes esposos murmuraron entre dientes palabras duras, y el anciano lanzó un profundo suspiro. Entonces le dieron para que en ella comiera, una ordinaria taza de tosca madera. Una noche, mientras cenaban a la mesa y mientras que el buen hombre estaba en su rincón, el hijo de aquellos jóvenes, que apenas tenía cinco años de edad, se ocupaba en recoger del suelo pedacitos de madera.

—¿Qué haces ahí?,—le preguntaron.

—Voy a hacer una tacita de madera,—respondió el niño—para que en ella coman papá y mamá cuando yo me haya casado y ellos sean viejos.

El hombre y la mujer se miraron en silencio, las lágrimas saltaron a sus ojos, e inmediatamente hicieron venir cerca de sí al abuelo, quien, en lo de adelante, no dejó más la mesa de familia."

Con esta narración, mis lectoras, terminó el diálogo entablado entre Isaura y Cristina.

Explicación de palabras

Cuán, cuanto.
Piropos, requiebros, lisonjas.
Despecho, disgusto originado por un desengaño.
Insólito, contrario a lo acostumbrado.
Pavimento, piso, suelo.
Diálogo, conversación entre dos personajes.

Cuestionario

¿Quiénes hablaban cierta ocasión? ¿De qué se quejaba Isaura? ¿Por qué el papá solía evitar a su hija que visitara a alguna que otra niña? ¿Cómo era la niña para que su compañía fuese tenida como peligrosa

por el papá de Isaura? ¿Qué decía la mamá cuando Isaura quería comprarse un vestido elegante? ¿Qué fue lo que respondió Cristina cuando su prima terminó sus quejas? ¿Cuáles son los consejos que las maestras les habían dado con respecto a los papás? ¿Por qué hay que obedecer y amar a los padres? ¿Por qué los papás son dignos de la gratitud de los hijos? ¿Qué deben hacer las niñas cuando a su vez lleguen a ser madres? ¿Cuál fue el cuento que recordó Isaura a propósito de los hijos ingratos?

Indicaciones metodológicas

Escribir una composición copiando solamente los consejos contenidos en la precedente lectura.

63.—La iniciativa

A la orilla de un arroyo
Que iba el verano secando,
Un melancólico lirio
Doblaba mustio su tallo,
Pues al secarse el arroyo
Secas sus raíces quedaron,
Y así a las ondas, el lirio
Daba su triste reclamo:

"Decid, ¿por qué, ondas esquivas,
Os alejáis de mi lado?
¿No veis que vuestros desdenes
Me están la vida quitando?
Venid y regad piadosas
Mis hojas que a vuestro halago
Darán perfumes y sombras
A vuestros suaves remansos."

Y así contestó el arroyo
Del lirio al triste reclamo:

—"Perdona, lirio, perdona,
Si no riego con mi llanto
Tus verdes hojas, que fueron
De mi ribera el ornato
Que están mis ondas muy bajas.
Y tú quedaste muy alto."

Volvióse entonces el lirio
Hacia un sauce copado
Que casi a envolverle baja
De su follaje en el manto,
Y en cuyas hojas se mira
Cual cristal límpido y diáfano,
Una lágrima, que sola
Dejó la aurora a su paso,
Y que las hojas del lirio
Piden al sauce en regalo,
Y éste, con dulce murmullo
Le dice en acento blando:
—"¿De qué le sirviera, lirio,
A tu marchito regazo,
Esta gota de rocío
Que está en mis hojas temblando?
Es este riego tan poco
Y tú necesitas tanto...
Mas oye, si no puedo
Alzarte de tu desmayo,
Si para darte la vida
No tengo el medio en la mano,
Te ofrezco que de seguro
He de saber encontrarlo."

Y así diciendo, el sauce
Alzóse altivo y gallardo,
Y luego dobló sus ramas,
Y las dobló tanto, tanto,
Que en las aguas del arroyo
Quedó casi sepultado;
Y alzándose de improviso
Cual si saliera de un baño
Cual ave que se espereza
Para alzarse en el espacio,
De su follaje frondoso
Sacude el extenso manto,
Y cayeron sobre el lirio,
Como lluvia de verano,
Tantas gotas de rocío,
Que quedó como adornado
De perlas, que le ceñían
En ajorcas y rosarios,
Y de su seno se abrieron
Capullos frescos y blancos,
Que las ramas del sauce
Y el ambiente perfumaron.

En el sauce, niñas mías,
La iniciativa os retrato,
Que a veces baja hasta el fondo
De corazones avaros,
Y les arranca el auxilio
Que a los pobres les negaron.
No quiero para vosotras

De la fortuna el halago,
Si habéis de ser insensibles,
Al ruego del desgraciado.
Os deseo, como el sauce,
Follaje sombrío y grato
A cuyo auxilio no acudan
Los que padecen, en vano;
Y si carecéis de medios
De dar consuelo y amparo,
No os arredréis; como el sauce
Pedid para prodigarlos.

DOLORES CORREA ZAPATA.

Explicación de palabras

Reclamo, voz del ave cuando llama a otra de su especie.
Llamada, voz con que se llama a uno.
Esquivas, desdeñosas, ásperas.
Copado, que tiene copa.
Diáfano, transparente, en este caso.
Gallardo, airoso, apuesto, hermoso.
Esperezo, de *esperezarse,* o *desperezarse,* estirar los miembros para librarlos del entumecimiento.
Ajorca, brazalete.

Cuestionario

¿Qué había a la orilla de un arroyo? ¿En qué situación se hallaba el lirio? ¿Qué dijo el lirio al arroyo? ¿Qué respondió éste? ¿A quién se dirigió entonces el lirio? ¿Cuál fue la respuesta del sauce al ruego del lirio? ¿Y qué hizo en seguida el árbol para ayudar a su protegido? ¿Cuál fue el pensamiento de la autora al aderezar la composición que habéis leído?

Indicaciones metodológicas

Formar un cuentecito en prosa con tema de la composición leída.

64.—Modelo de solicitud

Al C. Gobernador del Estado de Guanajuato.

Celaya, julio 30 de 1917.

Yo, Úrsula Rodríguez, alumna de la Escuela Oficial núm..... de esta ciudad, ante usted comparezco con el debido respeto, manifestando lo siguiente:

Acabo de terminar en esta Escuela los estudios correspondientes a la Educación Primaria Superior, lo cual acredito con el certificado que tengo la honra de enviar adjunto, y deseando emprender la carrera de profesora en la Escuela Normal de la ciudad de México; pero careciendo de recursos pecuniarios para ello, pues desgraciadamente acaba de fallecer una persona de mi familia, único apoyo con el que contaba, a usted suplico encarecidamente se sirva favorecerme asignándome una pensión mensual, con la cual pueda satisfacer los deseos que arriba expongo.

Si por su benevolencia atiende usted mi solicitud, recibiré con ello gracia especial, por lo que anticipo a usted las debidas gracias.

Protesto lo necesario y reitero a usted mis respetos.

Constitución y Reformas.

Úrsula Rodríguez.

Domicilio: Primera calle de Londres núm. 5.

Explicación de palabras

Asignándome, de *asignar,* señalar, destinar.
Reitero, de *reiterar,* repetir.

Indicaciones metodológicas

Copiar íntegro el modelo.

65.—El padre libertado por su hija

(LEYENDA)

Al castillo del señor habían llevado un hombre atado, y aunque sus brazos estaban cargados de pesadas cadenas, este hombre estaba erguido y con la cabeza alta: en su noble rostro se leía la altivez. Había ido a buscar al señor, que su injusticia y su crueldad hacían temer a todos. Llegó, y mirando al caballero, le gritó de lejos:

—¡Conque tú eres el que te has atrevido a desafiar mi poder!

A las palabras del señor, el caballero no ha pa-

lidecido; su frente no se baja sino que, irguiéndose con más altivez todavía, le dijo:

—Sí, he desafiado tu poder injusto y no me arrepiento de ello, pues era mi deber tomar la defensa de los débiles oprimidos por el fuerte. Pero, oye: En el momento en que me había olvidado de tu odio y no lo evitaba, me has hecho coger traidoramente por tus hombres de armas; yo te habría atacado cara a cara y lealmente.

El señor hizo un movimiento de cólera; pero la voz fuerte del preso se hizo oír de nuevo.

—Oye, decía, no pido más que una cosa. Esta libertad que me has quitado vergonzosamente, devuélvemela por algunos días; déjame ver a mi hija y a su hermanito; cuando haya besado a mis hijos, lo juro por mi honor, me entregaré a tus manos, y, sin quejarme, sufriré todo lo que me quieras hacer sufrir.

—Quieres ver a tu hija, gritó él encolerizado; no la verás jamás, jamás oirás su voz, jamás verás la luz del día, ni oirás los ruidos de la tierra, porque conozco una prisión tan escondida y profunda que allí estarás más solitario y más olvidado que en el fondo de una tumba.

El señor salió de la sala, seguido de sus guardas y del preso; y andando delante con una antorcha en la mano, penetró por una escalera secreta y se puso a bajar. Ya habían pasado los profundos cimientos del castillo.

—¿Hemos llegado?,—preguntaron los guardas.

—¡Todavía no!, dijo el señor. Aquí mi prisionero podría oír algunos ruidos de la tierra, y si mi castillo se caía, lo despertaría con el ruido; pero adonde lo quiero llevar, mi prisionero no oirá nada.

Bajaron todavía, bajaron tanto, que los hombres respiraban con trabajo, y la antorcha ardiente, faltándole aire, vacilaba, como próxima a apagarse. Y los guardas pensaban: "La vida del prisionero va a parecerse a la llama moribunda de esta antorcha."

La escalera acababa, el señor se paró, se bajó, abrió una trampa y bajaron al preso a una prisión parecida a un pozo.

En el mismo momento el viento apagó la antorcha.

Los guardas pensaban:

"Pronto le sucederá lo mismo" y pedían a Dios que protegiera a la víctima contra el verdugo todopoderoso.

Cuando hubo terminado, el señor subió lentamente la escalera sombría, pensando en su venganza satisfecha. Poco después llegó a la puerta del castillo una joven llevando a un niño de la mano, y pidió hablar al señor. El señor la recibió en la gran sala del castillo; estaba sentado en un trono de terciopelo rodeado por sus guardas.

—"Señor, soy la hija del que tenéis encerrado en las prisiones de vuestro castillo. No vengo a pediros su perdón, pues nada ha hecho que necesi-

te perdón. Os pido solamente que nos dejéis compartir su pena. Encerradnos con él a mi hermano y a mí; cargad nuestros brazos con las cadenas que oprimen los suyos; pero que, al menos, estemos juntos; que las paredes que nos rodean nos separen del mundo entero, pero que no nos separen a los unos de los otros."

Al decir esto, la voz de la joven temblaba, y apretaba con más fuerza la mano de su hermanito que la acompañaba.

El señor, impasible, respondió a sus palabras con un movimiento de cabeza negativo. Y, volviéndose a sus guardas:

—Sería demasiado feliz, dijo, aun en el fondo de su prisión, si tuviese a su lado una hija semejante. Entonces, mirando a la joven inmóvil y pegando en el suelo con el pie:

—¡Véte!,—le dijo.

La joven se volvió lentamente, como agobiada por un gran peso; dió un paso hacia la puerta, y de pronto, no pudiendo contenerse, se echó a llorar; volvió hacia el señor, se echó de rodillas y sus lágrimas caían gota a gota sobre la púrpura del sillón señorial.

El señor la miró fríamente.

—¿Quieres mucho a tu padre?,—le dijo.—¿Estás segura de que te quiere tanto como tú le quieres?

—¡Yo, señor! Si no me amase, ¿cómo me habría enseñado a amarle?

—Pues bien; veremos si es verdad y si no te ha

olvidado ya ese padre que crees tan tierno; llámalo y si te responde le hago gracia.

La joven reflexionó un instante y miró las murallas anchas del castillo.

—¿Cómo queréis, dijo, que mi débil voz llegue hasta él o que la suya llegue hasta mí a través de las espesas murallas que nos separan?

—Pues bien—dijo el señor,—si tu voz es demasiado débil haz sonar el cuerno o sube a la torre del atalaya y toca la campana de alarma. Te lo juro, si te puedes hacer oír por él, le devolveré la libertad.

Ella, mirándole con sus grandes ojos tristes:

—Repite tu juramento—dijo,—si quieres que ensaye, porque temo que te quieras burlar de mí.

Entonces, con voz fuerte, delante de todos los que estaban allí, dijo:

—Juro sobre mi cabeza, que si esta joven puede hacerse oír de su padre, no importa por qué voz, la del cuerno o la de la campana de bronce, le devolveré mi prisionero.

La joven se inclinó.

—Te doy las gracias—dijo,—por el juramento que has hecho. Dios me ayudará y me hará encontrar una voz bastante fuerte para bajar hasta la prisión de mi padre.

Pronto, a ruegos de la hija del prisionero, las campanas de la ciudad, las de los pueblos y las de las ciudades vecinas, se pusieron a tocar al mismo

tiempo; sus sonidos se cruzaban en el aire y lo agitaban a lo lejos. El carcelero bajó hasta el preso:

—¿No oyes nada?, le dijo.

—¿Qué podría yo oír, respondió de abajo una voz debilitada por el sufrimiento, sino el latido monótono de mi corazón?

Cuando le refirieron estas palabras, la hija del prisionero pudo medir cuán profunda era la prisión de su padre, que no tardaría en ser su tumba. Sin embargo, no perdió el valor. Vendió todo lo que tenía: bosques, estanques, campos; de todo se deshizo, y compró en lejanas tierras grandes masas de bronce.

Las hizo transportar con mucho trabajo; derritieron el metal y lo transformaron en una campana gigantesca, cuyo sonido helaba de espanto los corazones. Fueron hacia el preso y le preguntaron si no había oído algo.

—¡Nada!,—respondió.

Los obreros que habían trabajado en la campana, perdieron el valor. "Nuestro trabajo es en vano, decían; hay que renunciar a que ninguna voz de la tierra llegue hasta el prisionero."

Pero el amor filial mantuvo en el corazón de la joven una infatigable esperanza.

—Con la ayuda de Dios—decía,—no es posible que la voz de una hija no llegue al corazón de un padre.

Entonces, tomando una cajita que contenía los

diamantes de la familia, y perlas de mucho valor, las vendió; daba esta vez todo lo que tenía.

Hizo construir de nuevo la campana. La campana era tan pesada, que para sostenerla hubo que construir otro campanario; lo hizo construir. Entonces, encontrando en su corazón una fuerza sobrenatural, ella misma, uniendo su mano a la de los demás, se puso a tocar la campana. Del seno de la campana salió una voz tan fuerte, que todo lo rompía a su paso; el campanario temblaba de arriba a abajo y la tierra vibraba a lo lejos. Entonces bajaron hacia el prisionero.

—¿No oyes nada?,—le preguntaron.

—Sí, respondió, oigo como un sordo gemido que parece llegar a mí de la superficie de la tierra.

—Prisionero, es la voz de tu hija que te llama; ven, estás libre.

La puerta de la prisión se abrió; el prisionero subió. A cada vuelta de la larga escalera, la voz que venía de la tierra parecía debilitarse y pronta a apagarse; pero después de la vuelta llegaba de nuevo más sonora, y a medida que subía el prisionero, sentía vibrar a su alrededor la tierra y las piedras y su corazón vibraba con ellas, y el sonido siempre renaciente llenaba sus oídos y le llegaba hasta el alma. Una vez en lo alto de la interminable escalera, cuando la luz dió en su cara pálida, cuando el aire vivificante de la libertad penetró en su pecho, el prisionero sintió sus piernas desfallecer y se desvaneció. Pero la campana, lo

cando con todas sus fuerzas, lo llamaba siempre. Se despertó, se levantó y fue hacia el lado de donde venía el sonido.

A medida que adelantaba el sonido, se aumentaba de tal modo, que parecía llenar la tierra y los cielos. En fin, llegó al pie del campanario; entonces la grande y triste llamada, se calló de repente; la tierra quedó en silencio: la joven había encontrado a su padre.

Explicación de palabras

Impasible, insensible.

Señorial, que corresponde al señor.

Atalaya, hombre que observa desde una torre lo que acontece en el campo circundante y avisa.

Monótono, un solo tono en la voz o en el sonido.

Sobrenatural, que excede las fuerzas de la naturaleza.

Sordo, que hace muy poco ruido, en este caso.

Cuestionario

¿Ante quién llevaron una vez a un hombre atado? ¿Qué clase de hombre era el dueño del castillo? ¿Qué dijo el prisionero al estar en presencia del señor? ¿Qué revelaba la altivez y serenidad del preso? ¿Qué era lo que pedía éste? ¿Qué respondió su aprehensor? ¿Qué hizo en seguida? Después de que el preso estuvo bien encerrado, ¿quién se le presentó al castellano y qué pretendía? ¿Cuál fue la respuesta de aquel hombre? ¿Qué hizo entonces la joven? ¿Cuál fue la promesa de aquel hombre? ¿Qué hizo la joven para hacerse oír de su padre? ¿Hasta cuándo logró hacerse oír del prisionero? ¿Qué conclusión moral se infiere de la anterior leyenda?

Indicaciones metodológicas

Escribir una composición tomando como tema los deberes de gratitud para con los padres.

66.—La rosa y la amapola

(FÁBULA DEL PENSADOR MEXICANO EXPLICADA, REFUNDIDA Y ANOTADA POR MIGUEL SALINAS)

Una amapola ufana
A una rosa decía:
—"Mírame qué lozana
Me ostento, prima mía;
A todos soy amable
A todos accesible y muy tratable.

Y no tú, que aunque bella,
Arrogante y pulida,
Aunque del campo estrella,
Te ostentas presumida,
Y esquiva cuanto hermosa
Te resistes a todos espinosa."

Un muchacho maldito
En tal momento llega;
Provoca su apetito
La rosa, mas se pega
Buen chasco, pues se espina
Al cogerla, y la suelta y desatina.

Mas luego recobrado
De su dolor y susto,
Contempla sosegado
Todo el jardín con gusto,
Ve fácil la amapola,
Y la troncha y destroza su corola.

La pobre flor se queja
En idioma de flores;
Mas una y otra oreja
Tapó con sus olores
La rosa, y seria y fría
Con socarrona voz así decía:

—"Prima, si tú vivieras
De espinas bien cercada,
Si recatada fueras,
No te vieras burlada,
Ni de un pobre muchacho,
Ni del indigno y necio populacho."

Sábete que las rosas
Más bellas y fragantes,
Las más lindas y hermosas,

Se preservan constantes
De cualquier mentecato
Sólo con sus espinas y recato."
Esto parece cuento;

Mas sin duda aseguro
Que habló con gran talento
La rosa, y aun lo juro:
Óiganlo las doncellas
Que tienen un lugar entre las bellas.

EXPLICACIÓN

En un jardín platicaban la rosa y la amapola. Ésta dice a la primera: —Prima mía, mírame, soy muy amable con todo el mundo, soy accesible y muy tratable; mientras que tú, aunque eres muy bella y arrogante, aunque eres la estrella de los campos, te resistes a todos con tus espinas, eres esquiva, y esas espinas que tienes hacen que no todos puedan tocarte fácilmente.

Mientras platicaban las dos flores, llegó un muchacho travieso, quiso cortar la rosa, pero la soltó luego y gritó porque las espinas le picaron las manos. Repuesto de su dolor, ve a la amapola, y como ésta no tiene espinas que la defiendan, con gran facilidad la cogió el muchacho, la tronchó y la despedazó.

Cuando la pobre amapola se quejó de su mala suerte, la rosa le dijo: —Prima, si vivieras rodeada

de espinas, éstas te defenderían y no serías destrozada por cualquier mentecato.

Las niñas deben ser como las rosas: para que no sean tratadas irrespetuosamente, para que tengan la consideración de todos, deben defenderse con sus espinas. Estas espinas son las virtudes que se llaman prudencia, discreción y recato.

Explicación de palabras

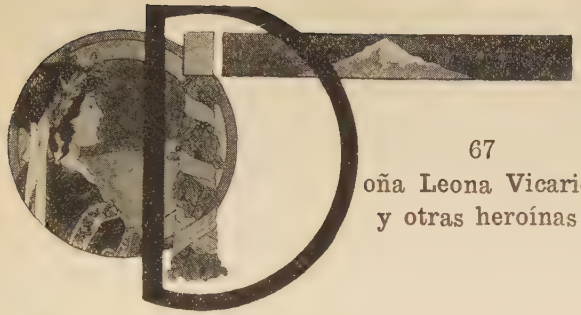
Me ostento, de *ostentarse,* mostrarse.
Accesible, de fácil acceso o trato.
Pulida, linda, pulcra, primorosa.
Desatina, de *desatinar,* hacer perder el tino, cometer disparates.
Mentecato, tonto, necio.

Cuestionario

¿Quiénes platicaban una vez en un jardín? ¿Qué le decía la amapola a la rosa? ¿Qué aconteció mientras platicaban? ¿Qué hizo el muchacho al ver que no podía cortar la rosa? Al quejarse la amapola de su mala suerte, ¿qué le respondió la rosa?

Indicaciones metodológicas

Copiar la moraleja.



67
oña Leona Vicario
y otras heroínas

Si es grandiosa la figura de doña Josefa Ortiz de Domínguez, niñas mías, también lo es la de doña Leona Vicario y la de otras mujeres que se hicieron notables en el terreno del heroísmo durante la guerra de Independencia, de las cuales voy a hablaros aunque muy brevemente.

Doña Leona Vicario era hija de padres muy ricos y vivían en la ciudad de México. Desde la edad de 19 años comenzó a manifestar profundas simpatías por la libertad de su patria. Cuando supo que en Dolores estalló la revolución, pretendió entablar correspondencia con Hidalgo y Allende, con objeto de ayudarles de alguna manera; pero no pudo conseguirlo, y la entabló entonces con otros jefes insurgentes, a los que mandaba noticias importantes de los movimientos del enemigo, y los auxiliaba también con dinero.

Para que sus noticias llegaran oportunamente, había establecido varios correos. En una ocasión fue interceptado uno de ellos, y doña Leona Vicario, temiendo ser aprehendida, se fugó y logró lle-

gar hasta un pueblo algo distante de la ciudad de México. Hasta ahí la alcanzaron sus parientes y la disuadieron de su intento, animándola a que regresase. Así lo hizo aquella dama y fue hecha prisionera y llevada en calidad de tal, al Colegio de Belén. Ahí le formaron terrible causa, y por mil medios quisieron obligarla a que dijera los nombres de los insurgentes que le escribían con nombres supuestos; pero nada lograron. Ni los halagos primero, ni las terribles amenazas después, hicieron que doña Leona Vicario descubriera los nombres de aquellos con quienes se comunicaba por escrito. Cada vez que los jueces la hacían comparecer ante ellos, con objeto de arrancarle su secreto, aquella esforzada joven contestaba: "Estoy resuelta a morir antes que entregar a nadie."

Doña Leona Vicario logró evadirse de su prisión, gracias a la ayuda que para ello le prestaron algunos amigos, y permaneció oculta por mucho tiempo en México. Luego marchó a Oaxaca, tan pronto como pudo, y llegó a dicha ciudad precisamente cuando estaba ocupada por Morelos.

En Tlalpujahua (Estado de Michoacán), se casó con el joven yucateco don Andrés Quintana Roo, hombre de excelente educación, de gran instrucción, eminente abogado e insigne poeta, que prestó también grandes servicios a la causa de la independencia nacional. La nación ha honrado la memoria de este ilustre patriota, dando su nombre al territorio que, de parte del Estado de Yucatán,

formóse algunos años ha, y que se llama Territorio de *Quintana Roo.*

El año de 1812 se estableció en Tlalpujahua una fábrica de armas. Los maestros que dirigieron aquella fueron enviados, según lo refiere uno de los biógrafos de nuestra heroína, por ella misma, quien, además, sostenía a las familias de tales individuos. Los primeros gastos de fierro que se hicieron para fundir los cañones, fueron con dinero de doña Leona Vicario, quien, para proporcionarlo, vendió casi todas sus joyas. A este propósito recuerdo, mis lectoras, lo que alguien ha dicho a este respecto al hablar del mérito de doña Isabel la Católica y de doña Leona Vicario.

—¿Cuál de las dos mujeres es más grande? ¿Cuál mérito es más valioso? ¿Quién de ellas es más digna de la admiración universal? ¿Doña Isabel la Católica vendiendo sus alhajas para descubrir un mundo, o doña Leona Vicario haciendo lo propio para romper eslabón por eslabón, las cadenas que un pueblo soportara por espacio de tres siglos? ¿Cuál de las dos es más grande?.... Dígalo la Historia.

Otras mujeres hubo en la época de la Independencia acreedoras al hermoso título de heroínas. Oíd si no, un rasgo sublime:

Un jefe español hizo prisionero a un hermano de don Ignacio Rayón, el defensor del Cóporo, y ofrecíale a este valiente la vida del prisionero don Francisco, si en cambio entregaba la fortaleza.

Rayón, cediendo a un impulso de amor filial, consultó el caso con su madre, y esta digna mujer, en cuyo ser ardía inextinguible y vivísima la llama del patriotismo, pronunció en contestación las siguientes palabras: "El deber del militar y del patriota es morir en defensa de su patria, y todo sentimiento contrario a este deber, debe sofocarse." Pocos días después, el rostro de doña Rafaela López Aguado de Rayón, que éste era el nombre de la heroína que en este momento nos ocupa, se veía surcado por las lágrimas; era que el cuerpo de su hijo, don Francisco, yacía destrozado por las balas enemigas, y, sin embargo del intenso dolor que torturaba el alma de aquella señora, la entereza de ánimo no abandonó ni un momento a tan noble patriota.

En uno de los pueblos que se pierde en la sierra del Sur de nuestro país, estaba sitiado una vez por los realistas el general Catalán, al que acompañaba un puñado de valientes. El hambre había agotado las fuerzas de aquellos hombres, y aunque no carecían de valor, iban a entregar la plaza, pues el hambre devoradora los consumía. Cuando aquellos bravos veían la capitulación como lisonjera esperanza, se presentó la esposa del general, a la que llamaban *la generala,* seguida de un grupo de mujeres y habló a los insurgentes de esta manera:

—No podemos pelear—les dijo,—pero hemos hallado la manera de ser útiles a la patria; ¡podemos servir de alimento! ¡He aquí nuestros cuerpos

que pueden repartirse como ración a los soldados! Y al mismo tiempo que varios brazos le arrancaban el puñal que se llevaba al pecho, estrepitosos gritos de ardiente entusiasmo eran el aplauso a aquel rasgo sin nombre.

Todavía podría citaros, mis niñas, los nombres de otras heroínas, de las que os narraría sus hechos gloriosos; pero haría con ello muy largo mi capítulo. Vuestra bondadosa maestra lo hará por mí en sus clases de historia. Yo me limito a recomendaros que no olvidéis lo que un inteligente escritor y maestro os dice en su capítulo "El patriotismo" que hace muy poco leísteis. Leedlo de nuevo y en él veréis lo que estáis obligadas a practicar para demostrar vuestro patriotismo.

Explicación de palabras

Interceptado, de *interceptar*, apoderarse de una cosa que se envía a otro.

Disuadieron, de *disuadir*, inducir uno con razones a que mude de dictamen o propósito, alejar de una idea.

Esforzada, valiente, animosa.

Evadirse, escaparse.

Eminente, superior, sobresaliente.

Insigne, célebre.

Inextinguible, que no se extingue, que no termina.

Entereza, fortaleza, constancia.

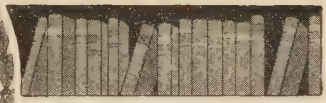
Cuestionario

¿De qué heroína mexicana hablamos una vez? ¿De quién trata principalmente la lectura anterior? ¿Quién de ustedes puede repetir lo que hemos leído acerca de doña Leona Vicario? ¿Cómo ayudaba esta señora

a los que establecieron una fábrica de armas en Tlalpujahua? ¿Qué mujer vendió o empeñó sus alhajas para los gastos de la expedición que dió por resultado el descubrimiento de América? ¿Qué nos cuenta la historia de doña Rafaela López Aguado de Rayón? ¿Qué hemos leído acerca de un hecho llevado a cabo por la esposa del general Catalán?

Indicaciones metodológicas

Escribir una composición relativa a lo que debe entenderse por verdadero patriotismo en las mujeres.



68.—¡Si supiera!

(MONÓLOGO)

Sola, rica, libre, amada
al parecer, satisfecha,
casi de lo que me brinda
la Fortuna, que es adversa
para otros seres, para otros
que parias sobre la tierra,
van regando con sus lágrimas
de su Calvario la cuesta
ruda, abrojosa, tristísima,
sin que su alma desfallezca.
¿Qué me falta?, mis anhelos
son cumplidos. No hay tristezas
que siembren luto en mi alma,
que mis cielos ennegrezcan.
Dicen que soy muy hermosa
y me entonan sus endechas
pulsando su plectro de oro
apasionados poetas.

Que mis ojos no son ojos,
me dicen que son estrellas
que fulguran cintilantes
con una luz tenue, excelsa,
que con un raudal de gracias
me donó mi hada benéfica
cuando llena de venturas
me posó sobre el planeta.
...Y sin embrago...., no es cierto
que mi dicha sea completa,
porque si en verdad poseo
gracia, juventud, riqueza,
me falta algo, algo muy grande
que mi corazón anhela,
que ambiciono sin descanso,
que deseo con vehemencia,
y ese algo es el saber,
el saber... ¡Oh, dicha inmensa!
Si supiera lo que saben
otras hijas predilectas
del Destino! ¿Qué importara
que viviera en la pobreza?
¿Qué importara que las gracias
que me adornan no tuviera?
¿Qué importara que mi rostro
careciera de belleza?
El saber, que es bien del cielo,
es la más grande y excelsa
virtud que puede adornar
a una alma sencilla y buena.

El talento es dón de Dios,
el saber ¡fuente suprema!
¡Qué vacío siento en mi pecho!
¡Si supiera! ¡Si supiera!

. . . . . .

¿Pero no podré alcanzar
una dicha tan suprema?
Sí lo podré... si lo quiero!..
Nada hay que no se pueda
alcanzar cuando con ansia,
con ahinco se desea.
Estudiaré... Si no tengo
talento, tendré prudencia,
puedo con perseverancia
ilustrarme; quien anhela,
triunfa! Y yo..., yo triunfaré
de la ignorancia, ave negra
que sus alas tan tediosas
cierne sobre mi cabeza.
En mi patria do refulge
de la ilustración la tea,
que se hallan tantos templos
consagrados a Minerva,
do la protección abunda
para aquel que saber quiera,
¿seré ignorante yo?...
No lo seré... Venga... venga
el libro que da la luz
para rasgar la tiniebla.

Venga el libro, en mi cerebro
acabe la sombra densa,
y destellen los fulgores
del sol radioso de ciencia!
Yo quiero honrar a México,
venga el libro, y la presea
recibiré de mi esfuerzo
de las manos de Minerva,
que la juventud no sirve,
que no sirve la riqueza,
que no sirve la hermosura
cuando la ignorancia negra
las rodea... Venga el libro...
y.... Bendita sea la Ciencia!

MERCEDES CASTORENA.

Explicación de palabras

Adversa. contraria.
Parias, hombres desdeñados y rechazados por los demás hombres.
Abrojosa, llena de abrojos.
Endechas, un género de poesía.
Plectro, palillo que usaban los antiguos para tocar ciertos instrumentos de cuerda.
Cintilante, chispeante, brillante.
Terso, suave.
Raudal, abundancia de cosas que ocurren de un golpe.
Vehemencia, impetuosidad, violencia, arrebato.
Predilecta, preferida.
Tediisa, fastidiosa.
Minerva, diosa de la sabiduría y de las artes.
Presea, alhaja, cosa preciosa.

Cuestionario

¿Qué decía para sí misma la mujer que supone que habla en el monólogo? ¿Se sentía feliz con sólo ser hermosa, rica, libre y amada? ¿Qué le dicen los poetas? ¿Qué decía ella que le faltaba para que su dicha fuera completa? ¿Qué prefería entre la riqueza, la hermosura y el saber? ¿Y podría esa mujer, si lo quisiera, ser ilustrada? ¿Qué tendría que hacer para ello? ¿Cómo decía que deseaba honrar a su patria?

Indicaciones metodológicas

Cópiese la composición en forma de prosa.

69.—Leyenditas filipinas

EL MAR Y EL CIELO

Hace mucho, muchísimo tiempo, no existían las tierras en donde ahora habita la humanidad, ni existía, por consiguiente, ninguno de los seres que forman la naturaleza. En aquellos remotísimos tiempos sólo había dos cosas: mar y cielo.

Se ignora de dónde procedía, pero es el caso que si hubiera existido por lo menos un sér humano, se habría sentido menos sólo al observar que allá, en el cielo azul, ¡cosa extraordinaria!, volaba un gran pájaro blanco.

Pasaban los días, los meses y los años, y aquel pájaro blanco seguía volando, volando siempre en el cielo.

Pero a pesar de sus poderosísimas alas, hubo al fin de cansarse de aquel volar incesante, y quiso descansar. Mas ¿dónde había de hacerlo, dónde pararse si sólo existían el mar y el cielo?

Comenzó entonces a cavilar en lo que haría, y

como era astuto, le ocurrió una idea que, aunque malévola, fue ingeniosa:

Dióse maña para que el cielo y el mar se disgustaran, y despertó en ellos tal odio del uno para el otro, que al fin comenzó entre ambos una terrible lucha.

El mar arrojaba grandes cantidades de agua hacia arriba, tratando de mojar al cielo, y éste se tornaba cada vez más sombrío y enojado.

El mar no descansaba en su deseo, y levantaba sus olas cada vez a mayor altura, hasta que, irritado profundamente su enemigo, el cielo, mostró su ira arrojando al mar enormes montañas de tierra para que fueran a estorbar los movimientos de las aguas marinas.

Y así fue como se formaron las islas Filipinas.

Desde entonces las aguas del mar se estrellan en las costas, y ya no podrán jamás levantarse tan altas como antes.

* * *

ORIGEN DE LA PRIMERA PAREJA HUMANA

Pronto aquellas islas se poblaron de árboles, arbustos y demás plantas que crecen en las tierras filipinas.

Entre aquellos vegetales nació y creció un bambú de tan gran corpulencia, que en ninguna otra parte del mundo podía encontrarse otro, ni tan alto ni tan grueso.

Pues bien, aquel gran pájaro blanco de que antes se habló y que fue el origen de las riñas entre el mar y el cielo, tan pronto como vió que de la tierra surgieron los vegetales, y entre éstos el gigantesco bambú, descendió y fue a posarse en él.

Quizá con la intención de hacer su nido en lo interior de la enorme caña, comenzó a picarla. En tal operación se hallaba, cuando oyó una voz que le decía:

—Pica fuerte, más fuerte.

El pájaro se espantó al principio, mas deseando saber lo que había dentro del bambú, la curiosidad venció al miedo y volvió al trabajo con todo ardimiento.

Continuó, pues, picando el tallo del bambú, y nuevamente oyó la misma voz que le decía:

—Pica más fuerte, pica más fuerte.

El pájaro redobló su ardor y poco tiempo después se dejó oir un crugido estruendoso y el bambú se abrió desde arriba hasta abajo, como si un gran gigante lo hubiese rajado de un formidable hachazo.

Entonces salió del bambú primero un hombre y luego una mujer, de alguno de los cuales era, sin duda, la voz que animaba al pájaro blanco a que siguiera picando cada vez más fuerte la caña del bambú.

El pájaro se espantó a tal grado al ver el resultado de su trabajo, que voló velozmente y jamás se dejó ver nuevamente.

El hombre, cortés y galante como deben ser siempre los hombres en presencia de las damas, hizo una profunda inclinación de cabeza ante la mujer, como para saludarla, pues aun cuando los dos habían salido del mismo bambú, como habían vivido separados, nunca se habían visto antes de salir a la luz.

Así fue como vinieron al mundo el primer hombre y la primera mujer.

Explicación de palabras

Remotísimo, de *remoto,* distante, lejano.

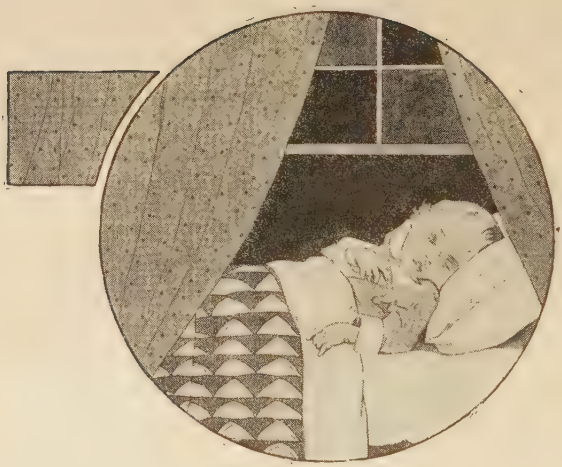
Incesante, que no cesa o acaba.

Cavilar, pensar.

Bambú, planta originaria de la India, semejante a la planta mexicana llamada *otate.*

Corpulencia, magnitud de un cuerpo.

Surgieron, de *surgir,* nacer, aparecer, manifestarse.



70.—¡Chist!....

(MONÓLOGO)

¡Tengo yo un ángel tan bello!
¡Con unos labios tan rojos!...
Negros, muy negros sus ojos,
Rubio, muy rubio el cabello.

Junto a la cuna yo miro
Su faz dormida y serena,
Más blanca que una azucena,
Más suave que un suspiro.

En su rostro angelical
Brilla el alma candorosa,
Como el botón de una rosa
En un vaso de cristal.

Venid; en su boca vierte
El sueño blanda sonrisa...
¡Eh!..., no vengáis tan de prisa;
Callad, que no se despierte.

¿No veis con qué gracia va
La tierna boca entreabriendo?
Pues siempre que está durmiendo
Siempre sonriendo está.

Tiene poco más de un año...
No la beséis... duerme ahora,
Y al despertar siempre llora
Como si le hicieran daño.

Mirándola estoy dormida,
Y me estoy mirando en ella;
La veo como una estrella
En la noche de mi vida.

¡Hermosa niña! ¿Qué suerte
Le guardará la fortuna?
No mováis tanto la cuna;
Callad, que no se despierte.

¡Es un ángel de hermosura,
De esos que una madre sueña!
¡Tiene la faz tan risueña...
Y la mirada tan pura!....

¡Con qué indefinible anhelo
Miro su faz sonrosada!

Es un alma desterrada,
Sí, desterrada del cielo.

Más bajo... no habléis tan fuerte;
No turbéis su sueño blando,
¡Sueña!... ¿Qué estará soñando?...
¡Callad!..., que no se despierte.
¡Chist!...

José Selgas.

Explicación de palabras

Angelical, de ángel.
Candorosa, que tiene candor, esto es, sinceridad, sencillez.
Turbéis, de turbar, alterar, descomponer una cosa.

Indicaciones metodológicas

Formar una composición en prosa, conservando la poesía de la anterior, y aun tomando algunos versos completos.

71.—¡Qué bellos son!

Los niños vienen cual golondrinas,
Con sus alitas llenas de rimas,
Sus corazones llenos de amor,
Y vierten todas sus armonías
En las blanquísimas celosías
Que se han abierto en el corazón.

Son cual las flores de primavera,
Cual las hojitas de enredadera,
Como las nieves del cielo azul;
Son mensajeros de los placeres,
Son las cadenas que unen los seres
Con sus encajes de blanco tul.

¡Oh, cuántas dichas no conocidas
Hay en los besos de esos rorritos,
De esas boquitas llenas de miel!
Y cuántos goces, cuántos encantos
Si nos estrechan entre sus brazos
Y nos aprietan contra su sér.

En sus cabezas llenas de rizos,
¡Cuántos encantos, cuántos hechizos
Qué bellas flores de ese pensil;
Cuántas bellezas hay en los niños,
Cuántas ternezas, cuántos cariños,
Cuántas delicias, cuánto reír!

Profesora María Arias Bernal

ÍNDICE

	Págs.
A los maestros	5
1.—La nueva mamá	7
2.—La familia dichosa	10
3.—La hora de levantarse	13
4.—La alegría de la casa	16
5.—Un buen amigo	18
6.—La madrugada	22
7.—El perro fiel	24
8.—El caballo del Boero	28
9.—El caballo del Boero. (Continuación)	32
10.—El primer amigo del hombre	35
11.—¿Cómo se hace el pan?	37
12.—El estudio	41
13.—La margarita	42
14.—La margarita. (Continúa)	46
15.—La fuga de la tórtola	51
16.—No somos dueños de lo que nos hallamos	53
17.—El patriotismo	57
18.—Gloria a la patria	63
19.—La enfermedad del papá	64
20.—El enfermo se agrava	69
21.—La Virtud y la Ciencia	74
22.—Amistad	77
23.—El papá ha dejado ya la cama	78
24.—La Naturaleza	82

Págs

25.—Los consejos de una aguja... 86
26.—La llave misteriosa... 89
27.—La envidia y la adulación... 90
28.—Las flores... 96
29.—Las flores. (Recitación)... 100
30.—La muñeca... 102
31.—La muñeca. (Continúa)... 108
32.—Nuestra patria... 112
33.—Los zapatitos nuevos... 115
34.—Cuento... 122
35.—Somos siete... 126
36.—Los zapatones... 129
37.—El ciego... 136
38.—Amor sublime... 142
39.—Bellezas del campo... 149
40.—El secreto... 151
41.—Del álbum del padre... 158
42.—La canción de una madre... 165
43.—La intrusa... 168
44.—La intrusa. (Continúa)... 172
45.—Necesidad del ejercicio corporal... 176
46.—Higiene... 180
47.—Redención... 182
48.—La esposa heroica... 185
49.—Aurora... 191
50.—Consejos de las flores... 197
51.—Consejos de las flores. (Continúa)... 203
52.—La despedida... 210
53.—Cuento antiguo que parece moderno... 213
54.—La jorobadita... 221
55.—Conciencia... 227
56.—La educación primaria... 228
57.—La escuela... 233
58.—La zíngara... 236
59.—El amor maternal... 243
60.—El registro civil... 245
61.—Joyas del alma... 249
62.—No murmuréis de lo que vuestros padres os evitan... 253
63.—La iniciativa... 260

Págs.

64.—Modelo de solicitud... 264
65.—El padre libertado por su hija... 265
66.—La rosa y la amapola... 273
67.—Doña Leona Vicario y otras heroínas... 277
68.—¡Si supiera!... 283
69.—Leyenditas filipinas... 288
70.—¡Chist!... 292
71.—¡Qué bellos son!... 295